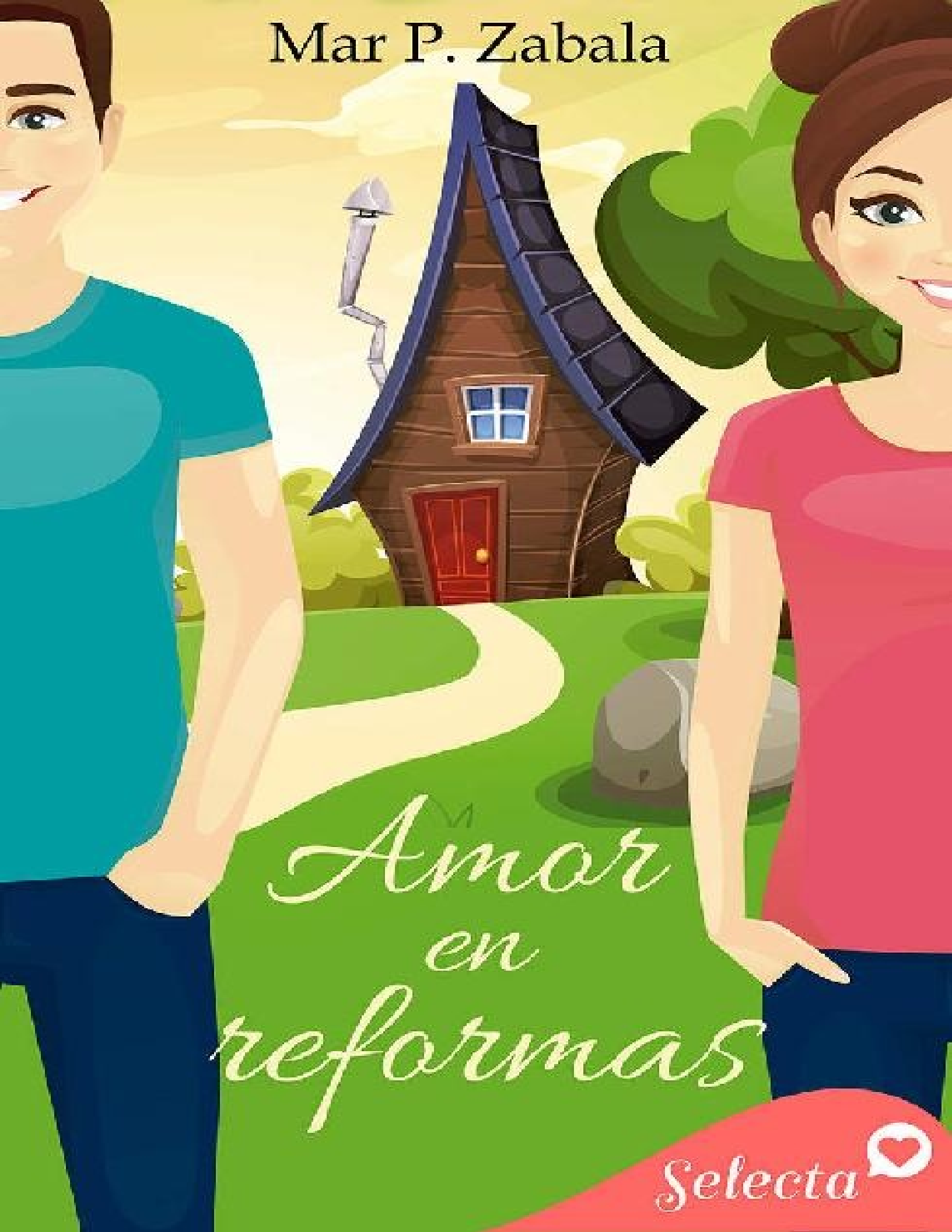
Mar P. Zabala



Amor en reformas

Selecta

Amor en reformas

Mar P. Zabala

Selecta

En el amor hay siempre algo de locura,
pero también hay siempre en la locura algo de razón.
Friedrich Nietzsche

Capítulo 1

Nuria no se podía dormir. Se había acostado una hora antes de lo que solía hacerlo porque tenía que madrugar y quería descansar.

Era inútil. Los nervios se habían apoderado de ella. Varias veces había cogido el móvil de la mesilla para echar un rápido vistazo a las redes, algo que sabía que no debía de hacer si quería conciliar el sueño.

Desesperada había abierto la aplicación del último juego al que se había enganchado, con la firme intención de jugar una única partida, que al final habían sido cinco.

Notaba un dolor profundo e intenso, en la parte de atrás de la cabeza, que le bajaba por el cuello hasta agarrotarle los hombros. Resignada, optó por la única solución posible: levantarse, darse una ducha y desayunar.

En su imaginación la reforma de la cocina y del baño era algo rápido y sencillo. Unas molestias un mes, y después podría disfrutar de un bonito piso reformado en pleno centro de Mérida. Con lo que había ahorrado, tras años trabajando de profesora de Lengua en un colegio, y con una ayuda generosa de sus padres, se había independizado.

No es que no hubiera vivido sola antes, es que lo había hecho en otra ciudad. Y en ese momento, residiendo en la de sus progenitores, se hacía raro no hacerlo en su propio hogar, a sus treinta y dos años.

Durante una década había permanecido en Cáceres, en un piso alquilado cerca del recinto amurallado, donde le gustaba perderse paseando las tardes de

invierno y ver la cara de asombro de los turistas ante unos edificios tan bien conservados. Una vez que se traspasaba el arco de entrada, daba la impresión de haber viajado en el tiempo hasta el medievo.

Había hecho su grupo de amigos con otros profesores y se sentía a gusto. Salían a caminar, celebraban comidas por cualquier motivo y no faltaba una disculpa para tomar una copa. Incluso, algún fin de semana había preferido quedarse allí, en lugar de regresar a su ciudad natal, porque había quedado para ir al cine y luego cenar en algún bar interesante.

Sin embargo, una mañana de últimos de mayo, entre exámenes finales y reuniones, había llegado la noticia. Cerraban el colegio. Ya no abriría sus puertas en septiembre, con el inicio de curso.

Debería de haberse preparado unas oposiciones, como habían hecho compañeras de carrera, y así obtener una plaza fija en algún instituto. Pero había desoído el consejo y se había acomodado a ese puesto caído del cielo a través de unos amigos de sus padres. Estaba tan cerca de su hogar de la infancia que no se había podido resistir.

Aunque al principio había pensado estudiar algo, el transcurrir de los meses la había hecho abandonar la idea. Cuando terminaba su jornada escolar, lo que menos le apetecía era encerrarse en su habitación e hincar los codos como había hecho durante su infancia y su época universitaria.

En ningún momento había creído que su puesto podía estar en peligro. El centro escolar llevaba abierto desde finales de los ochenta, y nada hacía presagiar que algo fuera a cambiar.

—Un constructor les ha hecho una oferta económica tan buena a los dueños que han decidido vender —le explicó un compañero de trabajo.

—El colegio tiene muchos alumnos. En cada curso escolar se queda alguien fuera, sin plaza. No lo entiendo.

—Nuria, si te dan un cheque con muchos ceros y se acaban tus preocupaciones monetarias de por vida, ¿qué harías?

Seguramente, lo que sus jefes habían hecho sin dudarlo un instante: empaquetar sus cosas e irse a Galicia, para estar más cerca de sus hijos y de sus nietos.

Su madre estaba encantada de tenerla de nuevo en casa, pero a Nuria esas paredes —en otro tiempo, amadas— se le caían encima. El verano no lo había llevado mal, puesto que formaba parte de su rutina pasar la época estival en Mérida y hacer un viaje de una semana, con su prima Angélica, a la costa para bañarse en el mar y tomar el sol.

El otoño, con sus reducidas horas de luz, y sin saber qué hacer con tanto tiempo libre, estaba siendo más agobiante para ella. No se adaptaba a la rutina de sus padres ni a tener que dar cuentas de sus entradas y salidas como cuando era una niña.

Tras la enésima discusión por no haber avisado de que no iba a ir a cenar, decidió que tenía que buscar su propio nido.

«Eres una desconsiderada. ¿Tanto te cuesta llamarnos? Así sé si debo tener la sopa caliente para las nueve o para las diez», se quejó su madre. ¡Las diez! ¿Tenía toque de queda de nuevo?

Cerca del Arco de Trajano, en un edificio de cinco plantas, una mañana había visto un cartel que avisaba que se vendía un piso. No se había podido resistir y había llamado al teléfono que figuraba en el anuncio.

Era de una pareja que se estaba divorciando y deseaba deshacerse de las ataduras que tenían en común. El marido había recibido la casa como parte de una herencia familiar, y solo habían vivido dos años allí, después de haberse convertido en sus legítimos propietarios. El precio era mucho más barato que ningún otro en el mercado. No lo había dudado.

Había empleado parte de sus ahorros en adquirirlo, salvo unos miles de euros que se llevaría la reforma, y sus padres habían corrido con los gastos de notario y del registro.

Tendría que subsistir con los guisos de su madre, con las clases particulares que daba y con su esporádico trabajo como traductora de prospectos de fármacos. Era una ocupación que había encontrado en internet, gracias a una amiga del colegio.

«No te sacará de pobre, pero sí te dará para mantenerte sin grandes lujos. Pagan bien y es un trabajo cómodo para hacerlo desde casa».

Era escéptica pero, cuando había llegado el primer ingreso a su cuenta, había

dejado de serlo. Se manejaba con el inglés y tenía conocimientos básicos en francés y alemán. Resultaba ser suficiente. Los primeros le habían costado pero, al cabo de un tiempo, los términos se repetían y le había cogido el tranquillo.

Era un piso antiguo que no había visto un obrero en décadas. La cocina estaba amarillenta por la grasa acumulada durante años, con armarios de formica en tono verde. El baño parecía digno de una casa victoriana, con sus pequeños azulejos blancos y con su bañera de patas en forma de garra, resquebrajada. Estaba segura de que, si se metía en ella, tendría pesadillas toda la noche.

—Quizás, con una buena limpieza —le sugirió su prima Angélica, que era su mejor amiga.

—Ni con dos litros de quitagrasa y un paquete de estropajos lograríamos eliminar la suciedad acumulada.

—¡¿Lograríamos?! Te quiero, primita, pero yo te espero sentada en esa cafetería de enfrente, tomando un trozo de tarta de chocolate.

Nuria la miró con envidia. Era puro huesos y piel. Era profesora de yoga y daba clases en un centro al que ella estaba apuntada dos días a la semana. Angélica enseñaba allí desde las diez de la mañana hasta las ocho y media de la tarde. Eso explicaba su constitución de goma y su vitalidad.

—Voy a mirar tiendas de cocina y baños y a pedir presupuesto.

Y justo eso fue lo que había estado haciendo hasta que dio con una encantadora pareja de interioristas —Jorge y Marta— que habían plasmado en sus diseños, por ordenador, lo que ella quería.

Una cocina moderna, con muebles blancos cantoneados en cristal. Paredes nacaradas, encimera y suelo gris. Llena de luz y vitalidad. El baño, con un plato de ducha gigante de pared a pared y con los azulejos en un suave y delicado tono beis.

—¿Te gusta? —le preguntó la interiorista cuando terminó de enseñarle las propuestas que habían elaborado para ella.

—¡Mucho! ¿Esos dos armarios tienen las puertas de cristal? —quiso saber emocionada, al ver dos puertas distintas de las otras, con las que se cerraban unas pequeñas alacenas encima de la mesa de la cocina.

—Sí. Y estos dos también.

—Ya sabes que nosotros nos encargamos de todo. Coordinaremos a los albañiles, a los fontaneros, a los electricistas y a los demás operarios para que siempre haya alguien trabajando en tu reforma y para que no sufras retrasos —añadió Jorge.

—Además, forraremos el ascensor con corcho y limpiaremos el portal para que tus vecinos no

protesten —apuntó Marta, sabiendo que ese era un tema espinoso que debían enfrentar en cada casa a la que acudían.

En todas las vecindades había un inquilino quisquilloso que protestaba por cualquier ruido y por cualquier molestia surgida de la convivencia. Sin embargo, cuando llegaba su turno de hacer obras, no se acordaban de sus quejas anteriores.

—¿Cuándo empezamos?

***

Tres semanas después estaba sentada en una silla del que sería su nuevo salón, con el ordenador abierto para trabajar mientras los obreros convertían en realidad los píxeles informáticos. Con suerte, podría terminar el último encargo que la farmacéutica le había hecho llegar y preparar las clases que tenía que impartir esa tarde.

Le habían dicho que llegarían entre las ocho y media y las nueve porque, primero, tenían que ir a cargar la furgoneta con las herramientas que necesitarían para desmantelar la cocina y el baño.

Así que allí estaba ella, mirando como el reloj de su muñeca indicaba que ya pasaban varios minutos de la hora convenida.

—¿Para esto he madrugado yo? Menuda puntualidad. Con lo bien que estaba en mi camita.

Como si hubieran estado esperando justo ese momento para llegar, el timbre del interfono le avisó de que ya estaban allí.

—Somos los obreros. ¿Nos abre?

Les iba a decir cuatro cosas cuando llegaran. Si esa era su forma de trabajar, no iban a terminar nunca. El mes previsto se convertiría en dos, y ella no estaba dispuesta a que eso ocurriera. No iba a seguir viviendo con sus padres, teniendo un hogar propio.

Al abrir la puerta había cuatro obreros rodeados de material de obra, observándola con cara de sueño.

—Son las nueve y media. Me dijeron a las nueve.

—Hemos tenido un problema. Lo siento —se disculpó el que parecía el jefe. A Nuria le dio la impresión de que no lo lamentaba lo más mínimo. No había

ningún atisbo de remordimiento en su mirada.

—¿Siempre van a llegar a esta hora? Un poco tarde, me parece —replicó molesta la joven.

—No, señora. Lo normal es que comencemos la jornada a las ocho de la mañana.

¡Uy, ese *señora*! Clavadito en su orgullo se había quedado. Ese tipo, al que le llegaba por mitad del pecho, con el pelo recogido en un moño en la nuca y con aspecto de musculitos sin dos dedos de frente, no debía de haberla visto bien.

Llevaba unas mallas negras y una sudadera gris claro sobre una camiseta azul, una coleta alta y unas deportivas. Comparada con las madres que solían ir a quejarse a su despacho de la baja nota que sus retoños habían tenido un examen, ella parecía una estudiante.

Esas mujeres sí que tenían aspecto de señoras, con sus *looks* impecables desde bien temprano. ¿Se levantaban una hora antes? ¿Cómo se podía salir a calle con el pelo y maquillaje impolutos nada más amanecer? Debían de tener algún superpoder que ella desconocía. Durante los años que había ejercido como maestra, no había logrado más que levantarse con el tiempo justo para desayunar y vestirse.

—¿Nos deja pasar? Tenemos que quitar los muebles de la cocina y los sanitarios del baño. Desde aquí no podemos —le dijo el «gallito» que tenía delante, de pelo castaño claro y de ojos miel.

Llevaba una camiseta de manga corta por la que asomaban unos tatuajes en ambos bíceps. ¿Iba a tener que aguantar a ese tipejo todos los días? Esa reforma iba a ser un horror aún antes de dar el primer martillazo.

Capítulo 2

¡Niñata! ¿Pero quién se había creído que era? Si estaba allí era por hacer un favor a Jorge y a Marta.

Cuando esa mañana lo habían llamado a las ocho menos cuarto, porque el tipo que debía ser el encargado de obra de la reforma estaba con algún virus gastrointestinal, había estado a punto de decir que no. Sin embargo, había recordado la de favores que le había hecho la pareja y las pocas veces que le pedían ayuda. Si lo habían llamado era porque lo necesitaban y era la única opción.

—Por favor. Tenemos que empezar hoy o iremos con retraso con el montador de muebles y los sanitarios —pidió con voz suplicante el interiorista—. Si no iniciamos la reforma, la planificación se irá al garete. Se verán afectados otros clientes y nuestros proveedores. Nos crearemos fama de poco formales y...

—Te recuerdo que tengo tres proyectos tuyos por revisar, además de los que me han llegado por otros medios.

—Solo será hoy. Quizás, nada más esta mañana. Te lo prometo. No hay nadie más que tú que pueda hacerse cargo. Unas horas. Por la tarde, puede que ya esté bien y vaya a trabajar.

—De acuerdo —asintió Alex, que volvió a cerrar la puerta de su ático y regresó a la cocina para dejar la botella de agua. Tal y como suponía la pareja, habían acudido a él al agotar las demás alternativas.

Unos minutos más y hubiera tenido que decirle que no. Ni siquiera hubiera contestado a su llamada.

Era su hora preferida para hacer deporte; le encantaba salir temprano, para

correr, cuando solo los más madrugadores estaban despiertos. Entre semana, con las oficinas y los colegios, había más gente por la calle; pero, los sábados y los domingos, apenas se cruzaba con nadie hasta que no llegaba a la zona de los puentes. Solía bajar hasta el río y seguir corriendo por su ribera durante varios kilómetros, y después regresar a casa. En total, casi dos horas de liberar tensiones y adrenalina.

Muchas veces dejaba el móvil en casa. Era su momento y no quería interrupciones. Ese día no era una excepción. Había acabado de conectar el cable a la luz para que se cargara la batería, mientras hacía ejercicio, en un enchufe al lado de una repisa que tenía en el vestíbulo de su piso. Y justo entonces la pantalla se había iluminado de verde y naranja, y el nombre de Jorge había aparecido escrito en ella. Tendría que dejar el deporte para otro día.

Se había cambiado, cogido su coche e ido hasta la nave donde guardaban las herramientas y el material. Tres hombres estaban cargando una furgoneta negra con las letras del logo de la empresa de los interioristas pintadas en un lateral. Caras de sueño y pocas ganas de trabajar. Los lunes siempre costaba la vuelta a la rutina, después de dos días de descanso y de dormir sin madrugar.

—¿Hoy eres tú nuestro jefe? —le preguntó uno de ellos.

Era Paco, el fontanero. Habían coincidido en alguna otra ocasión, y sabía que era un tipo responsable y concienzudo. Más de una vez les había hecho levantar parte de una instalación que acababan de poner porque algo no iba como él creía que debía de ir.

—Eso parece —respondió Alex, resignado, encogiéndose de hombros y disponiéndose a echarles una mano.

—Me alegro de verte.

Los dos hombres se conocían desde hacía tiempo y se tenían aprecio. Eran amigos, más que compañeros de trabajo. Si los interioristas le habían asignado aquella reforma era porque presentaba alguna dificultad, bien por la antigüedad de las instalaciones o por la envergadura de los trabajos. Con él en la cuadrilla, sabían que podían estar tranquilos.

—El del contenedor nos espera en la calle lateral del edificio donde vamos a hacer la reforma. Dijo que llegaría a las once —explicó Alex—. Tenemos dos horas... Bueno, algo menos... Para desmontar los armarios de la cocina y sacarlos. Vamos a repasar lo que habéis cogido y ver qué nos falta.

Al final, el vehículo estaba tan lleno que dos de los hombres habían debido ir en el coche de Alex, porque incluso el asiento del copiloto iba hasta arriba de

rasillas. No habían tenido más remedio que guardar algunas de las herramientas del equipo en el maletero del capataz.

Con la calefacción a tope, los cristales se empañaban por la condensación. Estaban en otoño, pero un temporal había entrado por el norte de la península, y sufrían sus efectos en forma de un «pequeño invierno adelantado». Él era caluroso e iba en manga corta, pero sus compañeros permanecían encogidos, soplándose las manos para intentar calentarse. Mal habían empezado.

***

Cuando llegaron al piso eran las nueve y media. Alex comprobó la información que le había enviado Marta, y no había duda: ¡era un quinto!, ¡sin ascensor! A él no le molestaba hacer ejercicio, pero subir el material a cuestas era otro cantar. En cuanto instalaran por la ventana el montacargas, sería más sencillo, pero hasta entonces tendrían que acarrear los sacos con sus propios medios.

La dueña los aguardaba en la puerta, con cara de malas pulgas.

—Son las nueve y media. Me dijeron a las nueve.

¿Qué se creía esa morena? Ellos no iban con reloj. En una obra podían surgir mil y un contratiempos. Respetaban los plazos de finalización estimados pero, hasta que no se ponían a la tarea, no se sabía en realidad qué ocultaban los azulejos.

A veces, llegaban más tarde al lugar de la faena porque, como ese día, debían ir primero a por materiales y no necesitaban a una sargenta en mallas que les dijera si se retrasaban o no.

A su espalda notó la animosidad de los hombres que lo acompañaban. Los conocía y sabía que se estaban conteniendo para no replicar, cansados y sudorosos después de subir a pulso las herramientas. Lo único bueno era que habían entrado en calor.

—¿Puede indicarnos la ventana por la que vamos a sacar los muebles y los escombros? —preguntó apretando los dientes—. Señora.

La última palabra la había añadido adrede para ver cómo se envaraba la mujer

al escucharla.

No estaba ciego. El rostro —libre de maquillaje— de ella y su ajustado atuendo —que no ocultaba sus curvas— le permitían adivinar que debía estar próxima a su edad: treinta y cinco años. Alguno menos, incluso. En otras circunstancias, hasta la hubiera encontrado bonita, pero en aquellas cualquier virtud que tuviera quedaba disimulada por sus malos modos.

Por lo que había leído en los papeles, se llamaba Nuria Martín y acababa de comprar el piso. Era bonito, luminoso y con una buena distribución. Sin embargo, necesitaba alguna reforma y bastantes retoques.

Sin el tabique de la derecha, podía unir el salón a aquel cuartucho que no serviría más que para acumular trastos. Seguro que Marta ya se lo habría sugerido, tenía buen ojo para ese tipo de asuntos.

—Esta es —les informó la dueña de la casa, indicándoles que entraran en un dormitorio situado entre el baño y la cocina. La ubicación era buena: daba a una calle lateral, donde estarían más discretos y pasarían desapercibidos. Se adecuaba a sus necesidades a la perfección al estar equidistante de las dos habitaciones en las que iban a trabajar. Con recubrir con cartones y plásticos esa zona, el resto permanecería libre de polvo en alguna medida—. ¿Van a manchar mucho? —quiso saber ella al ver las pisadas blanquecinas que ya se habían quedado marcadas en el laminado del suelo.

—Es una obra, lo normal —respondió uno de sus chicos por él, antes de que pudiera decir nada inconveniente.

Luis era el más joven del grupo. Tenía treinta y tres años y una barriga voluminosa que delataba su buen comer, que ni el duro trabajo que realizaba la hacía disminuir. Era un bocazas y, si no lo alejaba de allí, terminaría diciendo algo que haría más tensa la situación.

Las miradas que cruzaban el resto de sus hombres iban desde el enfado hasta la risa. La joven no sabía ni con quién se metía ni el berenjenal que tendría que afrontar los próximos cuarenta días, con los cambios que había acordado con los interioristas.

—Será mejor que nos pongamos a lío —sentenció Alex, al entrar en la habitación, sin molestarse en añadir algún comentario.

Se dividieron. Dos hombres irían desmontando los muebles; él, junto con otro, iría poniendo cartones y plásticos y preparando el sistema de poleas.

La dueña del piso desapareció en un cuarto en el otro extremo de la vivienda. Durante un buen rato no volvieron a saber de ella; era como si estuvieran solos. Pronto la cuadrilla se coordinó y comenzó a funcionar de forma provechosa y eficaz.

Un poco antes de las once, llegó la grúa elevadora y el primero de los contenedores. Era necesario sacar los escombros para que pudieran desenvolverse, por el reducido espacio, con soltura.

—¡Alex!

—¿Qué ocurre, Gustavo? —preguntó el capataz mientras vigilaba que no se cayera ninguna madera del montacargas, al ir descendiendo hacia la calle. Aunque no pasaba nadie, no quería que aconteciera un percance fortuito; por ello no apartaba sus ojos del exterior.

—¿La *jefa* quiere los electrodomésticos? La lavadora está vieja, pero todavía funciona. Me vendría muy bien.

—¿La *jefa*?

El apelativo le había sorprendido. Se giró para observar a su compañero sin entender sus recelos.

—Sí, la dueña del piso. Menudo genio se gasta. Me recuerda a mi suegra. Dentro de unos años, será igualita a ella.

—Aun así, debéis tratar con respeto a la señorita Marín. Es quien paga la obra y, gracias a ella, tendréis un sueldo a final de mes —lo reprendió Alex. No le faltaba razón, pero no iba a consentir que no fueran respetuosos con una mujer que, además, era su clienta por muy mal que les cayera.

—Lo siento —respondió el hombre compungido—. No quería ofenderla, pero menudo recibimiento.

—Según me ha dicho Jorge, no quiere nada de lo que hay en la cocina y en el baño, pero habrá que preguntarle.

—Ya, sí, claro —titubeó Gustavo sin atreverse a ir en busca de Nuria.

—Iré yo —resopló Alex al percatarse de que su compañero temblaba con la idea de acercarse a la joven y pedirle algo.

Soltó el martillo que tenía en la mano y se la limpió en la pierna, lo que llenó de polvo y serrín el pantalón.

***

Con paso decidido fue al pasillo. La había visto meterse en una habitación cerca de la entrada. Tenía la puerta entornada. No lo había oído llegar.

Desde el quicio pudo contemplarla con detenimiento. Estaba mal sentada en una silla, con los pies en el asiento, tecleando algo en un portátil, con una libreta a su lado y con un bolígrafo que amenazaba con caerse al suelo —de un momento a otro— al menor movimiento. La cabeza ladeada, pensativa y con carita de sueño.

Si no hubiera sido por la forma en que les había abierto la puerta, hubiera dicho que estaba hasta adorable.

—Perdone —dijo al fin. Se sentía un poco acosador mirándola embobado, sin pronunciar una palabra. Recobró la compostura y le hizo saber que estaba allí.

—Dígame —respondió en un tono de voz suave, casi como un susurro. Seductor y envolvente. Sus ojos lo observaban expectantes.

Mejor centraba sus pensamientos y dejaba de divagar sobre el aspecto de la mujer que tenía delante.

—A uno de los chicos le gustaría saber si puede quedarse con la lavadora. Tengo entendido que piensa deshacerse de todo. A él y a su familia les vendría bien.

—Claro, puede quedársela. He comprado los electrodomésticos nuevos. Quería algo más moderno y que no se estropeara en cualquier momento. No sé cómo estará y si funcionará. No he llegado a probarla.

—Gracias, se lo diré. Se alegrará. Si falla, sabrá repararla; se le da bien ese tipo de tareas.

—Si hay algo más que le sea de utilidad, no tiene que pedirme permiso —afirmó Nuria con una cálida sonrisa que fue directa a su pantalón—. Puedo coger de la cocina y del baño lo que quiera. Prefiero saber que alguien le da uso a que

termine en un vertedero.

¿Qué le ocurría? Estaba trabajando. Cambió de postura, incómodo. Esperaba que ella no lo hubiera notado. Aquello era poco apropiado y nada profesional. No le había pasado nunca. Tenía por norma no liarse con sus clientas y no iba a romperla por ella.

—Es un buen trabajador. Se alegrará.

—¿Llevas mucho en la empresa de Jorge y Marta? —quiso saber ella.

—Bastante. Desde el principio, se podría decir.

—Marta es un ángel. Son encantadores ambos. No fue solo por sus diseños y su presupuesto que los elegí, fue por cómo eran a nivel personal. Se han implicado hasta en el más mínimo detalle. Incluso, hemos elegido juntas las nuevas toallas y los accesorios para la cocina.

—Ella es así. La relación laboral se confunde con la personal. Formal y leal con las personas que confían en ellos para reformar su casa o su lugar de trabajo.

—Eso me parecía. Por eso me ha extrañado que llegarais tan tarde. Me aseguraron que vendrías a las ocho y media hoy, pero el resto de los días, a las ocho. Y no os habéis presentado hasta casi una hora más tarde.

Ahí estaba la arpía otra vez. Estaba ante una bruja con cara de ángel. Si quería fastidiar con el horario, lo tenía claro. Se iba a enterar. ¡Pues bueno era él! Tonterías, las justas.

—Eso sería con el otro encargado. Está enfermo, así que ahora la reforma es cosa mía. Y aunque mis compañeros no llegarán hasta las ocho, yo a las siete y media estaré aquí para ir preparando las cosas. Tenemos que ir ligeros para que las personas que ponen el suelo y el techo tengan todo listo para cuando está previsto.

La vio palidecer. ¿No le gustaba madrugar? Pues iba a estar servida. Aunque no hiciera falta, allí iba a estar, como un reloj; iría disponiendo el material y planificando la jornada.

—¿Cada día?

¿Era un temblor lo que notaba en su voz? Bien, eso era justo lo que quería. Alex sonrió ladino.

—Soy «muy trabajador». Debo volver con mis hombres. —Ya se marchaba y

la dejaba con cara de desagrado cuando, sin volverse, le dijo—: Por cierto, ese bolígrafo azul se te va a caer.

***

Gustavo se alegró de las buenas noticias. A su mujer le encantaría.

Habían llegado, hacía tres meses, a España, huyendo del hambre y escasez que los rodeaba en Venezuela. Sus dos pequeñas, de tres y cinco años, no se merecían vivir con miedo. Por poco que tuvieran, era más de lo que poseían en su lugar de origen.

La lavadora les vendría muy bien, y estaba seguro de que el horno podría alegrarlo. En Venezuela, era ingeniero electrónico, pero sin las acreditaciones necesarias no había podido ejercer como tal en su país de acogida.

Desesperado, sin trabajo, fue gracias a su mujer que había conocido a Jorge. Ella, a través de una amiga, había encontrado un puesto como limpiadora en las oficinas de los interioristas, y aquellos —al saber su situación— le habían dicho que acudiera a verlos.

«En algo tiene razón la *jefa*: Marta tiene un gran corazón. Aguanta a Jorge y me soporta a mí», pensó Alex.

—Dime, Jorge —saludó respondiendo al teléfono, que desde hacía un rato notaba vibrar en su bolsillo trasero.

—Esta tarde tampoco puede ir el encargado. Sus chiquillos le han pegado el virus, y está vomitando sin parar.

—No es ningún problema. Es más, no te preocupes por esta reforma. Yo seré el responsable de ella.

—¿Tú? Hace unas horas decías que tenías varios proyectos de los que ocuparte —le recordó el interiorista confuso.

—He pensado que descansar un poco me vendría bien. Un cambio de la rutina diaria es justo lo que necesito.

—¿Descansar tirando tabiques?

—Se elimina mucha adrenalina. Es bueno para liberar tensión acumulada.

Capítulo 3

¿Las siete? ¿Sería una broma? Lo dudaba. Había visto un brillo extraño en los ojos miel del *moñitos*.

Cogió el bolígrafo y sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta, dispuesta a llamar a Marta y quejarse. ¿Qué se había pensado? No iba a aguantar malos modos y malas formas. Le diría a la interiorista que buscaran a otro capataz, que a este no lo soportaba. Tendría que haber otro.

—Hola, Nuria. ¿Qué tal va todo? —preguntó con tono jovial Marta. La joven era una de sus clientas favoritas. Eran de edad e inquietudes parecidas. Sabía que serían amigas aun después de la finalización de la obra.

—Bueno. Tengo la casa patas arriba.

La interiorista sonrió. Los nervios siempre surgían al comienzo. Cuando los dueños de los pisos veían como quitaban los azulejos y hacían rozas en las paredes, se asustaban. Las casas se convertían en campos de minas en las que daba miedo entrar. Hasta que no pasaban unos días, no se tranquilizaban.

—Lo sé, cariño, pero ya verás: dentro de unas semanas estará preciosa. Dentro de poco te olvidarás de la obra y estarás tan a gusto que te alegrarás de haberla hecho. Luego, le cogerás el vicio y nos pedirás que remodelemos el salón tal y como te sugerí.

—Si tú lo dices —respondió ella resignada. Las ideas que le habían propuesto para el resto de las estancias le habían gustado, pero su cuenta bancaria no daba para tanto—. En cuanto al encargado, ese tal Alex...

—Es encantador, ¿verdad? Al final, has tenido suerte. El chico que debía ir está malo, y Jorge llamó a Alex sin dudarlo. Como no sabemos por cuánto estará enfermo, se ha ofrecido a hacerse cargo de toda la reforma. Puedes estar tranquila. Con él te quedará perfecta. No tendrás ningún problema.

¿Se había ofrecido? Ese grandullón quería guerra. ¡Tenía que haberle tocado justo a ella! Por muy atractivo que fuera, iba a ser como una china en el zapato. Algo insignificante que podía causar muchas molestias.

—No recuerdo el horario que me dijiste de los albañiles. Como hoy ha sido diferente...

—Tenían que ir a por el material y por eso han llegado tarde. Lo habitual es que vayan de 8 a 13:30 y de 15:30 a 19:30. Ya sabes que, luego, irá cambiando según los operarios. El pintor tiene su propia rutina, y así con los demás, pero en general será ese.

Lo sabía. Lo de las siete era tema suyo. No podía estar segura de si había sido un engaño o si pensaba hacerlo en realidad. Así que tocaba ser una chica fuerte y atarse los cordones de los zapatos para no caerse.

—Genial. Gracias por recordármelo —respondió Nuria con la más dulce de las sonrisas en los labios, como si Marta la estuviera viendo.

—Nada. Cualquier cosa, me llamas. —Se despidió su interlocutora, satisfecha por haberla tranquilizado. O, al menos, eso creía. No sabía el volcán de inquietudes que había despertado en ella esa conversación.

Para estar en el piso a las siete, tendría que salir de casa de sus padres a las seis y media y levantarse a las seis. Unos días aguantaría, pero no un mes. Así que lo mejor sería coger una maleta y trasladarse a su nuevo hogar. De esa forma solo tendría que poner el despertador cinco minutos antes, abrir la puerta, y podría seguir durmiendo un rato más.

Su madre se iba a llevar un disgusto pero, al fin y al cabo, era algo que iba a ocurrir antes o después. Su estancia en su residencia de la infancia era temporal.

Tenía suerte porque contaba con un pequeño aseo en el que podría lavarse «por partes». Luego, cuando se fueran los hombres, iría a casa de sus padres a cenar y a darse una ducha en condiciones. Sí, aquel era un buen plan.

***

Los obreros no pararon ni un segundo hasta el mediodía. Hicieron turnos para el café y el bocadillo, pero siempre se quedaba alguno de ellos. El paquete de galletas y la bolsa de patatas fritas que se había llevado para picar algo fueron la única fuente de alimento de Nuria a lo largo de esas horas.

—Nos vamos a comer —le dijo el tal Alex un poco antes de las dos—. Volveremos a las tres y media.

—Bien. Aquí estaré —respondió con una sonrisa tan falsa como la de él.

Apagó el ordenador y, sin perder un segundo, bajó con rapidez los tramos de escalera hasta el portal. A paso ligero, en quince minutos, estuvo en su hogar de la infancia, cerca de la Casa de Mitreo.

—¡Ya has llegado! —la saludó su madre—. Te esperaba hace un rato, casi se me pasan las lentejas.

Por comentarios como ese había decidido irse a vivir por su cuenta. La adoraba pero, si no quería estar discutiendo con ella día sí y otro también, tenía que marcar unos límites.

Suspiró. Con paciencia respondió:

—Lo siento, mami, es que me han entretenido. ¿Pongo la mesa?

Su padre se unió a ellas y disfrutaron de una típica comida en familia, comentando las últimas noticias de los periódicos. De segundo tenían lenguado rebozado y de postre, unas jugosas peras. Nuria no se pudo resistir y se echó un par de ellas al bolso.

—¿Qué haces? —quiso saber su progenitora al pillarla infraganti.

—No puedo estar malcomiendo a diario. Un poco de fruta será más sano que cualquier otra cosa envasada.

—Es que no entiendo que tengas que comer entre horas. Eso es porque no desayunas bien. Con un café bebido no se puede funcionar. Un zumo de naranja, unas tostadas, algo de fiambre. Mañana no te vas hasta que no te comas todo lo que te voy a preparar.

—Me temo que no va a poder ser —empezó a decir Nuria. Tenía que mantenerse firme, sin titubeos que hicieran a su madre pensar que no era una

decisión ya tomada—. Van a venir muy pronto los albañiles. Tengo que quedarme en mi casa para no tener que madrugar tanto. Así podré desayunar con contundencia, tal y como me recomiendas, y no a la carrera, como he hecho hoy.

—¿Te vas a ir así?, ¿sin decírselo a tu padre? ¿Nos dejas solos? ¿No te hemos cuidado bien?

Su madre valía para actriz dramática, porque lo que estaba haciendo era puro teatro. Desde luego que sentía que se fuera, pero no eran necesarios tantos aspavientos ni tantas miradas con ojos llorosos y manos en el corazón.

—María —dijo su padre al oír las quejas de la madre—, deja tranquila a la niña. No se va a la otra punta del mundo, solo a unos minutos de aquí.

Era lo habitual. Carlos dejaba que las dos expusieran sus ideas y, cuando al cabo de un rato veía que no llegaban a un acuerdo, siempre tenía la palabra justa para amainar los ánimos. Era un mediador excelente en las riñas familiares.

—Vendré a cenar todos los días. —«Y a ducharme», pensó Nuria.

Aquella sería su razón principal, pero no se lo iba a decir. Sentir el agua calentita deslizándose por la espalda y destensando las contracturas de sus músculos agarrotados sería un placer de dioses. Ni todas las horas de yoga del mundo lograrían contrarrestar la crispación que Alex provocaba en ella.

—Te prepararé una bolsa con comida en condiciones —afirmó muy digna su progenitora—. Unas peras no te van a valer de mucho.

El padre y la hija intercambiaron un guiño. Conociéndola, ya podía olvidar ir caminando a su casa. Tendría que llevarla él en coche, con el maletero a tope de ropa y de alimentos guardados en envases de plástico y de cristal, con sus oportunas etiquetas llenas de instrucciones de conservación y preparación.

***

Entre unas cosas y otras, se les hizo tarde y, al llegar al portal, la cuadrilla de operarios —con Alex a la cabeza— aguardaban sentados en la acera.

Carlos aparcó su coche cerca de su furgoneta y se bajó para ayudar a su hija. Los hombres observaron con asombro como no dejaban de sacar bolsas y

maletas del vehículo. ¿Dónde iban a meter todo aquello?

El capataz se acercó hasta ellos al ver como el conductor se colgaba una mochila a la espalda y tiraba de otros dos bultos con visible esfuerzo.

—Deje que lo ayude.

—Gracias, hijo. Son cinco pisos —afirmó con voz lastimera—. Nurita no pensó en lo que era subir las compras sin ascensor cuando se empeñó en que quería ese piso.

¿Cómo podía decir su padre algo así delante de los obreros? Y encima la había llamado por el apelativo cariñoso que usaban en casa. Para colmo sintió cómo un inoportuno rubor recorría su rostro desde el cuello hasta la línea del pelo. Debía estar tan roja como las manzanas que portaba en la bolsa que colgaba de su muñeca.

—Por cierto, soy Alex. Me encargo de la reforma del piso de... Nuria.

¡Lo había hecho! Había hecho una pausa y mirado con guasa antes de decir su nombre. A punto había estado de usar su apodo familiar. Y para colmo su padre sonreía encantado y hablaba afable con él. El *moñitos* lo estaba camelando con su sonrisa de niño bueno.

El chico que se había quedado la lavadora se acercó a ella y, con algo de timidez, le dijo:

—Deje que la ayude, señorita.

—Muy amable. Gracias —le dijo agradeciéndoselo. Al menos, los demás no eran tan insoportables como el capataz.

Los otros dos imitaron a sus compañeros y, al final, ella solo subió con su bolso y su esterilla de yoga.

Le había prometido a Angélica que los martes y los jueves iría, a las ocho y media, al centro donde impartía clase. Sabía que le vendría bien después de tantas horas sentada ante el ordenador o estudiando; sería una forma de liberar tensiones. Por otra parte, las clases particulares que daba eran en domicilios por la zona centro, con lo que podía ir de un lugar a otro sin demorarse demasiado.

Como no tenía nevera, había cogido una pequeña de su época de estudiante en Salamanca, que permanecía olvidada en un trastero. Sus padres se la habían regalado para que pudiera guardar los recipientes que, los fines de semana, su

madre le daba con sus comidas favoritas.

La tenía, en un rinconcito de su habitación de la residencia, como el más preciado de los tesoros. Más de una residente se asomaba a su puerta, en las tardes frías de invierno, en busca de unas ricas croquetas de la señora María. Al terminar sus estudios, había quedado arrinconada, hasta ese día que había vuelto a necesitarla.

—Nurita, ya me voy.

—Vale, papá —respondió ella sacando la cabeza del armario donde estaba colgando unos pantalones.

—Son unos tipos geniales tus obreros. Seguro que no tienes ningún problema con las obras. Has elegido bien.

Lo había engatusado. Alex era un lobo con piel de cordero capaz de ganarse el corazón de una persona inocente como su padre. A ella no la engañaba. Podía haber tenido un gesto amable echándoles una mano con los bultos, pero era lo que era: un truhan.

No le hacía mucha gracia dejarlos solos en su vivienda mientras iba a trabajar, pero confiaba en Jorge y en Marta, y en su buen criterio a la hora de contratar gente de fiar. Aunque el encargado fuera un cretino, estaba segura de que sus escasas pertenencias estaban a buen recaudo.

***

Tenía que darse prisa o no llegaría a su clase de las seis. Su alumna era una pecosa pelirroja con más ganas de contarle cotilleos de sus amigas del colegio que de estudiar lengua.

El de las siete era un chaval serio y estudioso, que quería sacar una nota alta que le subiera la media para su futuro acceso a la universidad. Se esforzaba y la obligaba a ella a dar el doscientos por cien al impartir la lección.

Se alegraba de marcharse porque habían terminado con los muebles y estaban dando martillazos, picando las paredes y el suelo para quitar los azulejos.

Al aproximarse a la cocina, escuchó como los cuatro hombres charlaban y

reían. Seguro que se soltaba mucha adrenalina golpeando con fuerza los azulejos. Si le dieran un mazo y pusieran la cara del *moñitos* en una diana, ella los ayudaría encantada.

No, no debía de pensar eso. Era un error ser tan negativa. Según su prima, ese tipo de sentimientos terminaban creando un pozo de rencor que anidaba en el alma y cuerpo de una persona: el karma. Nuria no terminaba de creérselo, pero mejor ser precavida.

—Perdón —dijo para hacerse oír entre el ruido y las voces—. ¡Chicos! Me tengo que marchar.

—Tenga cuidado, puede cortarse con un trozo de baldosa suelta —le advirtió el chico alto con barriga que asomaba por encima del pantalón.

—Mejor apártese *señora*, no vaya a lastimarse.

El *moñitos* no podía estarse calladito. Le iba a salir una ulcera con él.

Intentó fijar su vista en los ojos miel que la observaban con sorna, pero era imposible no desviar la mirada al cuerpazo que la camiseta apenas contenía. A él no se le marcaba el vientre como a su compañero. Dudaba que pasara sus horas libres bebiendo cerveza, sentado en un sillón.

—Cuando se vayan, cierren la puerta fuerte —les pidió con más sequedad que la deseada impregnada en su voz, pero aquel hombre podía desmoronar sus buenos propósitos en un segundo.

—No se preocupe. Recuerde: a las siete estaré aquí.

Aquello sonaba a un desafío en toda regla.

—Lo estaré esperando.

Nuria asió su bolso y se marchó del piso. Como fuera una broma lo de las siete, se lo iba a hacer pagar caro. Esperaba que sus alumnos hubieran hecho la tarea que les había encomendado la clase anterior. Ese día estaba para pocas contemplaciones.

Capítulo 4

No le hacía ninguna gracia tener que esperar, con sus hombres, a que la chica llegara ese mediodía. Sabía que le iba a dar problemas con los horarios. A ese paso tendría que traerse un bocadillo para la comida y, así, se aseguraba de que estaría en el piso a primera hora de la tarde.

—Jefe, son las cuatro menos cuarto.

—Lo sé, Luis.

—No me voy a quedar más, luego, por que la *jefa* no esté aquí.

—Os he dicho que no la llaméis así. Da igual. Creo que viene en ese coche.

Cuando la vio aparecer cargada de cosas, se sorprendió. ¿Iba a hacer ya la mudanza? ¿Cómo pensaba subir aquella ingente cantidad de bultos, por las escaleras, hasta el quinto? Los iba a retrasar. ¿No podía haberlo hecho con anterioridad? Tiempo había tenido.

Aquel debía de ser su padre. Tenían facciones similares y la misma manera de fruncir el entrecejo al sorprenderles algo. En la forma de mirar a su hija, se destilaba el cariño que sentía hacia ella. Había sido, era y sería la niña de sus ojos aunque fuera una mujer adulta. Sin embargo, su supuesta madurez la ponía en duda tras el comportamiento del que había hecho gala hasta ese momento.

—Vamos, chicos. O les echamos una mano o no nos ponemos a trabajar nunca.

Entre los seis subieron los bultos. Él era simpático; se veía que eso no lo había heredado la hija. El hombrito se disculpó por la tardanza. Pobre, estaba

convencido de que no había sido culpa suya.

—Os hemos retrasado, pero mi mujer no hacía más que darle cosas de comer a Nurita para que se las trajera. Se le van a estropear si no se las come deprisa. Esa nevera pequeña no da para demasiado.

—No se preocupe, solo han sido unos minutos —dijo Alex conciliador. Lo que había imaginado: la madre debía de ser como ella. Le había dado media despensa a la joven.

Sentía pinchazos en los brazos al llegar al descansillo del tercer piso, con el diminuto frigorífico a cuestas. Se arrepentía de haberse ofrecido a ayudarlos. También, había estado tonto. Podían haber usado el montacargas para izar las bolsas y cajas, pero no se le había ocurrido. Estaba demasiado molesto para pensar con claridad.

—¿Tenéis mucha faena con la reforma?

—Lo normal. Una obra así requiere que intervengan diferentes tipos de operarios. Albañiles, fontaneros, electricistas, pintores, alicatadores... y alguno más. Hay que coordinarlos a todos, y sin retraso porque cada uno trabaja en otras reformas. Es cuestión de organizarse y cuadrar agendas.

Carlos asintió compresivo.

—¿Y te gusta tu trabajo? Eso es lo importante. Son muchas horas fuera de casa y, si estás mal, es duro.

Alex observó con detenimiento al padre de su cliente. Estaban colocando la nevera en una esquina del salón. No parecía que lo había dicho por decir, sino como si fuera algo personal que él hubiera experimentado.

—Sí, me gusta. Hay días malos, como en todos los trabajos, pero en general disfruto de lo que hago.

—Eso está bien. Yo estaba empleado en un banco, ese cerca de la iglesia Santa Eulalia que cerraron. Al principio, me gustaba. Disfrutaba hablando con los clientes: los dueños de las tiendas que venían a por cambio y hacer el ingreso del día, los vecinos que acudían a por dinero para ir al mercado. Luego, empezaron con los cajeros automáticos. Para facilitarnos las cosas, dijeron. Las colas de personas delante de mi ventanilla disminuyeron y, en lugar de tener cuatro puestos abiertos, pasamos a ser dos.

—Y luego llegó la banca *online* —continuó Alex, imaginándose el porqué de esa resignación que leía en su voz.

—Sí, hijo. Yo, como muchos otros, estábamos desfasados para esos cambios. Los jefes querían cerrar sucursales, nos ofrecieron unas buenas prejubilaciones y la mayoría aceptó.

—Los años de experiencia no pueden ser sustituidos por una máquina.

—Pero el sueldo sí. La máquina solo necesita un poco de luz, es más barata que un empleado, nunca se pone mala y no necesita vacaciones.

El padre de Nuria se marchó, y ella estuvo un buen rato colocando las bolsas que había traído. Después, se sentó en el ordenador y de aquella habitación no salió hasta dentro de un par de horas.

***

El resto de la tarde transcurrió sin incidentes. Quitar los azulejos y el yeso que los adhería a la pared no era una tarea que requiriera precisión, y les permitía divertirse y relajarse un poco.

A las seis menos cuarto, la dueña del piso se acercó hasta donde estaban trabajando. Sintió su proximidad, incluso captó el suave aroma fresco de su colonia. La oyó carraspear, intentando llamar su atención.

No se lo puso fácil. Por el rabillo del ojo, vio como cambiaba el peso de un pie a otro. Se la notaba impaciente. Sería Luis, el soltero casanova del grupo, el que se apiadaría de ella.

—Cuando se vayan, cierren la puerta con fuerza —les recalcó Nuria.

¡Ni que fueran a dejar la casa abierta! Se percató de cómo echaba una mirada fugaz a las dos habitaciones del principio de la casa. Seguro que pensaba que iban a ir a fisgar o coger sus pertenencias.

¡Cómo que tenían tiempo para esas tonterías! Y mucho menos se iban a jugar el prestigio de la empresa llevándose una figurita de porcelana de un gato, de esas que coleccionaban solteronas como ella.

—No se preocupe. Recuerde: a las siete estaré aquí —le dijo paladeando cada

letra de la palabra del número.

—Lo estaré esperando.

¿Era un desafió lo que veía reflejado en su ojos? Aquella joven era un duende peligroso.

—¿A las siete, Alex? —inquirió Gustavo alarmado. En ninguna obra empezaban tan pronto. Nadie le había dicho nada. ¿Habían cambiado el horario y él no se había enterado?

—Tranquilos, vosotros no tenéis que venir hasta las ocho. Puesto que soy el encargado de la reforma, quiero llegar antes para que todo esté listo. Planificar bien las cosas, saber el material que vamos a necesitar...

—Y de paso, estar a solas con la dueña de la casa un rato —lo cortó Paco, el fontanero, lo que hizo reír a los demás.

No le había pasado desapercibido el cruce de miradas entre aquellos dos. Cuanto más se manifestaba el enfado de Alex, más claro le quedaba que aquella guapa morena le gustaba a su jefe.

«¡Tonterías!», pensó Alex.

Era guapa, tenía que reconocerlo. Hasta se podría decir que atractiva. Unas curvas perfectas, nada de un cuerpo esquelético. No entendía esa manía de algunas mujeres por mantener la línea a costa de perder su silueta. Cuando veía a esas chicas que eran todo huesos, sobre los que apenas se sujetaban los tirantes de las camisetas, le gustaban tan poco como esas otras que parecían llevar una talla menos. Era mucho más erótico insinuar que mostrar.

Sus ojos negros tampoco estaban mal. Eran alegres y despiertos; salvo cuando lo miraban a él, que parecían dos tizones a punto de estallar en llamas. Con su padre y con Gustavo —que se notaba que le caía bien—, sus facciones se suavizaban.

En esos instantes, para su disgusto, debía de reconocer que se había quedado un par de veces embobado, observándola. Era un hombre y no estaba ciego. Sabía valorar a las mujeres bellas cuando las veía. Y ella lo era, por muy tocapelotas que pudiera llegar a ser.

El pelo —negro, liso, por los hombros—, que solo había acertado a verlo suelto cuando su rebelde coletero se había escapado de su posición, lucía

brillante y sedoso. Incluso, al estar junto a ella, había aspirado cierto aroma a cereza.

Iba con un maquillaje ligero que acentuaba su juventud. Un suave *gloss* en los labios y unas sombras muy tenues en los párpados.

Sin la distracción de tenerla cerca, se centró más en el trabajo y, con sus nuevos bríos, los hombres aumentaron su ritmo, que ya empezaba a decaer tras las larga jornada. Tenían que echar abajo la pared que les faltaba, antes de irse, para poder ponerse en serio con la reforma al día siguiente.

***

A las siete y media, guardaron sus bártulos y se marcharon. Habían conseguido hacerlo.

A primera hora, sacarían los escombros y, con la cocina ya limpia, podrían empezar a trazar el camino que seguirían las rozas.

—¿Te llevo, Alex?

—Gracias, Luis, pero debo pasarme por la oficina de Jorge y Marta para recoger unos documentos que vamos a necesitar los próximos días.

—De acuerdo. Mañana nos vemos.

La caminata no era mucha.

Agradeció estirar la espalda y respirar el aire limpio de las últimas horas de la tarde. Hacía mucho que no realizaba tanto trabajo físico y estaba desentrenado.

Los interioristas ya se iban a marchar a casa. Llegaba justo a tiempo para tomarse una caña con ellos antes de irse a descansar.

—Alex, no hace falta que sigas encargándote de la obra. Podemos buscar otro capataz. No es tu cometido —le reiteró el interiorista.

—No me importa. Es bueno recordar cosas. A veces, olvidamos los detalles al no estar en el terreno y mano sobre mano. Me vendrá bien. Es importante estar al tanto de las diferencias entre un yeso y el otro. Si no lo haces tú mismo, no te das cuentas de las ventajas de aplicar uno u otro. Por mucho que los chicos lo digan, hay que pringarse para verlo.

—Claro. Aquí tienes el papeleo —le dijo Marta al tiempo que le entregaba una carpeta y le daba un pisotón a su marido para que no comentara nada.

—No entiendo por qué quiere hacer algo así —afirmó Jorge al ver salir a Alex de la cafetería, donde habían degustado unas raciones.

Su mujer no le respondió, pero sonrió contenta. A ella no la engañaba; había algo más entre las medias verdades que les había contado. Estaba segura de que el tiempo pondría a cada cual en su lugar, y se enterarían. Una cosa era hacerles un favor y sustituir al capataz unas horas y otra, encargarse durante días de la reforma.

***

En su casa, Alex repasó la lista de proveedores, materiales y empresas subcontratadas de las que tendría que ocuparse durante las próximas cuatro semanas.

Con agrado comprobó que la pareja no había escatimado en medios buscando el producto y acabados que más se adecuaban al perfil de Nuria Martín. Alguien que vivía sola, sin niños, pero que quería calidad y durabilidad.

Más de una vez sus clientes habían desoído sus consejos y, por el afán de ahorrarse unos euros, habían optado por un material de peor resistencia. Al cabo de unos años, deberían retirarlo y cambiarlo por otro, lo que constituía una pérdida de tiempo y dinero.

Estaba cansado, solo tenía ganas de tumbarse en el sofá y ver alguna serie. Mientras durara la reforma, no iría al gimnasio. Ese trabajo iba a romper su rutina y evitaría que pasara largas horas sentado ante la pantalla del ordenador o ante su mesa de trabajo. No necesitaba más ejercicio.

Vio un par de capítulos y se marchó a la cama a descansar. Estaba agotado de empuñar el martillo, y sus manos protestaban. Por ello les dio una buena capa de crema regeneradora antes de acostarse. De esa que guardaba para cuando hacía escalada y el frío extremo cortaba su piel.

***

¡Las seis! No era dormilón, no solía levantarse más tarde de las ocho. Lo de empezar a trabajar a las siete, al final, iba a volverse en contra suyo. Reconocía que lo había hecho por fastidiar a la dueña del piso, pero el destino o el karma —como decía Marta— se volvía contra él.

Le dolían hasta las pestañas. Aquello era más duro de lo que parecía. Se bebió una taza de café solo, fuerte y amargo. Se puso unos vaqueros viejos y una camiseta de las de la empresa de Jorge.

Al llegar a la calle y sentir el aire helador de la mañana, se alegró de haber cogido una fuerte cazadora con la que resguardarse del viento gélido. Cuando llevaba el pelo suelto, su media melena le protegía los oídos. Sin embargo, para no estar incómodo en la obra, se había vuelto a hacer el moño en lo alto de la cabeza.

Caminó deprisa; pensando en que, como no estuviera la joven y le tocara aguardar de nuevo en la calle, le iba a decir un par de cosas a *Nurita*. Él era puntual en extremo, no le gustaba ni esperar ni hacer esperar. Consideraba que su tiempo era tan valioso como el de los demás y que llegar tarde implicaba no respetar al otro.

Con decisión pulsó el timbre del interfono. Al cabo de unos segundos, una voz femenina y algo somnolienta respondió a la llamada.

—¿Sí?

—Soy Alex.

¿La había despertado? Bien. Se alegraba de ello.

—Hola, sube.

¡Cinco pisos! Aquella escalera iba a pesar más en sus piernas que el duro trabajo que le esperaba.

Había espacio para instalar un ascensor reduciendo la escalera y los enormes descansillos. Quizás, para uno pequeño de dos plazas, pero más que suficiente para satisfacer las necesidades de los vecinos.

Debería hablar con Jorge y presentar un proyecto a la comunidad de propietarios. Por lo que había visto, había personas mayores que agradecerían

que les facilitaran el acceso a sus viviendas.

En el quicio de la puerta, estaba el objeto de sus desvelos. Nuria llevaba puesto un abrigado pijama de cuadros escoceses y se envolvía en una manta azul con fuerza, intentando contener la tiritona que sentía.

En los pies, unas botas de fieltro rellenas de borreguito a modo de zapatillas. El pelo, desordenado y suelto, como si un nido de colibrís hubiera anidado en él. La cara, pálida, con marcas de los pliegues de las sábanas en sus mejillas.

Aunque lo que más destacaba eran sus ojos. Somnolientos y dormidos, pero tan atrayentes como cuando estaban despiertos.

—Buenos días. ¿Y los otros? —quiso saber la joven. Echaba miradas furtivas por encima de su hombro, buscando a los otros tres miembros de la cuadrilla.

—Ellos vendrán a las ocho. Tengo que ir preparando cosas —respondió, él al entrar en el piso, sin la menor vergüenza por habérsela jugado.

Al ir hacia la cocina y pasar junto a un dormitorio, constató que la cama estaba revuelta. No olía a café ni a ninguno de los dulces aromas de un buen desayuno.

Por lo que parecía, la dueña del piso, ante su amenaza de ir a las siete, se había traslado a vivir en él. De ahí los bultos del día anterior y la nevera portátil.

Una punzada de culpabilidad sacudió su corazón. Quería fastidiarla, pero no hasta ese nivel. Quizás, debería decirle que el resto de los días no llegarían hasta las ocho, y así dejarla descansar un poco más o volver a casa de sus padres.

—Tendréis que poner más cartones o más plásticos. En cuanto entráis, se llena la casa de pisadas blancas. Y he visto que tenéis una radio. ¡Nada de ponerla alta! Con las voces y los golpes que disteis ayer, es suficiente tormento. Algunas tenemos que trabajar, ¿sabes?

—Es una obra. Habrá polvo del yeso por toda la casa. Aunque sellemos con plástico, una parte se filtrará de forma inevitable.

—¿Y la radio?

—*Señora*, con el ruido que vamos a hacer hoy para quitar los azulejos del baño, la música será el menor de sus problemas.

—La ventana no puede estar todo el día abierta. Se hiela la casa.

—Hay que sacar los escombros y meter el material. Es un quinto. Mis chicos

no pueden estar acarreando gavetas arriba y abajo todo el día.

—Pero...

—Póngase un jersey más gordo, y listo. O una pequeña estufa portátil.

—¡Esto es intolerable!

—Le repito. Es una obra, *señora.*

—Hablaré con Marta.

¿Culpabilidad? ¡Ninguna! ¡A que le decía que a las seis!

Capítulo 5

No le dijo nada a Marta, aunque con buena gana se quedó. Su prima Angélica le impidió hacerlo. Le recordó que los hombres no tenían nada para entretenerse más que la radio y sus conversaciones. Ocho horas trabajando sin levantar cabeza podían hacerse muy largas.

—Va incluido en el precio, tesoro. Hazte a la idea.

—Tengo que estudiar y hacer las traducciones de los prospectos. Con ese ruido no voy a poder.

—Tapones en los oídos. Unos cascos con música que te guste y te aísle del exterior. Con el tiempo te acostumbrarás. Seguro que no es para tanto, así te animan y estás más entretenida.

—No me hace falta ese tipo de entretenimiento. Además, dudo que me acostumbre a eso. No creo que nadie sea capaz de hacerlo.

Pero lo hizo. Una extraña rutina se había instalado en su vida. Alex se presentaba, de forma invariable, a las siete. Era como un reloj suizo. Estaba segura de que aguardaba en el portal, si llegaba antes, para tocar su interfono justo a esa hora.

***

Para comprobar si eran ciertas sus suposiciones, el lunes de la segunda semana

de las obras, se escondió tras las cortinas del salón. Desde esa ventana tenía una vista privilegiada de la calle y podía observar quién se acercaba al edificio.

Faltaban tres minutos para las siete cuando una figura oscura se vislumbró al final de la calzada. Era él. Podía reconocer su musculosa complexión desde lejos.

Había perdido más tiempo de lo que se atrevería a confesar en voz alta en observar a Alex trabajando cuando no la veía. Había aprendido que un mechón rebelde de su pelo solía soltarse por el lado derecho del moño que coronaba con asiduidad su cabeza. Algo que exasperaba al hombre y hacía que terminara con el pelo blanco de yeso, cada vez que se lo colocaba nervioso.

Vestía el pantalón y camiseta del resto de los operarios, pero a ninguno le quedaba como a él. Los tíos no aprendían que, cuando se acuclillaban, la cinturilla del pantalón se deslizaba hacia abajo y obsequiaba a los presentes una vista de sus calzoncillos y lo que tenían debajo de ellos.

Esa visión era desagradable. En especial, la del tal Luis, que llevaba un uniforme una talla más pequeña que la que debería. Era eso, o había engordado desde que se la habían dado.

—No lo mires.

—No lo puedo evitar, Angélica. Voy a decirles algo o a salir para una clase y me lo encuentro agachado, haciendo algo en una pared. Es feo y repulsivo. Me voy a quedar ciega con semejante visión. Un culo enorme y peludo. ¡Horrible!

—¿Y siempre es el gordito?

—Sí, hija. Paco, el fontanero, tiene una especie de cazadora encima y está más discreto; Gustavo lleva un peto con tirantes que le impide que se le bajen los pantalones, y a Alex no se le bajan.

—¿Así que has mirado su culo para ver si pillas una buena vista? Una pena que la cinturilla de sus pantalones sea tan resistente a los movimientos. Ese capataz tuyo está de toma pan y moja.

—¡¿Qué?! ¡No! ¿Para qué querría verlo de esa forma? Es innecesario. No es algo que requiera conocer.

Nuria se había puesto nerviosa, balbuceaba al hablar. No quería que su prima se diera cuenta del interés que el moñitos despertaba en ella. No soportaría ser el centro de sus burlas de continuo. Sabía que lo hacía con cariño, y por eso no se enfadaba, pero eran vergonzantes y bochornosas.

—Yo lo haría. Está en forma. Ni le sobra ni le falta nada. ¿Me puedo quedar una noche en tu casa a dormir, así lo veo llegar por la mañana? Solo un día, no quiero competir contigo por sus atenciones. Es mera curiosidad.

—Eres terrible —replicó Nuria bajando la cabeza—. Solo tengo una cama de ochenta centímetros. Si quieres dormir en el suelo del salón, tráete un saco, porque no tengo sofá. Tú misma.

—Pues hazme sitio, que voy mañana.

Su prima no fue a cumplir su desafío, por supuesto. Solo una tonta como ella aguantaría semejantes madrugones.

Alex la saludaba con una luminosa sonrisa, que ella veía entre legañas y con el sueño apoderado de buena parte de su cerebro. No era normal estar tan despierto a las siete. Iba contra natura.

Ella se iba a al salón a prepararse el desayuno en el microondas que tenía instalado en una mesa al lado del ordenador. Desde allí, lo oía moverse por la cocina y el baño, trasteando entre las herramientas de los obreros, pero sin hacer ruido al ser tan temprano. La pareja de abajo no podía tener queja a ese respecto.

Ese día en concreto, había terminado su leche con cereales y llevaba un rato sin escucharlo. ¿Qué estaría haciendo? Dejó la manta con la que se envolvía en una silla y de puntillas se acercó hasta la zona de la reforma.

Una bombilla que colgaba del techo era toda la iluminación con la que contaba. Sentado sobre una gaveta dada la vuelta, el objeto de su curiosidad tenía un cuaderno sobre las rodillas, en donde estaba dibujando algo. En frente solo estaba una pared de ladrillo y yeso.

Si quería ver qué había en el papel, debería dar uno o dos pasos en la cocina y colocarse a su derecha. Sería sigilosa y pondría cuidado en donde pisaba.

Sería como un ratón: no la oiría acercarse.

¡Ya estaba dentro! Un poco más y habría alcanzado su objetivo. Si se estiraba un poco, ya casi podría atisbar la hoja.

—Hola. Te estoy oyendo —aseguró en voz alta Alex, que cerró el cuaderno y dejó a Nuria con las ganas de cotillear su interior.

—¿Cómo vais con la obra? —preguntó Nuria intentando disimular su turbación.

Solo veía yeso y ladrillo por todas partes. El aspecto era desolador. Parecían las trincheras de una guerra con el suelo cubierto de minas. No sabía dónde pisar. Le resultaba difícil vislumbrar la bonita cocina que la había deslumbrado en la

pantalla del ordenador de Marta.

—Hoy vuelve el fontanero para cambiar los desagües y las tuberías. Sé que no tiene buena pinta para alguien que no está acostumbrado —añadió al percatarse de la cara de pena de ella—. Sin embargo, te aseguro que has hecho una buena inversión. Quitando el deterioro por el transcurrir de los años, el piso tiene una excelente construcción. El edificio necesita unos arreglos, pero es de los que aguanta con el envite del tiempo. Está hecho a conciencia, con buenos materiales.

—El otro día me encontré con el presidente de la comunidad —comentó Nuria deseando alargar un poco la charla. Le estaba resultando agradable hablar un rato con él, aunque hubiera preferido hacerlo a las doce y no a las siete—. Creo que va a haber una reunión para ver si se instala un ascensor.

—¡Eso estaría muy bien! —exclamó Alex complacido—. Más comodidad para los inquilinos.

—La idea es genial, pero supondrá una derrama extra. Con los gastos de la compra del piso y, ahora, de la reforma, voy a ir justa. Tendré que buscarme alguna clase más, no quiero pedirles más dinero a mis padres.

—¿Tienes muchos alumnos?

—Cuatro. Con eso y lo de la farmacéutica, voy tirando, pero no sé si será suficiente para todo. —Se lamentó. Tenía que ponerse de firme con la oposición. No le bastaba con sacar plaza. Quería que fuera en un instituto cerca de Mérida. No quería dejar su piso ni alejarse de sus padres, puesto que empezaban a necesitarla más y a ella le costaba estar un día sin verlos.

—Creó que ha llegado el resto —le avisó Alex—. He oído el timbre.

Nuria fue a abrirles. Por primera vez desde que la reforma había empezado, se sentía relajada y tranquila. El *moñitos* resultaba ser un tipo majo cuando se lo proponía.

***

Decidió que lo mejor sería darse una ducha antes de ponerse a trabajar. Tenía

seis prospectos que traducir de unos medicamentos para la alergia y de unos analgésicos.

Desde que había empezado con la farmacéutica, y estaba al tanto de los efectos secundarios y las reacciones adversas, no había vuelto ni a tomarse una aspirina. Su prima decía que estaba tonta, pero ella sospechaba que hasta una simple tirita podía ser peligrosa. ¡A saber qué tenía el adhesivo!

—¡¡¡Ahhhhhh!!!

¿Y el agua caliente? Solo salía fría. Se envolvió una toalla en el pelo húmedo y se puso un albornoz. No había luz en el aseo y no se fijó que se había puesto sus zapatillas de peluche en forma de unicornio, en lugar de las normales.

—¡El agua! ¿Qué habéis hecho? No sale caliente. Así no hay forma de lavarse. ¿Y la luz? ¡Al menos, podíais avisar cuando la vayáis a cortar! ¡Es lo mínimo!

Estaba hecha una furia. Enfadada y aterida de frío al mismo tiempo. Notó que se había pasado cuando cuatro pares de ojos se la quedaron mirando. El regordete, Luis, no apartaba la vista de sus pies. Gustavo observó su cabeza unos segundos para regresar a la paleta que tenía en la mano, más interesante y más segura que mirar. Le daba miedo terminar fulminado por la ira de Nuria.

—Lo siento —se disculpó Paco—. También tendré que cortar la fría dentro de un rato. ¿No se lo has dicho, Alex?

—¡Ups! ¡Qué fallo! Se me habrá olvidado —respondió el aludido.

—¿Y la luz?

—Al cortar un cuadrado de escayola del falso techo, hemos movido los cables sin querer. Habrá saltado el chivato; ahora lo subo.

Nuria volvió al baño y terminó de arreglarse con el agua fría. Se secó el pelo con rapidez, no fuera a quedarse sin corriente eléctrica de nuevo. Se vistió y, mientras lo hacía, recordó los efectos secundarios del cierto antigripal que tenía en un cajón. Dos sobres para aderezar la comida del *moñitos*, que había dejado en una bolsa a la entrada de la cocina, serían suficientes.

Abrió la puerta y miró a ambos lados del pasillo. Bien. Los cuatro hombres estaban en la zona por reformar. Fue hasta su improvisado dormitorio y sacó el neceser con las medicinas que había dejado guardado en una mesa. Alex era un

tipo grande; dos, quizás, sería poco. Más valía ser precavida y coger tres.

Oyó una puerta que se cerraba. Estaba de suerte. Como iban a hacer ruido con la radial, se habían aislado en la zona para no molestarla.

Tenía que ser rápida. La bolsa no estaba anudada, por lo que pudo acceder a su contenido sin dificultad. Una ensalada y un sándwich de jamón y queso. Echaría en ambos, no fuera a ser que solo tomara una de las dos cosas para almorzar. La botella de agua no la abriría porque se daría cuenta de que el precinto estaba roto. Solo tenía que sentarse y esperar a ver los resultados.

***

La mañana se le pasó rápido. Uno de los prospectos de los antihistamínicos le resultó algo complicado porque el fabricante había utilizado diversos términos con los que no estaba familiarizada. Tuvo que consultar varios diccionarios y dos o tres webs para lograr hacer la traducción. Se lo tomaba muy en serio; era consciente de que un fallo podía costar la vida de alguien.

—Nos vamos a comer —le dijo Gustavo, lo que hizo que se percatara de la hora que era. Se le había pasado el rato en un suspiro.

—¡Ah, vale! Hasta la tarde, chicos.

Paco y Luis salieron bromeando. Alex tenía una mano en el estómago y estaba algo pálido. Los sobres habían funcionado.

Nuria apagó el ordenador y se puso un abrigo. Había quedado con su amiga para tomarse un par de tapas a modo de comida.

Degustando unas patatas con salsa, le contó lo que había hecho.

—¿Cómo se te ha ocurrido? Se va a poner enfermo.

—Nada grave. Irá un par de veces al servicio, así limpiará el intestino.

***

Cuando por la tarde Alex no fue con sus compañeros a trabajar, pensó que tal vez se había pasado un poco.

—¿Y el encargado? —le preguntó asustada a Gustavo.

—Le ha surgido un imprevisto. Vendrá luego.

—Perdona, ¿puedo usar tu baño? —le suplicó con los ojos llorosos el fontanero—. No sé si es un virus o si no me ha sentado bien el almuerzo.

—¿Qué comiste? —quiso saber Nuria preocupada.

—Si es que eso es lo raro. Mi chica me prepara la comida que traigo. Hoy era ensalada y un sándwich. No me como bocadillos gigantes de chorizo, como hacen ellos.

—La lechuga, para los conejos. Donde esté, el jamoncito —afirmó Luis mientras se acariciaba la barriga.

—Por favor —insistió Paco.

—Sí, claro. Ve.

Se había equivocado. Creía que era la bolsa de Alex y era la del pobre hombre que tenía en su baño, con retorcijones. Cuando su prima lo supiera, se iba a estar riendo un mes. Mejor no le decía nada.

Su «víctima» estuvo saliendo y entrando del baño durante horas.

—Paco, no tienes buen aspecto —dijo el encargado a media tarde, cuando llegó a la obra—. Vete a casa a descansar. Lo que tienes que hacer puede esperar a mañana. Nos iremos arreglando como podamos.

Nuria prometió a su conciencia que no lo volvería a hacer. Había jugado con la salud de una persona sabiendo, mejor que nadie, el peligro que eso conllevaba. Si hubiera sido Alex, los remordimientos habrían sido algo menores, pero aun así los tendría.

Se sentía fatal por ello. Había sido una niñería impropia de una mujer adulta y responsable.

***

A mitad de semana recibió una circular de la comunidad. Ese jueves había reunión, a las ocho de la noche, para debatir la posibilidad de instalar un ascensor a partir de la propuesta novedosa de sus interioristas. Jorge y Marta le

habían hecho llegar al presidente un estudio elaborado por uno de sus arquitectos, Alejandro Laguna, que hacía viable esa posibilidad.

Los vecinos de los pisos más altos estaban emocionados. Era una idea que habían barajado en otras ocasiones, y ninguna de las empresas a las que habían consultado había sido capaz de ofrecerles una solución satisfactoria.

Para poder asistir, Nuria tuvo que abandonar a su alumno cinco minutos antes. Incluso así, no llegó a la primera convocatoria, pero a la segunda, media hora después, sí.

Se había puesto a llover y no llevaba paraguas, por lo que estaba empapada y deseando cambiarse. Nunca había visto tanta gente junta en el portal. Algunos habían bajado sillas plegables para estar más cómodos. Ella optó por sentarse en el suelo; el estado de su ropa no iba a empeorar por un poco de polvo.

Marta la saludó con un gesto desde el rincón donde estaba apoyada, escuchando a Jorge terminar de explicar la propuesta. Nuria solo le había echado un fugaz vistazo, mientras desayunaba, y le había parecido razonable.

Aunque la derrama no sería muy elevada, para su mermada economía era demasiado. Si se aceptaba la idea, tendría que pedirle ayuda a su padre, algo que era humillante para su reciente estado de persona independiente.

Ya le había dicho que pensara bien lo de irse a vivir a un edificio sin ascensor. No le había dado importancia, era joven. No había contado con que el resto de los vecinos no lo eran tanto.

—Entonces, por mayoría aprobamos la propuesta —anunció un exultante presidente.

Ella había votado a favor porque resistirse a la sonrisa animosa de su interiorista era superior a sus propios deseos. La obra comenzaría en cuanto tuvieran fecha de entrega del ascensor por parte del fabricante, dentro de dos o tres meses, algo antes de Semana Santa.

—No te vas a librar de nosotros, Nuria.

—¡Qué alegría, Jorge! —exclamó. Mucho decir que su madre era una gran actriz, ella no se estaba quedando atrás. Al final, iba a ser cierto lo de «de tal palo, tal astilla»—. No se encargará Alex, ¿verdad? —quiso saber asustada—. Tendrá otras reformas de las que ocuparse.

—Por supuesto que sí. Es el artífice de la idea.

¡No! Otra obra con él. No lo iba a poder soportar.

Capítulo 6

No sabía qué había pasado, pero desde hacía una semana *Nurita* había cambiado y estaba un poco más amable con él. Ya no parecía que se dispusiera a lanzarle cuchillos nada más verlo. Lo recibía con una sonrisa, y su trato era distendido y amable.

Incluso se había convertido en un hábito compartir una taza de café en el salón, al lado del microondas, a las siete, mientras la ponía al día de cómo iban las obras y lo que preveían hacer esa jornada.

La primera vez que se había acercado hasta la cocina, donde él estaba repasando unos perfiles, con una taza en la mano de la que surgía un delicioso aroma, no lo había dudado y la había aceptado. Había sido el inicio de una agradable costumbre.

—Tengo una mala noticia que darte —le dijo con voz calmada, lamentando tener que romper la paz que se respiraba en aquella temprana hora, en la que todavía no había amanecido y apenas llegaban ruidos de la calle. La ciudad estaba despertando, y ellos dos eran ajenos en la tranquilidad de la habitación.

La dueña del piso inspiró y dio un sorbo. Notó como se tensaba y apretaba el recipiente, con el contenido ya frío. Vio como erguía los hombros y se preparaba para oír lo peor. No sería el primer disgusto. En una obra los imprevistos eran lo habitual para desesperación de los clientes, y en esa ocasión no fue diferente.

La cabeza de Luis había asomado dos veces en el dormitorio que colindaba

con la cocina y una vez por el despensero que tenía al lado del baño. Lo había reprendido por no ser cuidadoso, pero había dado igual. Aun con tino y calma, habría ocurrido en otro punto de la pared. Los años no habían pasado en balde por los muros del edificio. Aunque el deterioro no era importante, existía.

«No te preocupes, mi niña. Esto se arregla con yeso y pintura», le había asegurado a la chica.

Era fácil de decir, pero difícil de soportar tener las paredes como coladores. Era algo normal y esperable en una reforma. Sin embargo, era una continua desazón para los propietarios de los pisos.

Alex sabía que las palabras del albañil habían sido de poco consuelo. Él le había asegurado después que, cuando terminaran, todo quedaría perfectamente rematado. No se notarían nada los desconchones, sería como si nunca hubiera ocurrido.

La resignación en el rostro de ella le había hecho comprender que no le había creído. Llegados a ese punto, necesitaba un poco más de paciencia y confianza por su parte.

—Empieza a contarme —le pidió Nuria suspirando, dispuesta a escuchar las malas noticias.

A Alex le resultó laborioso concentrarse en lo que le decía al ver como su boca daba un mordisco a los churros que había traído él esa mañana. Un amigo suyo los elaboraba en un pequeño local cerca de su casa. ¡Estaban riquísimos! Sabrosos y nada grasientos. Había sido un impulso. Había pensado que podían gustarle y ser un buen acompañamiento para el café.

—Vamos a tener que abrir un cuadradito de nada en el techo del pasillo. De ese modo te quedarán las tuberías cambiadas y, cuando quieras reformar el aseo, podrás hacerlo sin tener que volver a picar el techo de la cocina.

—¡Otra ventana! —exclamó ella llevándose las manos a la cabeza—. Me estáis llenando la casa de aberturas nuevas.

—Tienes razón. —Rio él—. Pero, créeme, es lo mejor. Si tienes una avería, o por lo que sea se ven afectadas esas tuberías, me lo agradecerás. No puedo dejarte todo nuevo y ese trozo viejo.

Lamentaba tener que hacerlo, pero en todas las reformas lo hacían así:

cambiaban las tuberías hasta el lugar donde empezaba lo que se quedaba sin renovar. Era mucho peor dejarlo como estaba y que una inoportuna avería, meses más tarde, hiciera levantar las baldosas recién puestas.

—Está bien. Si no hay más remedio —accedió ella con pena y cogió otro churro. Le habían gustado. Estaba dando buena cuenta de ellos sin ningún apuro ni ningún remilgo.

—Por cierto, ¿ese despensero no has pensado unirlo al baño? —Tenía que insistir. Era una pena dejarlo como estaba.

—No. En realidad, Marta me ha sugerido que, en un futuro, lo puedo anexionar al salón.

Sabía que la interiorista le había apuntado la idea. Tenía una mente clara y despierta para visualizar los espacios y los volúmenes. Pero, de momento, mejor cambiar de tema y no agobiarla con futuras obras.

—El otro día me fije en que tenías una novela en la mesa. También la he leído. La trilogía completa.

Había visto el libro al despedirse de ella en una de tantas jornadas al marcharse. La joven permanecía tecleando en el ordenador o estudiando en su mesa hasta la una, en la que la veía hacer un descanso.

—Esta me la ha prestado mi prima Angélica —respondió Nuria mientras alargaba la mano para coger el volumen del que hablaban—. No soy muy fan del género de misterio, pero me está gustando mucho. Me tiene atrapada.

—Puedo dejarte los otros dos si quieres —le ofreció.

Tenía una extensa biblioteca que ocupaba varias estancias de su casa. Prefería el papel al libro electrónico. Le encantaba el olor que desprendía un libro nuevo, sentarse en un cómodo sillón y tocar la cubierta con sus dedos. El tacto de las páginas al pasarlas no se podía igualar a deslizar el dedo en una pantalla.

—No sé qué decirte. Sí que me gustaría, pero tardaré en leerlas y, la verdad, espero que terminéis la obra antes —afirmó Nuria con cara de espanto.

Estaba seguro de que la idea de que le prestara libros la seducía. Los malentendidos del principio se habían ido diluyendo. En su fuero interno sabía que podía decirle que llegaría a las ocho, con el resto, pero verla ese rato a solas se había convertido en una necesidad.

—Aún nos faltan tres semanas, por lo menos —le dijo procurando que su voz sonara desenfada—. Y después me seguirás viendo con la obra del ascensor. Tú piénsatelo. Ya me dirás.

Dejó su taza vacía en la mesa y se fue a la zona de la cocina.

***

Al poco llegaron sus compañeros. Ella continuó trabajando sin descanso; o al menos, eso le parecía a él cada vez que pasaba por su puerta para coger algo en la furgoneta. Era una tontería. Podía encargarle a uno de los chicos que bajara a buscarle lo que necesitaba, pero era una vulgar excusa para verla aunque fuera un segundo.

—¡No! —Oyó que gritó una voz femenina al irse la luz.

Al hacer una roza en una pared, Luis tocó sin querer un cable suelto, lo que provocó que saltara una chispa que iluminó la cocina, para acto seguido quedarse a oscuras.

La dueña del piso los iba a matar. Era la segunda vez. Al menos, en esa ocasión, no la habían pillado en ducha, con aquellas zapatillas tan graciosas. Aunque eran infantiles, iban con la personalidad de su propietaria de una manera encantandora.

—¡Casi me chamusco! —exclamó el albañil mirando como se le había quedado el dedo índice ennegrecido.

—Llamaré al electricista —afirmó Alex mientras sacaba el móvil del bolsillo trasero del pantalón.

Llegaría dentro de diez minutos. Lo primero era asegurarse de que Luis no tuviera ninguna herida; después, atender las demandas de Nuria, que estaba en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y con cara de fastidio.

—¡He perdido todo el trabajo! Tenía el rúter y el ordenador encendidos. ¡Si les ha pasado, algo me dará!

—Tranquila, no te preocupes. Windows hace copias de seguridad cada cierto tiempo y, si se ha estropeado algún dispositivo electrónico, el seguro de la

reforma te lo cubrirá.

La chica se volvió enfadada a sus dominios después de echar una de sus miradas de perdonavidas a Luis. Hasta así estaba guapa. El disgusto había hecho que sus ojos brillaran y que sus mejillas se enrojecieran.

Ese día llevaba un pantalón de deporte gris y una sudadera azul a juego, con una camiseta de manga larga debajo. El pelo recogido en una improvisada trenza tan desecha que varios cabellos escapaban de su control. Sus labios, algo más rojos y brillantes que otras veces. Cuando se había acercado a «reñirlos» a la cocina, se había fijado en lo jugosos que parecían.

—Luis, no te has hecho nada —le dijo al albañil al ver los continuos aspavientos que seguía haciendo con la mano—.Ve con un poco más de cuidado. Tu pifia de hoy nos va a ralentizar un rato. Además, no quiero ver que haces un agujero más de los previstos en ninguna otra pared. No es cuestión de ir a lo loco, hay que estar más atento.

Una vez solventada la avería por el electricista, que acudió en unos minutos al piso, se acercó hasta donde ella estaba.

—Ya hay luz. ¿Todo bien por aquí?

—El cacharro de internet se está conectando y el ordenador se ha reiniciado dos veces. Todavía no sé si funciona.

—Bueno, tú...

—¡Ni se te ocurra decirme que tranquila! Odio cuando me lo dicen. ¿Es que no tengo derecho a ponerme nerviosa si quiero?

—Creo que ya está —respondió Alex mientras señalaba el monitor.

De fondo de pantalla tenía una foto de ella y una amiga sonriendo delante de un monumento que conocía. Estaba en Gijón. Era el Elogio al horizonte, de Chillida. Lo había visto de cerca, en su visita a la ciudad, con sus hermanos y sus parejas el verano anterior. Ese fin de semana había salido a correr, por la mañana temprano, por ese entorno, para seguir por el paseo marítimo y disfrutar de la brisa marina.

Nuria entró en Word y buscó el archivo donde estaba escribiendo la traducción del prospecto de un jarabe para la tos. Al ver que se había almacenado una copia y el programa le pedía restaurarla, suspiro aliviada. No

había perdido el trabajo de toda la mañana.

Sin embargo, ocurría algo extraño. El icono de la señal del wifi aparecía con una cruz roja.

—Algo va mal. No sale mi red como disponible.

—Será cosa de la compañía —le dijo Alex, que la dejó con sus historias y regresó con sus compañeros.

La avería se había ocasionado al tocarse dos cables que no estaban bien aislados. Ya había sido subsanada. Sin embargo, podía volver a pasar algo parecido. Era una instalación provisional de obra que no quedaría rematada hasta la finalización de aquella. Un detalle que no pensaba comentar con ella. Solo aumentaría su preocupación, y no merecía la pena disgustarla por algo que, quizás, no ocurriera.

***

Llegó la hora de comer y se disponían a irse. Nuria estaba al teléfono, hablando con alguien. Les hizo un gesto con la mano a modo de despedida y se giró hacia la ventana.

Por la tarde, la encontró igual de desesperada. Mientras sus chicos hacían un descanso, él no pudo contenerse y le preguntó qué pasaba.

—Sigo sin conseguir que vaya la fibra. Necesito enviar unos archivos a mis jefes de la farmacéutica y no puedo desde el ordenador. He tenido que pasarlos al móvil con un cable USB y mandarlos desde él usando los datos.

—¿La wifi sigue mal?

—Es como si la detectara, pero no pudiera leerla.

—Ya sé qué pasa. A mí me ocurrió una vez. Hay que borrarla del ordenador y volver a conectarse.

—¿Y cómo hago eso?

—Siéntate. Yo te explico.

Con un poco de calma y pulsando aquí y allá, lograron su objetivo. La joven apuntó las explicaciones de Alex en una libreta, por si le volvía a ocurrir.

—Tengo que reconocer que, sin haber tocado el rúter, es raro que esto haya pasado. Es como si, al irse la luz, se hubiera desconfigurado. Siento de verás si hemos sido los culpables.

—En cualquier caso, está solucionado. Miles de gracias. Me has salvado la vida. No sé como agradecértelo.

—Quizás, tomando una caña conmigo, al terminar, en el bar de la esquina.

Estaba hecho. Se había lanzado. Quería quedar con ella lejos de aquellas paredes, sin que la reforma y sus mil y un inconvenientes estuvieran entre ellos. Un hombre y una mujer que, al terminar sus jornadas, pasan tiempo juntos.

La buena sintonía que se creaba entre ellos a primera hora de la mañana, antes de que llegaran sus compañeros, lo incitaba a creer que podían ser algo más que *jefa* y capataz. Hasta él se había acostumbrado a llamarla así cuando hablaba sobre ella. Para sus oídos, era más un apelativo cariñoso, sin ningún tipo de connotación negativa.

Cruzó los dedos de las manos a su espalda y, si hubiera sido posible, habría cruzado también los de los pies.

—Hoy no puedo, tengo clase —respondió Nuria a su petición—. Es complicado con los alumnos y con los madrugones por las obras.

Fue como si un carámbano de hielo le hubiera caído desde el cielo. Su triquiñuela para fastidiarla, en un principio, y poder verla a solas, después, se había vuelto contra él. Aunque pensó en decirle que un viernes o un sábado eran una opción válida, no quería enfrentarse a otro rechazo.

—Lo entiendo. Voy a regresar a la faena, o terminaremos nunca.

La vuelta de su rato de descanso de sus compañeros acabó con la situación incómoda que se había creado. Mejor se centraba en su tarea y dejaba el tonteo para otra ocasión.

Capítulo 7

¿Qué había sido eso? ¿Le había pedido una cita? De acuerdo con que Alex no era tan terrible como se había figurado cuando lo hubo conocido.

No sabía cómo había terminado invitándolo a tomar un café cada mañana.

Un día la pilló esperando a que se calentara el agua, para introducir la cápsula en su compartimento, y recordó que su madre solía decirle que había que ser corteses con las visitas. Él no era una visita, pero como si lo fuera.

Cogió otra taza e hizo uno igual que el suyo. No le había pasado desapercibida la suave aspiración de la nariz de él, al pasar por el salón. No tenía pinta de gustarle muy dulce, así que le puso media cucharada y un poco de leche, y se acercó hasta la cocina. De nuevo estaba haciendo algo en su cuaderno. Creía que algún tipo de dibujo, pero no estaba segura.

Veinticuatro horas después, él apareció con un paquete de churros calentitos que inundaron, con su delicioso olor, su cocina improvisada. Justo ese día no tenía ni cereales ni galletas, de modo que el obsequio fue más que bienvenido. Su estómago opinó lo mismo, puesto que emitió un sonido de complacencia al ver el paquete. ¡Qué vergüenza!

—No sabía si te gustarían. Los hace un amigo.

—¡Me encantan! Hace siglos que no los tomo. De pequeña solía desayunarlos los fines de semana, pero hace mucho de eso —le explicó Nuria al rememorar en su mente la imagen de su padre llegando a casa con ellos envueltos en un grasiento papel de periódico.

—Mujer, no eres tan mayor. ¿Cuántos años tienes? ¿Doscientos cincuenta, o algo así? —bromeó él con una sonrisa que debía estar prohibida. Era perjudicial para las mentes femeninas. Sobre todo, a primera hora de la mañana, con las neuronas que funcionaban a medio gas.

—Década arriba, década abajo. ¿Está bien de azúcar?

Durante sus improvisados desayunos, había descubierto que era mucho más de lo que aparentaba. Era educado, culto y un excelente conversador.

Había veces que llegaban sus compañeros y se les había pasado la hora sin darse cuenta. En esas ocasiones, sus sospechas de que lo de las siete no era habitual se confirmaban. Sin embargo, ni ella se había vuelto a quejar a Marta, ni él decía nada para cambiar la situación.

Había veces que la situación la superaba y se tenía que contener para no pararse en medio de la cocina y echar a todo el mundo fuera. Estaba harta de vivir entre cajas, escombros, ruidos y ese polvillo blanco que se metía por los rincones y cubría las superficies de blanco.

***

Cuando se fue la luz y se quedó sin poder acceder a su trabajo y sin ser capaz de enviarlo, se le vino el mundo encima.

Los interioristas le habían remarcado que cosas así eran habituales en una reforma. No obstante, estar sin internet —para vagabundear por las redes sociales— carecía de importancia, pero no poder trabajar e incumplir con las fechas acordadas de entrega de una tarea no lo iba a tolerar.

Ella era una profesional. No era cuestión de quedarse sin cobrar; era que, si otras personas habían confiado en su capacidad para realizar determinada tarea, no podía defraudarlas. Ni por ellas ni por su propio orgullo.

Los de la compañía de teléfonos le dieron largas a pesar de que ella perseveró y aguantó el hilo musical, durante más de un cuarto de hora, hasta poder hablar con un comercial.

—Le pasamos su consulta a nuestro departamento técnico. En breve, se pondrán en contacto con usted.

¿En breve? Las horas pasaban y ella seguía sin poder trabajar. La única llamada que recibió de ellos fue para valorar la atención recibida. Un uno les dio porque le dio pena ponerle un cero al chico con el que había hablado.

Tenía la impresión de que le estaban tomando el pelo, y le daban largas pasándola de un departamento a otro e intentando contentarla con buenas palabras que no llegaban a nada.

¿Qué iba a hacer? ¿Irse con el portátil a casa de sus padres o de Angélica? Si la situación se prolongaba, iba a ser su única opción.

Todo eran problemas y preocupaciones. Ya no sabía qué era dormir una noche y descansar sin tener la presión de que al día siguiente debía levantarse temprano porque le iban a invadir la casa. La falta de sueño provocaba que se tensara más y que su ansiedad aumentara.

—¿Puedo ayudarte?

Nuria dio un respingo. No lo había oído llegar. Estaba enfrascada en conectar, con un cable, el móvil al ordenador para pasar los archivos que tenía que enviar al teléfono y, así, poder adjuntarlos al correo electrónico.

Su jefe en la farmacéutica le había dicho que tenía que recibirlos ese día sin falta, o se vería obligado a contratar a otra traductora que los hiciera. ¡No podía permitirse perder esos ingresos!

—Es el rúter. Estoy desesperada. Esta tarde he sudado más que en una clase de Angélica.

Se vio reflejada en un espejo y se percató de que su aspecto era penoso. La coleta que se había hecho con esmero, esa mañana, estaba deshecha; la camisa que llevaba se había salido de un lado de su cinturilla; el pantalón lo tenía lleno de pelusas y polvo de arrastrarse por el suelo para comprobar las conexiones.

Le habían instalado la fibra una semana antes de empezar las obras, y no podía creerse que ya le estuviera fallando.

—Explícame qué ocurre. Tal vez pueda ayudarte.

Lo hizo. Aceptó su petición, pero sin pensar en que él tuviera la solución a sus problemas.

Sin embargo, la tuvo. En unos minutos logró hacer lo que ella no había conseguido lograr en todo el día. ¿Cómo podía ser algo tan sencillo como dar un par de clics? A ninguna de las personas de su compañía de teléfono con las que había hablado se le había ocurrido sugerirle que lo hiciera. Estaba tan contenta que daba saltos de alegría. Iba a besarlo cuando su mente la frenó.

¿Qué iba a hacer? No podía besar al *moñitos*, aunque ya no lo llamase así. El no era un hombre. Bueno, sí lo era. Uno que estaba cañón y que, en cualquier discoteca, habría hecho que las miradas se giraran a su paso. Con el que hubiera

estado encantada de enrollarse.

Alex era... Ni ella lo sabía. Era el capataz de la reforma, el que le hacía la vida imposible y la obligaba a madrugar. El responsable de los desastres que a rodeaban; incluido el dichoso wifi, que al menos había logrado que volviera a funcionar.

Entonces escuchó unas palabras que nunca había pensado oír de sus labios. Una invitación a salir. Una cita.

Dudó unos segundos. Era muy tentadora la proposición: tomar una copa con un hombre guapo, de voz profunda y embaucadora. Sin embargo, una pequeña parte de su cerebro le decía que no aceptara, puesto que era un lobo con piel de cordero, de bella fachada pero de interior siniestro. No se fiaba.

La excusa que le dio le sonó tal falsa a ella como a él. Ambos sabían que, al terminar las clases, podían salir, al igual que lo hacía con Angélica o con otra amiga.

De hecho, minutos después, fue su prima quien le mandó un mensaje para ir al cine y tomar algo. Decidió aceptar. Una charla con ella siempre le aclaraba las ideas.

—¿Me estás diciendo que el adonis de ojos miel te ha invitado a salir y has preferido quedar conmigo?

—No podía quedar con él.

—¿Tú te oyes? ¿De verdad tengo una amiga tan tontuela como para rechazar esa propuesta?

—Solo es una cara y cuerpo bonitos.

—Creo que me voy a enfadar contigo y no te voy a volver a hablar. Imposible que tengamos los mismos genes y hayas hecho una tontería así.

—Somos primas. No puedes —replicó Nuria al tiempo que daba un sorbo a su cerveza.

Tal vez, a ojos de su confidente, se hubiera precipitado al decirle a Alex que no, pero ella sabía que había hecho lo más acertado. Además, no estaba buscando una relación, de modo que no tenía caso complicarse la vida.

—Por eso te perdono. Si tú no lo quieres, déjame probar a mí. Me pasaré por tu casa para ver cómo van las obras. Una caída de pestañas por aquí, un

contoneo por allá, y seguro que me invita a salir.

No podía permitir que su prima hiciera aquello. Con sus ojos verdes y su pelo rizado, era como un duende chispeante y divertido que provocaba que cualquier persona que estuviera a su alrededor cayera en su influjo. Tanto hombres como mujeres.

Cuando tenía que resolver algún problema que implicara ir a alguna administración o discutir con una dependienta poco amable, dejaba que ella lo hiciera. Dos palabras y tenía a su interlocutor comiendo en su mano.

—Hay mucho lío con la reforma. Está todo manga por hombro. Lleno de cajas, escombros y suciedad. Además, Alex y los otros no dejan de trabajar ni un segundo. Los pobres se toman el bocadillo por turnos.

—Agradecerán una visita, alguien que les aporte un toque de luz y buen rollo, porque contigo y tus berrinches deben estar aburridos.

—Por lo que he visto, les gusta estar a su aire, sin interrupciones innecesarias.

—Vamos, que mejor no voy. No parece que te seduzca mucho la idea. ¿No dices que Alex no te interesa?

—¡Y no lo hace!

—Si es lo que tú quieres creer...

—Para nada.

—Eres como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

Esa noche Nuria no fue capaz de dormir dándole vueltas a las palabras de su prima. Tampoco pasaba nada por salir a tomar una caña con Alex. Al fin y al cabo, cada mañana bebían juntos una taza de café. Era lo mismo, pero rodeados de más gente.

No tenía que significar ninguna otra cosa. Solo dos amigos que pasaban juntos un rato, sin segundas intenciones.

Vale. Estaba decidido. Quedarían. Lo complicado era que él se lo volviera a pedir. Tendría que buscar el momento apropiado.

Giró la cabeza y vio en la mesilla la novela que había captado la atención masculina. ¡Esa era la solución! Cogió el libro y leyó hasta que sus ojos se cerraron por el sueño.

***

Aquel jueves no le costó levantarse. A pesar de haberse dormido tarde, a las seis y media tenía los ojos abiertos.

Tenía el tiempo justo de darse una ducha y ponerse ropa cómoda con la que estar en casa, estudiando. No tenía traducciones que hacer y quería memorizar un par de temas para la oposición. Y en mitad de todo eso, lograr una cita con Alex. Pan comido o, al menos, eso esperaba.

—Buenos días. ¿Has descansado bien?

—Hola. Sí, gracias —le respondió con menos jovialidad que la habitual.

Desde luego su prima tenía razón al decir que era una tonta. ¡Se le había ocurrido preguntarle una bobada, que hasta ella se había ruborizado al hacerlo!

Tenía oxidadas sus artes de ligar. Además, se notaba que estaba molesto con ella. Debía intentar arreglarlo.

Cogió las dos tazas de café y se sentó en la mesa, con él.

—Anoche leí casi la mitad de la primera parte de la trilogía. Combina la trama de intriga con pinceladas de suspense y misterio que te mantienen enganchada.

—Ya te dije que no podrías dejar de leer una vez que empezaras —respondió Alex complacido.

—Tenías razón. Este fin de semana seguro que me lo termino. ¿Sigue la oferta en pie? —inquirió Nuria feliz al ver que el hombretón se había relajado dando sorbos a su café—. ¿Me prestas la continuación? Preveo que la trama se va a quedar en lo más alto.

—Claro. Esta tarde te los traigo.

—Y en cuanto a...

Nuria se quedó con la palabra en la boca, sin lograr hacer la cuestión que la preocupaba en realidad. Habían llegado Gustavo y los otros con más hombres. Le traían las baldosas que iban a utilizar para alicatar las dos estancias.

Pensó que, en el descanso «del bocadillo», tendría su oportunidad, pero Jorge llegó para ver qué tal iban las obras.

—Estarás contenta. Van muy rápido —le dijo el interiorista con una amplia sonrisa.

—Eso es para vosotros; a mí se me está haciendo eterno.

—Suele pasaros a los clientes. Si vivís en la casa, porque estáis deseando que acabe el trastorno; si residís en otro sitio, porque queréis volver.

—Supongo que tienes razón.

Ojalá existiera un truco mágico que permitiera chasquear los dedos y tener los cambios hechos en un segundo. Sin ensuciar ni destruir ni tener que limpiar después. Eso solo ocurría en los programas de reformas americanos que veía por la noche, cuando no había nada interesante en ningún canal. ¡Y ellos reconstruían casas enteras de varios pisos!

Alex se acercó a ellos para reclamar la atención del recién llegado. No había forma de conseguir hablar a solas con él.

Volvió a sentarse en su silla, pero no fue capaz de estudiar. En su mente ensayaba lo que le iba a decir. «¿Te apetece tomar esa caña para hablar de la novela?». Quizás, mejor: «¿Un café luego?». No podía preguntarle eso; iban a terminar con sobredosis de cafeína.

Con desesperación, al mediodía tampoco pudo preguntárselo. Salió en compañía del los albañiles, y no se atrevió a decirle nada en presencia de los otros.

Cuando llegó la hora de su clase de yoga con Angélica, evitó hablar de Alex. Sin embargo, su prima no le dio tregua.

—Casi paso a verte antes de comer. Se me hizo tarde; si no, hubiera ido.

—¿Necesitabas algo? Me lo podías haber pedido por un mensaje al Whatsapp.

—Sí, el teléfono de tu capataz.

La joven no amenazaba en balde y cualquier día se presentaría en su casa para hablar con el hombre. Tenía que dejarse de rodeos y salir con él. Así sabría si sentía algo o si solo eran las ideas románticas que su prima le había metido en la cabeza.

***

El viernes se levantó a las seis. Más le valía pedírselo de una vez o no iba a

dormir nunca más.

Aquella mañana llegó sin su habitual moño, con el pelo suelto y sin la ropa de trabajar. Vestía un pantalón vaquero normal y un anorak azul oscuro.

—Buenos días, Alex.

—Hola, Nuria. Hoy solo vengo a asegurarme de que el enlosador tenga lo que necesita. Vendrá Gustavo a ayudarla, pero nadie más.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? —preguntó Nuria experimentando una desazón que no hubiera sospechado tener días antes, cuando lo único que deseaba era perderlo de vista. Debía de sentir alegría por ello y no desaliento. Sus propias sensaciones la descolocaban.

—La estorbaríamos. No podemos hacer nada hasta que él no termine. Tardará tres días en poner las losas de la cocina y del baño. De modo que, hasta el miércoles, no nos veremos.

—El sábado.

—¿Qué? —inquirió confuso—. No, los fines de semana no trabajamos.

—Lo sé. Digo que el sábado nos veremos. Podemos tomar esa caña que decías. Al día siguiente, no hay que madrugar, no tengo clases. Vamos si tú quieres; si no quieres, no. Lo que tú...

—El sábado está bien. A las ocho te recojo en el portal. No pienso subir los cinco pisos si no tengo que trabajar.

—¡Genial!

Lo había conseguido. No había sido la mejor petición de una cita del mundo, pero había logrado su objetivo. Y además, iba a reírse con la cara de su prima si se le ocurría ir a verla ese viernes y descubría que Alex no estaba.

Capítulo 8

¿Por qué había llegado Jorge en ese preciso instante? Nuria le iba a decir algo, y se había quedado con la intriga. Había comentado que le gustaban las novelas, pero estaba seguro de que era un tema diferente. Se lo había visto en su rostro. La llegada del interiorista la había dejado con la palabra en la boca.

—¿Cómo van las obras?

—Vamos a buen ritmo, Jorge. Dejaremos las paredes listas para que mañana comiencen a poner las baldosas. Tuvimos un ligero retraso al principio, pero ahora vamos sobre el plan previsto.

—Quizás ha llegado la hora de que te retires a tus funciones habituales y dejes que uno de mis hombres se ponga al cargo de la reforma. Tendrás ganas de dejar de estar rodeado de yeso y ladrillos.

—No, ya que he empezado, prefiero seguir hasta que esté el último detalle. Conozco cada centímetro de estas paredes, dónde están los puntos débiles y en qué zonas hay que tener especial cuidado. Si ahora entrara otro capataz, tendría que ponerlo al día, por lo que perderíamos tiempo y efectividad.

—¿La dueña del piso no tendrá nada que ver en tu decisión?

—¡No! —negó Alex de forma categórica—. Por supuesto que no. Quiero asegurarme de que se haga en condiciones; es un piso antiguo y van surgiendo imprevistos que debemos solucionar.

—Tío, he visto cómo la miras. Entre vosotros hay algo. Marta lo dice desde el primer día, pero yo no me lo creía hasta veros juntos.

—Eso son tonterías de tu mujer. Ya le he dicho que deje de emparejarme con sus amigas y conocidas. Nada de más citas a ciegas orquestadas por esa casamentera aficionada.

—Le diré que la has llamado así. Aunque a mí no me engañas. No hay ningún capataz que se tome cafés con las propietarias de los pisos antes de empezar la faena. Ella y solo ella es el motivo por el que deseas continuar aquí.

Alex había enrojecido al oír el comentario de Jorge. Tenía que haberse imaginado que no le habían pasado inadvertidas las tazas de café compartidas al amanecer.

Procuraría alejarse de ella. Era mejor volver al estado inicial, sin las continuas rencillas, pero sí manteniendo las distancias. Así no se daba lugar a equívocos ni a chismorreos.

Durante esa jornada se había enfrascado en la obra y había olvidado que Nuria estaba por la casa.

Un poco antes de las seis, había escuchado que le decía a Gustavo que se marchaba. Él había hecho que no oía su despedida, centrado en un desperfecto de la pared que tenía que alisar con repentina urgencia.

Conocía algo de su rutina y sabía que, primero, iría a dar clase a un par de niños y, después, a una sesión de yoga con una prima suya. La esterilla enrollada, colgando de su espalda, no dejaba lugar a dudas de su destino.

***

El viernes no se puso su uniforme. En realidad, no tenía razones para ir a la casa de Nuria, pero quería estar cuando llegaran Gustavo y el chico que se iba a encargar de las losetas de las paredes y del suelo. El primero podía ocuparse de todo. Lo sabía. Pero, aún así, a las siete menos cuarto, salía de su casa en dirección a la de cierta joven.

Aquel día no llevó churros, manteniéndose firme en su idea de marcar algo de distancia con ella. Sin embargo, no pudo decir que no a la taza de café caliente con que lo recibió. Ni a sus dulces ojos y su tierna sonrisa.

Intercambiaron unos intrascendentales comentarios hasta que el timbre del interfono anunció la llegada de los hombres. Entonces ocurrió lo que menos habría imaginado: aquella fuente inagotable de desvelos en forma de bella mujer morena le pidió salir el sábado. Su yo lanzado habló por su yo comedido, y dijo sí. Tenían una cita.

¡Qué importaba que lo hubiera rechazado la primera vez! Algo la había hecho

recapacitar y eso era lo que contaba. Por fin se iban a ver fuera de aquellos muros y bajo otras circunstancias.

Se alegraba de no haber ido a trabajar a casa de Nuria. No hubiera podido hacer nada al sentir su presencia a unos metros de él. Cuando le había dicho que no a su propuesta, había pensado que o bien no le atraía, o bien era una muestra de su engreimiento y sus ganas de fastidiar.

Tenía que reconocer que, una vez que habían limado asperezas, había comenzado a apreciar sus encantos. Eso, y que las mallas negras con las que la había visto salir una tarde, hacia su clase de yoga, le marcaban un culito redondo y firme que lo hacía babear.

No solo era su figura. En sus charlas matinales, poco a poco, su personalidad se había ido desvelando. Tenían aficiones comunes, eran más de una cena tranquila que de ir de bar en bar en busca de una copa.

Le había contado cómo, al perder su trabajo, su vida había dado un giro radical. Su nuevo yo la había impulsado a comprar el piso, y se había metido en aquella locura de la reforma. Alex no se alegraba de que el colegio hubiera cerrado, pero sí de que aquel hecho hubiera propiciado que se encontraran.

Aquella jornada sin tener que vigilar la obra le permitió adelantar en sus otros proyectos. Terminó un encargo para Jorge y otro para un cliente propio.

Antes de acostarse rebuscó, en las estanterías de su biblioteca, las novelas que le había prometido a Nuria. La tentación lo pudo, y se los llevó a la cama para releer algunos pasajes antes de dormir.

Sabía que iba a ser una noche larga, anhelando que llegara la hora de su cita, y que el sueño le iba a ser esquivo.

***

Era extraño ir a casa de Nuria arreglado y con dos libros en la mano. Había optado por ponerse unos pantalones normales, dejando los vaqueros en el armario, y un abrigo de paño oscuro con un jersey de cuello alto azul. La noche estaba fresca y apetecía ir abrigado. Era una de esas veces en que la humedad

parecía atravesar la tela y la piel, y llegar hasta los huesos.

No tenía su teléfono así que, una vez en el edificio, no tuvo más remedio que llamar por el interfono.

—Hola, soy Alex. He traído los libros. ¿Te los subo?

—Los podemos dejar en el buzón. No quiero que incumplas tu promesa de no subir hasta el miércoles.

—Está bien. —Rio él divertido por su comentario.

Debía de estar arreglada porque, en cuanto él entró en el portal, escuchó como la puerta del piso de Nuria se cerraba y como unos pies ligeros comenzaban a descender por la escalera.

—Hola otra vez.

La joven lo sorprendió dándole un casto beso en la mejilla. Nunca se habían saludado así, y le costó unos segundos reaccionar. Para cuando lo hizo, la joven había abierto el casillero para las cartas.

—Son bastante grandes. Resultan ideales cuando quieres guardar alguna pequeña compra sin tener que subirla a casa. Los cinco tramos de escaleras son un fastidio a veces, la verdad.

—Eso se arreglará dentro de unos meses.

—Cuando tenga mi casa limpia y arreglada, y os haya perdido de vista, otra vez a veros subir y bajar.

—Serán dos meses de nada.

—También la reforma de la cocina y del baño iba ser un mes de «nada» y, desde luego, la que viene no terminaréis.

—Me temo que no; al menos, serán dos semanas más —aseguró él. Conocía a los interioristas y estaba convencido de que le habrían dicho que la obra duraría entre mes y mes y medio. Ella, como el resto de los clientes, prefería quedarse con la fecha más corta, aun sabiendo que era casi imposible cumplirla—. Pero no hemos quedado para hablar de la reforma; eso lo hacemos todos los días. ¿A dónde vamos?

—No sé si te gustará, pero hoy, en el Museo de Arte Romano, hay una visita teatralizada de entrada gratuita a las nueve de la noche. Luego, podemos ir a tomar algo por la zona del Templo de Diana.

—Me parece genial. Vamos.

Aquel era un buen plan. Era una excelente forma de pasar juntos el rato, sin estar obligados a entablar conversaciones forzadas. La exposición les daría suficientes temas de que hablar y, así, relajarse; limando las posibles tiranteces de gente que no se conoce, pero se ve forzada a pasar horas en el mismo espacio.

Era extraño caminar al lado de Nuria. Se había puesto algo de tacón, por lo que sus estaturas eran casi similares. Lucía un maquillaje más fuerte del que solía llevar, pero lo más impactante eran sus bien formadas piernas, enfundadas en unas medias negras, con un vestido demasiado corto para mantener la compostura. Encima, un abrigo rojo y el pelo, suelto y brillante.

Estaba preciosa. Aunque no era de extrañar. Siempre lo estaba. Recién levantada, cansada después de una larga jornada laboral o vestida para salir, como en aquella ocasión.

—Me encontré con Gloria, la vecina del segundo. Bueno, estoy segura de que estaba tras la mirilla, esperando a verme bajar. Habrá oído cuando me llamaste al timbre y, así, supo que iba a salir.

—¡Fijo! —Rio Alex.

—Me ha echado un sermón por lo ruidosos que sois y por el polvo que tiráis. Le ensuciáis las plantas y la ropa que pone a secar. Está muy enfadada con vosotros y lo paga conmigo.

—Es una obra. ¿Qué espera? A nadie se le ocurre tender cosas limpias debajo de unos obreros. ¿No te ha dicho que subió una tarde?

—¡¿Qué?!

—Te habías ido a dar tus clases. Se nos presentó en el piso dando voces, y Luis no fue capaz de detenerla. Se metió hasta el baño, con todo rodeado de cascotes, cables que colgaban, herramientas y gavetas. Tuve que echarla de allí. No solo porque no está permitido que nadie ajeno a la obra entre en ella, sino que dada su edad, si se hubiera tropezado y caído, se habría roto la cabeza o la cadera. No quiero ni pensar en los problemas que hubiéramos tenido y en el cargo de conciencia. Luis la echó de allí amenazándola con llamar a la policía si no se iba.

—¿Por qué no me dijisteis nada? Hubiera hablado con ella o con el presidente

de la comunidad. Tenemos permiso de obra. Hoy soy yo y mañana será algún otro vecino el que quiera cambiar el suelo o pintar.

—Bastante agobiada se te ve ya con la reforma.

—Lidiar con los vecinos quejicosos es cosa mía, no vuestra.

—No quise añadirte una preocupación más —respondió Alex encogiéndose de hombros.

***

Habían llegado al lugar de la representación. Debían de estar unas cuarenta personas que se distribuyeron por el amplio espacio de la planta inferior del museo. Había alguna pareja como ellos, grupos de amigos y familias con niños que contemplaban —con ojos llenos de asombro— las vetustas piedras que los rodeaban.

Se notaba la humedad reinante en el lugar que, unida al frío de la noche, hacía que los presentes tiritaran. No había calefacción para mantener las condiciones óptimas de conservación de los restos que habían encontrado. En las noches calurosas de verano, sería un lugar genial para estar pero, en una de finales de noviembre, algo menos.

Se acercó a Nuria, que levantaba una pierna y otra buscando obtener algo de calor con el movimiento. Se frotaba las manos y encogía los hombros con algún que otro escalofrío involuntario.

—¿Tienes frío?

—Estoy helada. No tendría que haberme puesto vestido. Entre semana, con las clases, voy de cualquier manera y, para un día que salgo, quise arreglarme un poco más. Pero, con unos pantalones y unos calcetines gordos, hubiera estado más calentita.

—Ven.

Alex pasó su brazo por los hombros de ella y la atrajo hacia él; de forma que su cuerpo envolvía al de la joven, amparándola y cobijándola. Las mejillas femeninas se tiñeron con un ligero rubor que hacía juego con el color de su

abrigo. No parecía molesta, sino más bien sorprendida.

—¿Mejor? —preguntó solícito. Se había percatado de que por sus labios había salido un suspiro de alivio.

—Sí, gracias —respondió ella con una sonrisa que bastó para calentarlo por dentro durante el resto de la velada.

La representación duró tres cuarto de hora y, a través de los personajes de una matrona romana y de su rico marido asentado en la venerable Augusta Emerita siglos atrás, les fueron contando parte de lo que los arqueólogos habían encontrado en las últimas excavaciones, de una manera amena y divertida.

Eran restos de calles y villas romanas que habían aparecido en el subsuelo del mismo museo al realizar unas obras de acondicionamiento. El patronato que lo dirigía había decidido integrarlo como una parte más del recinto, que pudiera ser recorrida por los visitantes. Era una zona tan amplia y abarcaba tanto espacio que podían compaginarse las labores arqueológicas con el resto de las actividades del recinto.

Al terminar corrieron a un bar cercano, en busca de algo que los hiciera entrar en calor.

Unas copas de un rioja fuerte y poderoso lograron el objetivo. A medida que el alcohol iba circulando por su torrente sanguíneo, su cuerpo fue abandonando la rigidez, sumergiéndose en una agradable calma.

Al finalizar la representación, incluso él tenía frío. Pero no lamentaba haber asistido al recorrido; había sido una experiencia diferente y única.

—Yo nací en una casa cerca de aquí —le contó a Nuria tras dar cuenta de una ración de queso curado, picante y sabroso.

—¿Tenías dos hermanos, verdad?

—Sí. Nos lo pasamos genial jugando por la calle sin ninguna preocupación. Ahora no ves a críos corriendo solos en las plazoletas. Antes podías estar todo el día con los amigos, por ahí, sin ningún peligro. Solo volvías a casa cuando tu madre sacaba la cabeza por la ventana y te avisaba de que era la hora de cenar. Nos conocíamos todos los chavales de la calle. Hacíamos pandilla y pasábamos las horas felices.

—Eran otros tiempos. Si te fijas, ni siquiera juegan. Se enganchan a la

maquinita y no ven más allá que la pantalla azul del móvil o de la televisión con la consola de videojuegos.

—Mis sobrinos hacen justo eso cuando nos reunimos en familia. En lugar de jugar ellos dos, se pone cada uno con el teléfono, y parece que están enfadados.

—A mí no me gustan las pantallitas, me gusta más el cara a cara —afirmó Nuria mientras daba unos sorbos de su tercera copa de vino.

Estaba algo achispada. Una tonalidad rojiza se había instalado en sus mejillas, desde la segunda copa, y seguía allí desde entonces. Sus largas pestañas habían aleteado más de lo necesario, con él atento a cada movimiento. Se la veía relajada y, si no se equivocaba, aquella frase había sonado insinuante.

—Opino igual. Es mejor la cercanía, el contacto —acertó a decir con una voz que esperaba que resultara igual de seductora que la que Nuria había empleado con él.

—El tacto de la piel.

Alex se estiró en la silla en la que estaba sentado, separándose de Nuria. Poco a poco sus cuerpos se habían ido aproximando, y sus dedos se habían rozado más de una vez al agarrar el pie de sus copas.

Aquellos mínimos roces habían hecho surgir un bulto en sus pantalones, que las últimas cinco palabras pronunciadas por esos jugosos labios habían agrandado. Agradecía que la mesa no permitiera ver el efecto que tenían en su anatomía las seductoras sonrisas de la mujer que lo acompañaba.

Era un hecho que la deseaba y, por lo que suponía, ella también; pero no deseaba que un poco de alcohol fuera el responsable de algo que al día siguiente Nuria lamentara bajo los efectos de una resaca. No quería volver a la tensa relación que habían tenido al conocerse el primer día de la reforma. Su mala sintonía había creado mal ambiente entre el resto de la cuadrilla y había dificultado el trabajo en alguna medida.

—Es la una. ¿Te parece si nos marchamos?

—Es pronto. Podemos quedarnos un poquito más —dijo ella poniendo morritos.

Era difícil no aceptar, pero no podía dejar que bebiera más vino bajo ninguna circunstancia. Sus coqueteos y flirteos iban a más. Él no era de piedra, y se iba

haciendo más complicado rechazar sus intentos de acercamiento.

—Conozco un sitio donde hacen unas tartas caseras riquísimas. Además, tienen más de cien infusiones diferentes.

—No quiero té, prefiero más de este vinito tan rico.

¡Estaba en un lío! Imágenes de Marta gritándole: «Ni se te ocurra» inundaron su cabeza. Tenían que irse de aquel bar sí o sí.

—Mejor otro día.

—Aguafiestas —respondió ella mientras se abrochaba el abrigo.

—Si bebiera más, mañana no me levantaría para ir a correr —afirmó echándose él la culpa por desear irse, y no queriendo mencionar las verdaderas razones.

***

El frío de la noche pareció espabilar a la joven e hizo que fuera menos renuente a tomar un dulce como colofón a su cita. Al disminuir los efectos etílicos, su comportamiento se fue apaciguando y volvió a poder conversar sin segundas intenciones.

A las dos la dejó en el portal de su casa.

—Recuerda los libros que guardaste en el buzón.

—Ahora los cojo.

—Hasta el miércoles, entonces.

—Sí.

Alex no se pudo contener —al fin y al cabo, no era un santo— y, en lugar de besar la mejilla que ella le ofrecía, su boca buscó la de la mujer. Fue un beso corto que le supo a poco, pero que dejó en sus labios el sabor de los suyos.

Antes de que fuera tarde para ser incapaz de controlar sus impulsos, se dio la vuelta y puso camino a su casa.

Al dejar el móvil en la mesa, vio que ella le había enviado un emoticono con una carita sonriente. Sus dedos volaron por el teclado y escribieron...

Alex:

¿Vienes conmigo a correr mañana?

Nuria:
Es domingo. No me voy a levantar a las seis también.

Alex:
Vale. ¿Y a las diez?

Nuria:
Te espero en mi portal.

Mejor que Jorge y Marta no supieran que ese domingo tendría compañía en su circuito matutino. Él, que solía decir que prefería ir solo para que no entorpecieran su ritmo. No sabía en qué estaba pensando cuando le hizo la propuesta. O tal vez sí y elegía no reconocerlo.

Se subió el cuello de su abrigo y recorrió los metros que lo separaban de su casa silbando alegremente, sin ser consciente de ello.

Capítulo 9

El despertador de Nuria sonó a las nueve en punto. La alarma fue como un cuchillo en su cabeza, igual de cortante y lacerante. No debería haber bebido la tercera copa de aquel rioja tan rico. Entraba muy bien y eso era un peligro.

Ella no solía tomar alcohol, estaba poco acostumbrada y le hacía efecto enseguida, volviéndola más locuaz y un punto desinhibida. Al día siguiente siempre amanecía con un dolor de cabeza tremendo, de esos en los que un minúsculo rayo de luz puede hacer que sientas espinas en los ojos.

¡La había besado! ¿Cómo se le había ocurrido hacer aquello? Y lo que era peor: si él no la hubiera parado, habrían llegado a algo más. ¿La había frenado, o era que no quería nada con ella? Ambas opciones eran igual de vergonzosas.

No tenía que haberlo invitado a salir. O sí. Porque no recordaba haberse divertido tanto en mucho tiempo. Sus hormonas alborotadas le habían jugado una mala pasada.

Debía de ser masoquista. No le bastaba con verlo de lunes a viernes, sino que además quedaba con él los fines de semana, y aquel por partida doble.

Qué poquitas ganas tenía de madrugar y de levantarse de la cama. ¡Se estaba tan a gusto! ¡Para una mañana que podía dormir! Sin embargo, una ducha caliente, un café y un analgésico le vendrían bien a su cuerpo antes de ponerse a correr.

Se levantó y arrastró los pies hasta donde tenía la cafetera. No tenía ganas de comer nada. Se tragó la pastilla, con un poco de aquel rico líquido oscuro, y se

metió en la ducha.

Tenía que darse prisa para conseguir estar preparada cuando Alex tocó el timbre del interfono. Había remoloneado demasiado antes de abandonar las mantas.

—Hola, Nuria. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, ¿y tú? ¡Qué frío hace! Más que ayer —respondió ella, que prefería no recordar ni comentar nada de la noche anterior. Era mejor hacerse la tonta y fingir que no había hecho nada embarazoso.

—Es al principio. En cuanto empecemos a movernos, entraremos en calor. Me adaptaré a tu ritmo. Haremos una carrera tranquila. No te preocupes si no puedes seguirme. Me frenaré.

Menos mal que no se habían acostado, o se habría arrepentido de irse a la cama con semejante mequetrefe. Alex le estaba dando, una vez más, una muestra de su chulería.

Vale que estaba cansada por el trasnoche, pero el muy bobo debía de creer que aquel era el primer día que iba a correr. ¿En serio pensaba que, si no lo hubiera hecho antes, hubiera aceptado ir con él?

Estaba harta de las discriminaciones con tintes machistas. Ni positivas ni negativas. Un puesto debía ser para la persona más cualificada para él, independientemente de su género. También estaba en contra de poner el listón más bajo a las mujeres en determinadas circunstancias; ellas eran capaces de superar sus limitaciones y llegar a donde fuera necesario por su propia valía.

***

—¡Cuánta gente! —exclamó al ver la gran afluencia de personas. Otras mañanas había ido antes y no se había encontrado esa multitud.

Había ciclistas, patinadores, corredores en grupos o en solitario. Se veían familias y parejas de amigos, con ropa deportiva y cómoda, dirigiéndose hacia La Isla.

Los parques de los paseos del Guadiana y el Albarregas, su afluente, atraían a

los que buscaban huir del tráfico de la ciudad y respirar aire puro. La mañana estaba clara. No había ninguna nube en el cielo. El sol invitaba a pasear.

Según se aproximaban al puente romano, Alex aumentó su ritmo de trote. Nuria no dijo nada y se adaptó a él. Estaba segura de que no se había dado cuenta. Sus piernas habían buscado su velocidad habitual.

Iban charlando, comentando lo descuidadas que se veían las orillas del río. Necesitaban una buena poda y limpiar los accesos. Los incendios de verano se debían de apagar en invierno. Impedir que toda aquella maleza siguiera creciendo sin control, para convertirse en paja en cuanto el calor apretara.

—¿Vas bien? Podemos disminuir el ritmo si lo necesitas —aseguró él sin darse cuenta de que, en realidad, era él quien se estaba frenando.

—No, no hace falta.

Vale. Ya se había cansado de disimular. Aprovechando que debían echarse a un lado para adelantar a una madre con su hija pequeña en bicicleta, la joven pasó primero y el hombre se quedó rezagado. No pudo ver la sonrisa ladina de ella.

Sin decirle nada, duplicó su velocidad y lo dejó atrás. Para evitar caerse no se giró a fin de ver su cara, pero estaba segura de que del asombro había pasado al mosqueo. ¡Era tan sencillo hacerla enfurruñar! Y no podía negar que una vena diabólica se apoderaba de ella y la incitaba a provocarlo.

En un recodo, logró alcanzarla. Estaba sudoroso y resollaba un poco. Sin duda le había sido complicado. Se le estaba bien. ¡Por listo!

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿El qué? —preguntó ella con aire inocente.

—¡Tú te entrenas con frecuencia! A diario, diría yo.

—No tanto —confesó riendo—. Solo los días que no voy a yoga y los fines de semana.

—No te he visto nunca y suelo hacer este recorrido.

—Creo que es porque no madrugo tanto y, la mayor parte de las veces, vengo a última hora de la tarde. Hay menos gente y eso me permite llevar una marcha más constante, sin tener que esquivar a pequeñajas en bicicleta rosa. Me ayuda a eliminar el estrés de las clases y de la reforma.

Él sudaba de forma copiosa, mientras que ella apenas traspiraba. Estaba en su elemento.

Durante los largos años que había pasado en Cáceres, salir a correr constituía una válvula de escape para canalizar la ansiedad, el miedo a fracasar en su primer trabajo serio y su pena por encontrarse lejos de casa.

Con el paso de los meses, lo que era una afición se había transformado en algo serio, de modo que Nuria se había animado a participar en diversas carreras. No había ganado ninguna, pero sí que había logrado clasificarse en los primeros puestos. Esas menciones eran la mejor de las recompensas.

—¿Damos la vuelta? —le preguntó Alex. Hacía rato que habían dejado la ciudad y ya se habían adentrado en la periferia. Aunque seguían estando acompañados por otros deportistas, el número había disminuido.

—Sí, llevamos una hora. Le sumamos la otra de regreso, y serán dos horas de correr a buen ritmo. No está nada mal.

—Hay una carrera el mes que viene. Es benéfica; los fondos que se recojan son para una asociación de niños con cáncer. Podrías apuntarte —le sugirió. Él se había apuntado hacía unas semanas.

—¿Cuántos kilómetros son?

—Para los aficionados hay una no competitiva de cinco kilómetros. Y media hora más tarde, sale otra con un circuito más amplio de quince kilómetros.

—¡Me gusta! ¿Dónde se hacen las inscripciones?

—En la misma asociación y en una mesa que ponen en la plaza de España por las mañanas. Si tú quieres, te cojo un impreso y el miércoles te lo llevo a casa.

Nuria aceptó. Era una propuesta a la que no se podía negar. Sería divertido participar con gente conocida. En Cáceres, solía acudir a ese tipo de competiciones, con dos profesores del instituto donde daba clases. En Mérida, sus amigos no estaban por la labor, así que asistía sola.

Ni siquiera había logrado convencer a Angélica para que la acompañara una tarde a última hora. Si hacía calor, porque sudaba demasiado; si hacía frío, porque el aire le molestaba en la cara.

Al entrar en la ciudad, se vieron rodeados por feligreses que salían de misa e iban a tomar un aperitivo antes de comer. Los olores que surgían por los

respiraderos de las cocinas de las cafeterías eran la mar de apetitosos. El café que se había bebido estaba ya en sus talones, y su estómago reclamaba atención.

—¡Qué hambre! —exclamó ella.

—Huele a las tapas de los bares. Mira la terraza del Pestorejo; está llena y hace frío. Bueno, en realidad, todas lo están.

—Pues yo ahora necesito una ducha y, luego, me iré a comer a casa de mis padres —afirmó antes de que Alex pudiera sugerir otra idea diferente.

Tal y como estaban era urgente asearse primero y, por otra parte, Nuria no estaba por la labor de volver a quedar con el capataz de nuevo. Tenía que aclararse con sus sentimientos y saber si el beso de la noche anterior había sido fruto del alcohol o de algo más profundo.

¿Le atraía el cuerpo del hombre por el efecto de sus hormonas, o había algo más? La desquiciaba, la hacía enfadar a cada rato, y había veces que se daría la vuelta y lo dejaría donde estaba. Sin embargo, en otras ocasiones, se pegaría a él como una lapa y deslizaría sus manos por su cuerpo hasta posarlas en su cabeza, y lo besaría para resolver sus dudas.

Se despidieron con un rápido «Hasta luego» en su portal, y subió los escalones que la separaban de su piso, notando las piernas algo pesadas. El calor del agua hizo desaparecer esa sensación.

***

Cuarenta minutos más tarde estaba sentada en la mesa de la cocina familiar.

Allí volvió a escuchar los consabidos reproches por parte de su madre, que continuaba con su particular chantaje emocional. Aún seguía insistiendo en que se quedara con ellos de forma definitiva.

—Mira que vivir tú sola entre obreros. Con lo bien que estarías aquí, en casita, en tu habitación. Todo limpio y ordenado. Tu espacio para las traducciones y las preparaciones de las clases, sin ninguna preocupación.

—María, deja en paz a la niña —intervino su padre temeroso de que las palabras de su progenitora pudieran incomodarla.

—Pero, Carlos, yo no digo más que la verdad. Allí no tiene intimidad. Mal come y mal duerme

—Eso no es cierto, mamá. Como bien; muchas veces aquí, con vosotros, o de los recipientes que me preparas.

—¿No pensarás que no sé que compras esas tortillas hechas en el supermercado, que a saber qué llevan?

—Y los obreros son majos —apuntó el padre de Nuria tras tragar la porción de paella que tenía en la boca—. Alex, el capataz, me pareció un chico serio y responsable. Sabe lo que hace. Nurita está bien allí con ellos.

¿Por qué su progenitor le había guiñado un ojo al mencionar al objeto de sus comeduras de cabeza? ¿Sería por ayudarla con su madre? ¿O era que también se unía a Angélica en el bando de los celestinos?

—¿No podéis ser como los padres americanos que, cuando los hijos se van a la universidad, montan un gimnasio o un despacho en su habitación? Ellos están deseando que sus vástagos se vayan de casa.

—¡Qué horror! —exclamó la madre de ella escandalizada—. Tú siempre tendrás tu cama y tus pertenencias en tu habitación. Si hemos estado más de treinta años sin esas cosas, será que no las necesitamos.

Nuria no pudo evitar levantarse de su silla y comerse a besos a su madre. La agobiaría y la llevaría al borde de la histeria muchas veces pero, por palabras como aquellas, la adoraba. Por muy mal que fuera su vida y por más problemas que tuviera, sabía que siempre podría encontrar genuino amor en los brazos de sus padres.

Como no podía ser de otra forma, antes de pasar la tarde en el cine con Angélica, tuvo que ir a su piso a llevar un carro de la compra con la comida que le habían preparado para la semana. Viendo la cantidad, le iba a durar mucho más tiempo.

***

¡Qué agujetas! No era capaz de ponerse de pie y mucho menos de caminar. Otras

veces había entrenado tanto como el día anterior, pero llevaba demasiado sin hacerlo de forma asidua. La lección que había querido darle a Alex se había vuelto en su contra.

El sueño la atrapó en sus redes de nuevo, y no se dio cuenta de que se aproximaba la hora en que llegaban los encargados de poner el suelo. Como el «malvado» capataz no venía, hasta las ocho no tenía que estar lista. No tenía prisa.

Unos golpes en la puerta y unas voces que la llamaban a gritos la hicieron espabilarse. Asustada miró la pantalla del móvil y se dio cuenta de que eran las ocho y media.

—¡Nuria! ¡Nuria!

Eran dos hombres y uno era Alex; estaba segura. Se metió los pies en las zapatillas y arrastrándose llegó hasta el lugar de donde venían los gritos.

¡Ay! ¡Qué dolor de brazos! Si era que se había pasado. Aunque, según su prima, en esos casos lo mejor era hacer ejercicio de nuevo, ella no estaba ni para bajar las escaleras hasta el portal.

Con algo de esfuerzo, logró descorrer el cerrojo y abrir la hoja de madera.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? —preguntó el guapo hombre de ojos miel—. ¿Por qué no respondías al timbre? ¿Qué hacías?

La joven tenía tres rostros masculinos mirándola fijamente, con diversos grados de preocupación y curiosidad. Tampoco era para tanto. Se había quedado un pelín dormida. Unos minutos de nada.

—Buenos días. —Lo primero, la educación, como decía su madre; luego, la discusión, como añadía Angélica—. Me he quedado un poco traspuesta, no es para tanto.

—¡¿Que no?!

—Buenos días —respondió Gustavo—. Nosotros, si eso, vamos pasando.

El enlosador siguió al albañil sin detenerse más que para saludar, con un gesto de cabeza, a la dueña del piso. Iba a estallar una guerra y lo sensato era alejarse para evitar ser alcanzados por la metralla.

—Esos dos van a discutir —le dijo a hombre que lo acompañaba.

—Amores reñidos son los más queridos.

—¿Tú crees que nuestro Alex y Nuria tienen algo?

—Si lo tuvieran, no discutirían tanto. Son igual de cabezotas, no quieren ver lo que para todos es evidente —aseguró el venezolano, que conocía bien a su jefe.

Desde el primer día que la había visto, no le había sido indiferente. Aquella morena no era una clienta más. Le gustaba Alex. Era un buen tipo; esperaba que tuviera suerte en el amor. Él, sin su mujer y sin sus dos pequeñas, no sería nada. Ellas le daban la fuerza necesaria para vivir tan lejos de su país natal.

A unos metros de ellos, Nuria escuchaba las protestas de Alex apretando los puños en los bolsillos de su bata.

—¿Cómo has podido dormirte? Sabías que venían a trabajar en tu reforma. Hay que ser responsable.

—¿Qué quieres que te diga, don perfecto? Aunque puse el despertador, el sueño me pudo.

—¿No duermes bien por la noche? —le preguntó con algo de preocupación en la voz.

—No es eso.

—¿O es que estabas cansada después de correr ayer, como si te fuera la vida en ello, para demostrarme de lo que eres capaz?

Esa cuestión no se la había hecho por temor por su bienestar, sino con malicia y resquemor.

—No sé de qué me hablas. Voy a hacerme un café, ¿quieres uno?

—Gracias, pero me espera otro cliente. A algunos nos gusta la formalidad.

¿A que saltaba y lo mandaba a su casa? La estaba hartando, tal vez debería insistirle a Marta en que enviara a otro capataz.

—Creo que voy a incluir en la reforma poner un timbre en el pasillo, al lado del dormitorio. Para que así, cuando te quedes dormida, lo oigas.

Fue superior a ella. Cerró la puerta en las narices de Alex y se fue al salón.

Por el camino, en el pasillo se vio en el espejo y ahogó un grito. Tenía el pelo revuelto. En su cabeza podía anidar una familia de golondrinas, y sobraría sitio. Los ojos hinchados y, en la mejilla, las marcas de los pliegues de la sábana.

Tres personas la habían pillado con esas pintas. Podía que cuatro si el vecino

de enfrente estaba cotilleando por la mirilla. No había visto su nariz asomando por la puerta entreabierta y mirando hacia su vivienda, en la ingenua idea de que no se lo veía. Como si llevara una capa de invisibilidad que hubiera tomado prestada a Harry Potter.

¡Qué vergüenza! Antes de desayunar volvió a su habitación para pasarse un peine y adecentarse un poco. Nunca le volvería a ocurrir algo así. Aunque tuviera que ponerse tres despertadores, aquella había sido la primera y última vez que la pillaban dormida.

Capítulo 10

¿Le había dado un portazo? ¿Nurita había tenido una pataleta de niña pequeña? ¿Qué era? ¿Una quinceañera?

Gustavo lo había llamado, a las ocho y diez, para decirle que la dueña del piso no contestaba al interfono.

—Alex, ¿habéis cancelado las obras hoy por algo? —le preguntó extrañado el venezolano.

—No. Ya sabes que vamos contra reloj porque el miércoles entran los del techo, por la mañana, y los pintores, por la tarde. ¿Qué ocurre? ¿No ha ido el del suelo? —quiso saber Alex, cada vez más alarmado.

—Él está aquí conmigo, pero es la dueña del piso. Tío, no nos abre. Si sale alguien, entraremos y subiremos a ver qué pasa. A estas horas no me atrevo a llamar a otro piso y levantar a la gente de la cama.

—Voy para allí.

El aviso de su compañero le había llegado sentado ante su mesa de trabajo, preparando lo que tenía que enseñar a unos clientes dos horas más tarde.

Su cuerpo se había acostumbrado a levantarse a las seis para ir a casa de Nuria, y la rutina no lo abandonaba aunque no fuera necesario darse el madrugón. Ese día se había tomado el café solo en su cocina, añorando las conversaciones tontas de otras mañanas con la joven.

Estaba en pijama, cómodo y relajado: listo para trabajar hasta el momento de irse.

No lo había dudado. Había dejado hasta el ordenador encendido del susto que

le había dado por el temor de que le hubiera pasado algo a la guapa morena.

En los quince minutos que había tardado en llegar a la calle donde vivía ella, miles de hipótesis habían surcado por su mente, a cual más disparatada. ¿Se habría quedado en casa de sus padres, esa noche, y se había despistado con la hora? Lo había dudado, porque su padre la hubiera despertado. Se veía que era un hombre responsable y se hubiera asegurado de que Nuria estuviera en el piso a la hora convenida.

¿Y el móvil? Según la locución, estaba apagado o fuera de cobertura. Algo que no era extraño en el caso de la profesora, porque tenía el mal hábito de no cargarlo hasta que no se quedaba sin batería del todo. Eso cuando no lo tenía en silencio, dentro del bolso.

¿Se habría caído? Tal vez, se había levantado al baño por la noche, adormilada y lenta de reflejos. Podía haber tropezado con alguna de las cosas que tenía por doquier llenando el pasillo y haber dado un mal paso, con tan mala suerte que se habría golpeado la cabeza. ¿Y si estaba tumbada en el suelo, en un charco de sangre?

En el portal ya no estaban ni Gustavo ni el ensolador. Eso era que algún vecino se había ido a trabajar o al colegio, y ellos habían podido acceder al inmueble.

Nunca había subido tan rápido las cinco plantas de escalera. Al verlos en el rellano, comprendió que la situación no había variado.

—¡Nuria! ¡NURIA!

Le daba igual si salía media comunidad a ver qué pasaba; si no abría dentro de unos minutos, echaría la puerta abajo.

—Saca el martillo, Gustavo. O de una patada los tres, venga.

Estaba desesperado, haría lo que fuera necesario para entrar.

—¡Quieto! —le dijo su compañero al escuchar unos pasos acercándose.

Y allí estaba ella. Recién levantada, con aspecto de no haber roto un plato, con una bata rosa con caras de la gata de *Los Aristogatos*[1] y con el pelo revuelto.

Nuria solía llevarlo liso, suelto o en una coleta, pero peinado a la perfección. En aquel instante era como si tuviera un estropajo en la cabeza. Sin embargo, a pesar de las legañas en los ojos, estaba preciosa. Al menos, hasta que habló y se

enfadó con ellos por haberse preocupado.

El alivio que sintió al ver que no había sangre cubriendo su ropa ni que yacía inconsciente mutó rápido en enfado. Aquella mujer no se daba cuenta de lo que había supuesto su despiste para los tres, en especial para él.

Estaba intentando hacérselo entender cuando se encontró hablando con la puerta. Al girarse se encontró la cabeza del vecino de enfrente asomando por una rendija. Debió de comprender que era mejor desaparecer en el interior de su casa, porque en un segundo dejó de ver su cara de cotilla.

—¿Qué pasa? —le gritó a Jorge al responder al tono de su llamada, según regresaba a su domicilio, sin percatarse de las miradas que le dirigían los transeúntes al verlo en pijama y deportivas, hablando por teléfono a voces por la calle.

—¡Chico! ¡Tranquilo! Ya me ha dicho Gustavo que Nuria se ha quedado dormida y que os habéis llevado un pequeño susto. No es para tanto.

—¡Claro que lo es! Estábamos preocupados. Esa chulita no piensa en nada. Ayer tenía que demostrarme que podía correr más rápido que nadie. Tenía que ponerse a correr delante de mí como si le fuera la vida y...

—¿Fuiste a correr con ella? ¿Qué me estoy perdiendo? A mí no me dejas ir contigo.

—¡Te lo dije! —exclamó la voz de una mujer, cerca del teléfono del interiorista—. Me debes veinte euros. Tenía que haber apostado cincuenta; era dinero ganado. ¿Os habéis acostado? Van cuarenta a que lo hacéis antes de una semana.

—¿Esa es Marta? ¿Tienes el altavoz puesto? —quiso saber Alex, molesto de que los interioristas supieran algo que él desconocía. Leían su vida como si fuera un libro abierto.

—Anda, vente a comer con nosotros y hablamos —afirmó el hombre conciliador, en tanto le decía por señas a su mujer que él apostaba por dos semanas.

***

Ese lunes no fue a verlos, estaba molesto e irritado con todo el mundo. No era buena compañía. Hasta su cliente lo notó, y se guardó la jovialidad con la que solían tratarse para centrarse en el encargo y evaluarlo con la más estricta profesionalidad.

El martes entró en casa de los interioristas como si fuera Luis XVI camino de la guillotina. Sabía que comer con Jorge y Marta iba a ser un tercer grado efectuado sin piedad, pero sin flaquear un instante. Aquellos dos eran muy perspicaces y no iban a dejar pasar una demostración de sentimientos tan poco habitual en él.

—Hola, chicos.

—Hola, hermanito —saludó Jorge a su hermano pequeño.

—¡Tío! —gritó un torbellino de cinco años, aún con el uniforme puesto, recién llegado del colegio.

—David, te he dicho que no dejes la mochila tirada en cualquier parte. La llevas a tu dormitorio —lo riñó su madre Marta.

—Sí, mami. Es que ha venido el tío Alex.

—Ya lo veo.

—Venga, peque. Vamos a hacer lo que nos dice tu madre. Me tienes que enseñar ese trabajo de los planetas que estás haciendo para el colegio. A lo mejor, puedo ayudarte con él.

—¿No pensarás que te vas a librar tan fácilmente? —le preguntó su cuñada mirándolo como segundos antes había hecho con su hijo. Era como si pudiera saber lo que estaba pensando. Era escalofriante.

—Sería demasiada suerte —respondió él.

Al pasar junto a ella para ir a la habitación del niño, le dio un beso en la mejilla.

Adoraba a la mujer de su hermano. Se conocían desde hacía más de veinte años. Sus vidas se habían cruzado cuando ella había empezado a asistir al instituto en el que los tres hermanos Laguna cursaban sus estudios de bachillerato. Estaba en la clase de Alex y en seguida se habían hecho amigos. En una fiesta de cumpleaños del joven, había conocido a Jorge y, a partir de ese día, habían sido inseparables.

Se habían matriculado en Derecho, pero no habían terminado la carrera porque lo que a los dos les gustaba era la decoración, y habían optado por formarse en Interiorismo, haciendo el grado universitario de Diseño de Interiores.

Disfrutaban probando diferentes texturas y materiales para llenar los espacios de vida y color. Jorge se había especializado en la parte de iluminación y creaba agradables estancias que Marta decoraba con su innato buen gusto.

Para sus proyectos habían encontrado al aliado perfecto en Alejandro o Alex, como lo llamaban en casa. Él amaba los edificios y las construcciones. Cuando visitaba un museo, en lugar de admirar las piezas, prefería observar los pilares y bóvedas que había sobre sus cabezas. Si bajaba a ver la cripta de una iglesia, se perdía entre las piedras tocando y hasta oliendo sus cimientos y su antiguo enlosado. Su vocación había quedado clara desde su infancia: arquitectura.

Siendo Mérida una ciudad con tantos restos romanos y visigodos, era complicado hacer cualquier tipo de reforma en un local o edificar un bloque de pisos sin toparse con algo que demoraba las obras hasta que Patrimonio lo evaluaba.

Alex pronto se había hecho un nombre por su creativa manera de integrar las ruinas del pasado en las nuevas edificaciones, respetando el entorno. Junto con los interioristas, formaban un trío que los dueños de los *pubs* se rifaban. Nadie como ellos para crear lugares únicos e inigualables en el que tomar una copa o celebrar una comida o reunión de amigos.

Hacían colaboraciones con otras empresas; entre ellas, tiendas de venta de muebles de cocina y baño. Así había sido como Nuria les había encargado el proyecto de reforma de su vivienda.

La joven se había decidido por una cocina en blanco, moderna y vibrante como ella, y por un baño en tonos azules. Como el piso era muy antiguo, era necesario sanear las tuberías y el sistema eléctrico cambiando y modernizando la instalación.

El dueño de la tienda le había pasado la tarjeta de Jorge y Marta, y así había llegado aquella dulce y bella mujer a sus vidas.

—Bueno, cuñadito, ya es hora de que nos cuentes qué pasa entre Nuria y tú —

le dijo la mujer de su hermano después de que hubieran terminado de comer.

—Nada, salvo que no respeta el trabajo de los demás.

—¡Exagerado!

—De eso nada, Marta. Me saca de quicio. No respeta el horario. Llegamos y no nos abre.

—Solo ha pasado un día —le recordó Jorge.

—Dos. La primera tarde también se retrasó porque venía con su padre en el coche, acarreando decenas de bultos y maletas para instalarse en casa.

—Por lo que me ha dicho Gustavo, no pasó de cinco minutos ninguna de las dos veces.

—Lo sé, Jorge, pero eso no es formalidad. No puede tener a los trabajadores en la calle, esperando a que ella quiera venir o abrirles la puerta.

—Lo que no es profesional es liarte con una clienta, Alex —lo reprendió su hermano—. No se pueden mezclar las cosas del corazón con el trabajo.

—¡Seréis trogloditas! —exclamó Marta enfadada por las tonterías que decían aquellos dos Laguna—. Estrictamente es nuestra clienta, no la suya. Y te recuerdo que tú y yo llevamos mezclando la vida personal y la profesional desde que nos conocimos.

—¡Eso es diferente! —se defendió el interiorista, viendo que al final iba a ser él el que saldría trasquilado de aquella reunión.

—¿Tengo que recordarte dónde fue concebido David? —preguntó Marta echando una furtiva mirada al pequeño, que jugaba con un coche de bomberos sobre la alfombra del salón.

—¡Eso no me lo habías dicho! —intervino Alex, que deseaba dejar de ser el centro de atención de la conversación.

Sin embargo, no iba a tener tanta suerte. Aquellos dos habían olido su miedo y no iban a conformarse con las migajas que les estaba dejando. Querían la presa entera. Y esa era él.

—No estamos hablando de nosotros —se defendió Jorge, al que no le gustaba que su hermano pequeño supiera ese tipo de detalles.

Su mujer tenía un morbo extraño por hacer el amor en las viviendas que reformaban, algo que él estaba dispuesto a satisfacer. La pareja estaba segura de

que David había sido engendrado en la trastienda de una tienda de moda cerca de la plaza de la Villa, en Mérida. Ambos bromeaban con que a por la niña irían durante la reforma de un hotel rural que iban a empezar dentro de un par de meses.

—Entre Nuria y yo no hay nada. Solo fuimos a tomar algo el sábado. Es lo mismo que cuando voy con vosotros de cañas.

—Y a correr el domingo. Nunca quieres que vayamos contigo, ni Pedro ni yo. Según tú somos muy lentos y te entorpecemos.

—Porque os ponéis a hablar y se os va la fuerza por la boca —alegó Alex. No le gustaba tener compañía. Él se lo tomaba en serio. No iba a pasar el rato por el campo, como hacía la mayoría de la gente.

—¿Y qué me dices de esta foto?

Marta sorprendió a ambos hermanos mostrando una captura que una de sus amigas le había enviado el domingo por la tarde. En la foto se veía a Alex corriendo, en animada conversación con Nuria, cerca de La Isla. Ambos iban riendo y charlando sin percatarse de que estaban siendo observados.

—Ella puede correr y hablar a la vez —afirmó el arquitecto, que recordó cómo la joven lo había adelantado y dejado rezagado varios metros por detrás. Algo que primero le había molestado, pero que después lo había maravillado—. De hecho, está en tan buena forma como yo. Ha participado en diversas carreras. No es un mero pasatiempo.

¡La estaba defendiendo! ¿Por qué lo hacía? Ellos eran solo amigos. Se habían besado una vez. Una gloriosa vez que no olvidaría nunca.

Sus labios habían sido una embriagadora mezcla de suavidad y calor. Eran ardientes, demandantes y provocadores. La forma en que el cuerpo de Nuria se había adaptado al suyo, durante esos segundos, había sido como alcanzar el cielo.

—Tierra llamando a Alex.

Un golpe en el hombro por parte de su hermano le hizo comprender que se había quedado ensimismado pensando en la atractiva morena. Su cuñada lo miraba con una sonrisa de «Ya te lo dije» prendida de los labios. Carraspeó y se levantó.

—Venga, David. Recoge tu mochila y tu abrigo, que hoy te llevo yo al colegio.

Todo buen general debía de saber cuándo una batalla estaba perdida y era conveniente hacer una retirada a tiempo para salvar lo que quedaba de las tropas.

—¡Voy, tío!

—Huye lo que quieras, pero del amor no puedes escapar.

—Te quiero, Marta. No leas tantas novelas románticas.

Él no estaba enamorado de Nuria. Llevaban dos días sin hablar. El que la hubiera buscado en las redes sociales y le hubiera dado a «seguir» en todas ellas no contaba. Era algo normal en aquella época. Conocías a alguien, te daban una tarjeta, comprabas en una tienda. Todo el mundo tenía un perfil en Instagram o Facebook que te invitaba a seguir.

Esa tarde le costó, más que de costumbre, centrarse en los planos que tenía que terminar de un edificio al otro lado del puente romano. De forma increíble, en aquella ciudad, no albergaba ningún antiguo resto en su sótano. Por una vez su imaginación podía volar sin las ataduras que exigía conservar el patrimonio, por una parte, y permitir que fuera visitable por quien lo deseara, por otra.

Se obligó a trabajar porque al día siguiente debería volver a ser Alex, el capataz de obra. Y no Alejandro Laguna, el prestigioso arquitecto.

***

Mientras subía por la escalera, el olor a café recién hecho, procedente de varios pisos, inundó su nariz. Era la hora del desayuno, y el aroma a pan tostado competía con el del zumo naranja.

La noche anterior le había enviado un mensaje a Nuria para decirle que llegaría a las ocho. No se veía capaz de seguir con la farsa de las siete de la mañana cuando sabía que los techadores y los pintores, antes de las nueve, no aparecerían por allí.

—Buenos días, Alex.

¿Por qué su nombre sonaba diferente en sus labios? Aquella mañana vestía

unas mallas, un jersey holgado que escondía sus esplendorosas curvas y una deportivas grises. Se acababa de duchar; el aroma a gel y crema corporal flotaba en el ambiente y lo envolvía como un suave manto de tul.

Antes de sentarse con ella en la mesa donde realizaba, de forma provisional, sus comidas, revisó el trabajo del alicatador, que una vez más había sido magistral. Lo conocía no solo de sus colaboraciones con la empresa de Jorge, sino que él también había recurrido a sus servicios en alguna otra ocasión. Su salario era más elevado que el de otros, pero merecía la pena.

Solo quedaba esperar a los operarios que ese día trabajarían allí. Una vez más, la maquinaria bien engrasada que suponía coordinar tantos gremios funcionaba a la perfección.

No tenía nada más que hacer en la zona de reformas; de modo que, con algo de recelo, fue donde Nuria lo aguardaba con una taza para él. No sabía con qué se toparía. ¿A la pantera que defendía lo suyo con determinación y fiereza? ¿O a la dulce duende que lo había encantado con un hechizo desde aquella primera vez en que sus ojos se habían encontrado?

—¿Está todo bien? No he pisado por allí para no estropearlo.

—Está perfecto. ¿Te gusta cómo han quedado las baldosas? —preguntó Alex. Sabía que, hablando de la cocina y del baño, evitaban entrar en temas personales.

—Me encanta. Dan un aspecto moderno y actual al piso. Muy diferente de lo que había.

—Aunque esa bañera con las patas como garras de león le daba un toque decadente muy atractivo.

—¿Tú crees? A mí me parecía de película de terror. La típica escena en que la inocente protagonista está sumergida en ella, con la espuma que la cubre hasta el mentón, y de repente el agua se tiñe de sangre, y queda su mano colgando en el borde.

—¡Qué sanguinaria! Mi mente iba más por el lado romántico. Unas velas, una música suave, unas copas de champán.

De repente la visión de ellos dos, tomando un baño después de haber hecho el amor, le parecía algo muy deseable. Estaba seguro de que la piel de ella sería suave y sedosa al acariciarla.

Desde su posición, a escasos centímetros del cuerpo de Nuria, podía ver su blanco cuello asomando por encima de la ropa. El pelo, despejado, permitía que lo observara con atención. Solo había un mechón rebelde de uno o dos cabellos que no lo dejaban apreciarlo en su totalidad.

Sin pensar, alargó la mano y lo retiró rozando con sus yemas la nívea piel. Ella se estremeció bajo su tacto. En lugar de hacer que se detuviera por su atrevimiento, estiró la cabeza al lado contrario, invitándolo a seguir con la caricia.

—¡Uhm!

Aquel suave ronroneo había escapado de los labios de Nuria. Se miraron con deseo, con la respiración acelerada y con una terrible sensación de calor a pesar de la baja temperatura que reinaba en el exterior esa mañana.

Al unísono se acercaron y se besaron. Alex dejó la taza en la mesa; de repente lo estorbaba. Con la mano libre, pudo asir la cintura de ella y estrecharla en sus brazos. Las piernas, enredadas, y las lenguas, tentándose con picardía.

De un tirón, sentó a la chica en su regazo y, donde antes habían estado sus dedos, se encontraba su boca recorriendo su cuello. Sus manos se colocaron bajo la ropa y acariciaron su espalda. Las de ella se agarraban a su cuello y se posaban con deseo en su pecho.

De repente sonó el interfono y el teléfono de Alex al mismo tiempo.

—¡Mierda! Ya están aquí.

—Esto es una locura.

—Lo es. ¿Cenamos juntos?

—¿A las nueve en el A de Arco? —sugirió Nuria mientras se bajaba de sus piernas.

—Sé puntual —respondió él, viendo como se alejaba para responder a la llamada insistente del telefonillo.

Una voz en su interior, muy parecida a la de su cuñada, le decía que debía contarle quién era en realidad. Sin embargo, no le hizo caso. Aquello era una relación esporádica de dos adultos que, una vez terminada la reforma, concluiría. Después, ya no tendrían motivo para verse, y sería diferente.

Ya se lo diría.

Capítulo 11

¡Qué forma de besar! Nuria se tocó los labios, los notó hinchados y sensibles. Miró su imagen en un espejo, y sus mejillas estaban a tono con el rojo de ellos. Hizo un vano intento por recolocar su ropa, puesto que el caliente envite la había dejado desmadejada.

Si no hubieran llegado los del techo en ese instante, habrían terminado enrollándose. Estaba segura. Ella lo deseaba tanto como él.

Hacía mucho que no tenía sexo con un tío. En Cáceres había estado saliendo con otro profesor de su mismo centro educativo. Nada serio, pero sí con cierta asiduidad. Un rollo fijo discontinuo, como decía su prima.

Pero, desde que había vuelto a Mérida, ningún hombre la había atraído lo suficiente como para irse a su casa; porque a la suya, con sus padres, era impensable.

Ese era otro de los motivos que la habían hecho independizarse. No era una adolescente que tenía que enrollarse en un parque con el chico que le gustaba porque no tenían otro sitio. Si lo hacía, sería por la excitación de hacerlo en un lugar público, no por necesidad.

Alex la ponía, y mucho. Ese día no vestía el uniforme de faena, señal de que solo había ido a dar unas indicaciones. Ya conocía sus hábitos y costumbres, y aquella ropa no era la habitual en él.

Volvería a la tarde con los pintores, pero lo mejor era que se iban a ver luego. Le había dicho que a las nueve para que, de ese modo, tuviera tiempo —al salir

de la última clase— de cambiarse y maquillarse para la cita.

Tenía un vestido de invierno en el armario que no se solía poner. Le parecía que con él iba demasiado arreglada para ir a casa de un alumno, o que no abrigaba lo suficiente para salir a tomar algo con Angélica. Esa noche sería diferente. Quería estar guapa y algo le decía que el frío no iba a ser un problema.

—Nuria, me voy. A primera hora de la tarde, pasaré a dar alguna indicación a los pintores. No sé si te veré.

—Os abriré la puerta y poco más —le advirtió Nuria—. Tengo clase a las cuatro. Tengo que irme corriendo.

—Vendré pronto. No creo que aguante hasta las nueve sin verte.

¡Ains, qué mono! Nuria se quedó embobada viéndolo salir por la puerta. Una sonrisa prendida de su rostro era el resultado de las palabras de Alex.

Sus ojos se demoraron unos segundos observando la forma tan perfecta que el vaquero hacía de su trasero. Y aquella cazadora, con el cuello levantado, le daba un aire de malote irresistible.

Sacudió la cabeza para despejarse, dispuesta a centrarse en su trabajo. Tenía varios prospectos que traducir. Iba al límite con la fecha de entrega porque se había retrasado con sus clases particulares, que habían aumentado gracias al boca a boca y a un par de anuncios que había puesto en webs de internet.

De repente un olor llegó hasta su nariz. ¡Era tabaco! No soportaba esa peste. En la calle no le quedaba otro remedio que aguantarse si sus amigos fumaban, pero dentro de los locales estaba tan contenta con la prohibición. Odiaba que su pelo y su ropa interior apestaran a ese nauseabundo aroma al acostarse. Aquel era su hogar, no iba a permitir tal cosa.

Decidida fue hacia la fuente del problema: una galería que tenía en la cocina y que iba acristalar para aprovechar más el espacio y tener intimidad. Allí estaba un hombre mayor, con un mono blanco, fumando apoyado en la barandilla, mientras que otro más joven colocaba una placa de pladur en el techo.

—Disculpe, aquí no se puede fumar.

—¿Ni en el balcón?

—No, ahí tampoco.

—Bueno, bueno, usted manda.

¿El balcón? Con las movidas que había tenido con la vecina del segundo desde el primer día que habían llegado los obreros, como para que le tiraran ceniza encima de las plantas o de la cazuela de lentejas. Porque a la buena mujer le daba por poner las cacerolas —con lo que hubiera guisado para ese día— en medio del suelo del patio para enfriarlas, junto con otros recipientes con espuma blanca, donde debía de tener alguna prenda a remojo. No quería más discusiones con ella y, encima, en esa ocasión tendría que darle la razón.

A las dos horas se marcharon. Con desesperación tuvo que recoger un par de colillas apagadas en un cartón encima del suelo del vestíbulo. Era de madera y también necesitaba una reforma, que haría cuando su economía se lo permitiera. Acuchillar y barnizar el de todas las habitaciones. Sin embargo, con descuidos como aquel podían salir ardiendo, y no tendría que preocuparse más por las obras.

Dejó las ventanas abiertas para que se ventilara un poco y eliminar el tufillo a tabaco que había quedado impregnado en el aire.

Consultó su reloj. Era pronto y no le apetecía cocinar. La comida preparada tampoco la seducía demasiado, así que decidió acercarse a casa de sus padres y darles una sorpresa. Allí encontraría algo rico y nutritivo con lo que saciar su hambre.

***

Su madre la recibió encantada. Como supuso, estaba en la cocina, dando vueltas con una cuchara de madera a algo que cocinaba en una gran cazuela en uno de los fuegos.

—Estaba haciendo crema de calabaza, te iba a guardar un poco en un recipiente.

—Gracias, mami.

—Así ya no hace falta. Te la comes ahora. Aunque, pensándolo bien, te daré para que te lleves. No se te vaya a ocurrir comprar en el supermercado de esa que viene hecha, que tiene de todo menos verdura.

Nuria suspiró. Conociendo a su progenitora, comerían crema hasta hartarse y guardarían en la nevera para otro día; además de llevarse ella una buena cantidad, junto con un envase de croquetas y dos de legumbres.

A su padre le vino genial que fuera porque necesitaba ayuda con unos trámites que debía realizar por internet para comprar unos billetes de tren. Iban a irse de viaje en el puente de primeros de diciembre[2]. A su hija le daban mucha envidia pero, con los gastos de la reforma, cualquier excursión —más allá de ir a la vuelta de la esquina— era impensable.

Casi dos horas más tarde, al marcharse, además de las provisiones, se llevó en una bolsa —envuelto con cuidado— el vestido que se iba a poner para salir. En su piso solo tenía ropa sencilla y ocasional para el día a día. Las prendas más especiales se habían quedado guardadas con las de verano en su armario, donde compartía espacio con las prendas de las que su madre le había prohibido deshacerse: una serie de vestidos infantiles que no recordaba haberse puesto más que en contadas ocasiones.

—Quién sabe, en un futuro, cuando me des una nieta, pueden venirte bien. Son diseños intemporales que siempre se van a llevar.

—Mamá, en el supuesto caso de que tenga descendencia y sea una niña, las modas habrán cambiado y estarán pasados de moda.

Aquella profusión de lazos y puntillas que tanto la habían incomodado de pequeña y la habían hecho rascarse desesperada eran más propios de la tortura medieval que de ser usados por un tierno infante. Desde luego, cuando terminara la reforma y recogiera el resto de sus pertenencias, se quedarían allí. No los iba a necesitar y ocuparían un espacio que no tenía en sus armarios.

***

No pudo evitar llegar con retraso a su casa y encontrarse a Alex con los pintores, charlando en la acera. Eran dos tipos de singular parecido. Uno más joven que el otro, por lo que supuso que eran padre e hijo.

—Lo siento, lo siento. —Se disculpó al darse cuenta de que se repetía la

situación de la primera tarde de las obras.

El capataz puso los ojos en blanco y cogió una de las bolsas de las manos de la joven sin decir nada.

—¿No hay ascensor? —se quejó el mayor de los hombres mientras buscaba, por los rincones del portal, alguna puerta metálica que diera paso a un elevador.

—No, van a instalar uno dentro de unos meses, pero todavía no hay.

—Podía haber esperado a pintar, entonces.

Por el tono de su voz, Nuria estaba segura de que lo había dicho en serio. Ella era la primera que agradecería tenerlo, pero el pago extra supondría que su cuenta quedaría aún más mermada de lo que ya lo estaría al final de su reforma. Se iba a pasar hasta el verano comiendo latas de sardinas de oferta.

Alex se quedó hablando con el que debía ser el hijo y, a la vez, el jefe; ella acompañó al otro hasta la cocina.

—Además de los dos techos, tienen que tapar los desperfectos que han ocasionado los albañiles —le explicó al anciano—. En esa habitación, tres desconchones y, en la otra, uno grande que hicieron al instalar el cuadro de los interruptores de las luces.

—¡Puf! Buena gana de trabajar dos veces. Va a costar igualar el color. ¿No tendrá planeado pintar el piso?

—En un futuro. Tal vez, a fin de año —respondió ella.

Dependería de si era capaz de encontrar un trabajo remunerado que le permitiera arreglar el suelo y repintar las paredes, que pedían a gritos una mano de pintura. Incluso, se había planteado hacerlo ella si la situación se alargaba y no conseguía aprobar la oposición a la que se iba a presentar en primavera. Con un poco de suerte, su prima la podría ayudar, y seguro que su padre podría colaborar.

—Y esa mancha tiene, al menos, tres años.

—¡Tiene tres días! —exclamó enfadada—. La hizo el alicatador al dar el agua y tener mal puesto el grifo.

—Si usted lo dice.

Se dio la vuelta y fue derecha al lugar donde Alex hablaba con el pintor joven. ¡Qué se habían creído! Su dinero era bueno, no iba a aceptar mediocridades. Iba

a pagar por un trabajo que esperaba que quedara bien hecho, no por una chapuza para salir del paso.

—Dice que no va a pintar las manchas de yeso que decoran la habitación de al lado de la cocina. Está a lunares. No quiero que se quede así.

Nuria cruzó los brazos delante de su pecho y, con los pies afianzados en el suelo, miró desafiante a Alex. Él era el encargado de la obra: suya era la responsabilidad de resolver el entuerto.

—La *señora* tiene razón —aseguró guiñándole un ojo, sin que lo vieran los otros hombres—. Hay que pintar ese paño de la pared y dejarlo bien.

—Por supuesto. No haga caso a mi padre; es mayor. Dejaremos todo como debe de quedar. No se preocupe.

El joven se fue con sus cubos y sus brochas a la cocina. La dueña del piso miró al guapo encargado de ojos miel que tenía delante, que le sonreía ladino.

—¿Señora? ¿Está aquí mi madre y no la he visto? No soy tan mayor.

—Bueno, Nurita. ¿Qué quieres que te diga? Hace unos segundos tenías un gesto de enfado que me recordó a cuando era pequeño y mi profesora me iba a echar una regañida por haber hecho una trastada. Cualquiera se enfrentaba a ella. Tú eres igual de sargenta.

—¿A que cenas tu solito?

—Lo dudo. Lo estás deseando —aseguró él, gallito.

Y maldita sea si no era cierto. Como no le iba a dar el gusto de responderle y preveía que aquellos dos obreros iban a sacarla de sus casillas, se despidió del *moñitos* para irse a dar su clase. Confiaba en que él se encargaría de asegurarse de que hicieran lo que debían.

***

Con alivio, cuando regresó a su piso, cuatro horas más tarde, descubrió que al final habían hecho bien su trabajo y rematado los desperfectos con profesionalidad. No esperaba menos sabiendo que Jorge y Marta respaldaban a las personas que enviaban a su casa. En aquel mundillo las recomendaciones

entre particulares eran primordiales para encontrar nuevos clientes.

Aunque había creído que solo le llevaría media hora arreglarse, se entretuvo casi una hora. Un vestido como el que había elegido requería un maquillaje más sofisticado que las sombras neutras que solía usar. Un poco de iluminador, que tuvo que retirarse porque se le fue la mano, y brillaba como una bombilla bajo la luz del espejo; una máscara de pestañas, y un *gloss* rojo y vibrante que guardaba para las grandes ocasiones.

Cuando terminó de darse el último toque con el aplicador, sonrió satisfecha al ver el resultado.

Como hacía frío, optó por unos cómodos botines calientes y con algo de tacón. Al llegar a la escalera se arrepintió de habérselos puesto. Eran bonitos para caminar por la acera, pero no para bajar cinco pisos. No lo reconocería en voz alta, pero empezaba a desear con anhelo que el ascensor fuera ya una realidad.

Tuvo que descender con calma, lo que la entretuvo aún más. Sin remedio, llegó con quince minutos de retraso a su cita. Ella no era impuntual; no obstante, parecía que, en cada ocasión que quedaba con Alex, los astros se alineaban para impedirle estar a la hora convenida.

—Tranquila, ya te conozco y estoy habituado a tu impuntualidad.

—Es que surgen cosas que me impiden estar a tiempo. No es que no quiera, es que el destino se pone en mi contra —aseguró muy seria. Por la expresión del rostro del capataz, no estaba creyendo ni una sola palabra.

—Esa es buena excusa. —Rio Alex al abrir galante la puerta del restaurante para que Nuria entrara.

Se prometió a sí misma que, la próxima vez que quedaran, sería ella la que estaría esperándolo a él. Aunque tuviera que estar en lugar de la cita media hora antes.

El murmullo de los otros comensales, sentados en sus respectivas mesas, fue lo primero que escucharon. Por ser fin de semana, el local estaba lleno. Una pareja salía de allí desanimada por no haber podido quedarse. Las reservas estaban completas desde el jueves.

Una camarera los guio hasta la suya y puso ante ellos las cartas para que

pidieran. En seguida se pusieron de acuerdo en compartir tres platos y, así, probar más delicias del menú.

Nuria se percató de que las miradas de las otras mujeres que llenaban el local se dirigían a su acompañante. Se había soltado el pelo y lucía su media melena con desenvoltura. Tuvo que contenerse para no alargar la mano y acariciar el brillante cabello que enmarcaba un rostro masculino lleno de personalidad.

Iba vestido de forma casual pero elegante. Se alegraba de haberse arreglado con esmero para la cena.

Una parte de ella se felicitaba por ser objeto de envidia. Un diablillo perverso le susurraba al oído para que gritara: «Sí, es mío. Se mira, pero no se toca». Si bien un ángel más benévolo le decía que no lo hiciera.

—Estás muy guapa —dijo Alex fijando sus ojos miel en los suyos, después de quedarse solos, tras retirar la camarera los platos del entrante que habían saboreado. Un carpacho de pulpo de suave textura, con un ligero toque picante producido por el pimentón que lo aderezaba.

—Gracias —respondió Nuria al tiempo que se colocaba un mechón tras la oreja—. Tú tampoco estás nada mal.

Ella no era la única que estaba nerviosa. Se comportaban como dos quinceañeros en su primea cita. Esa sensación era muy agradable y provocaba en Nuria un deseo irrefrenable de ser acariciada por el hombre que cenaba en frente de ella.

—¿Qué tal las clases esta tarde?

La pregunta de Alex hizo que se centrara en lo que estaba comiendo y en la conversación que mantenían, la cual se limitaba a seguir con la mitad de su mente; la otra parte la tenía ocupada en analizar cada gesto de él.

—Intensas. Están con exámenes; en realidad, siempre lo están. Se agobian, se ponen nerviosos y la que acaba estresada soy yo.

—Eso es porque eres una buena profesora y te implicas con tus alumnos. Seguro que a tu lado aprenderán mucho.

—Confío en que sea así. Se esfuerzan en su mayoría, si bien el factor nervios y cómo evalúe el profesor tienen una significativa influencia en la nota final.

—Aprobarán. Ya lo verás.

—No es mi única fuente de nervios estos días.

—Déjame adivinar. Las obras.

—Pues sí. La reforma interminable de mi cocina y del baño tampoco ayuda.

—Ya ha pasado lo peor. Quedan los muebles y los electrodomésticos. Empezarán mañana a instalarlos y los sanitarios, el lunes. A finales de la semana que viene, nos habrás perdido de vista.

—¡Lo estoy deseando!

En cuanto lo dijo, se dio cuenta de que Alex había dejado de sonreír. Terminar las obras implicaba que no tendrían motivos para verse a diario, y se distanciarían. La pena que sintió al pensar en ello le hizo comprender que, tal vez, quisiera dejar de ver al capataz, pero no al hombre con el que conversaba de libros, de series y de exposiciones en la mesa de su cocina.

—Quiero decir que quiero tener mi casa ya solo para mí, reformada, limpia y con todo colocado. Deseo dejar de ver a cinco o seis operarios cada mañana cruzando mi puerta. A ti no quiero dejar de verte.

Ya estaba dicho. Se había lanzado. Nerviosa agarró su copa de vino y le dio un buen trago. Al notar el calor del alcohol en su garganta, pensó que no había sido buena idea calmar su acaloramiento con esa bebida. Tenía más sofoco que antes. ¿Por qué no habían pedido una botella de agua?

—Yo tampoco quiero dejar de verte a ti —aseguró su acompañante con la felicidad que pintaba su rostro de nuevo.

Al unísono, alargaron las manos y sus dedos buscaron el contacto del otro.

Durante el resto de la velada, las obras y reformas quedaron olvidadas. Hablaron de todo y de nada como solo dos amantes son capaces de hacer a la luz de las velas, cuando las palabras dejan de tener significado y son meros sonidos.

—¿Quieren algo de postre? —los interrumpió servicial la camarera, lo que los sacó de la nube que habían creado a su alrededor.

—Creo que estamos llenos —aseguró él.

—Alex, hay una tarta de manzana con pasas y almendras que debe estar riquísima. Podemos compartir una ración.

Había visto como la servían a otros comensales, y Nuria había dejado un hueco en su estómago para ella. El capataz resopló, pero accedió a su petición.

—Como digas que quieres un café o una infusión, me matas.

—¿Ah, no? Creía que iríamos a tomar una copa o algo al salir —afirmó ella con tono inocente.

—Nuria, somos mayorcitos. Tanto tú como yo sabemos que lo que queremos no se toma en vaso ni en un bar.

Para qué negarlo. El vino, la comida, la conversación, el intercambio de coqueteos y un sinfín de detalles más habían hecho que su cuerpo anhelara las caricias y besos que solo él podía darle. No quería irse a otro local y alargarlo más. No sabía si se arrepentiría al día siguiente, pero esa noche quería sexo y lo quería con Alex.

—¿En tú casa o en la mía? Te advierto que tengo obras, y la tengo revuelta. ¿Sabes? —comentó divertida, inclinándose hacia delante—, los albañiles y los pintores son un poco desordenados.

—Deberías decírselo a su jefe.

—Lo haré mañana.

Pidieron la cuenta tras engullirse, casi sin saborear, el postre y salieron del restaurante.

Sin darle tiempo a respirar una bocanada de aire puro, Alex la arrinconó contra la pared y buscó su boca con fervor. Ella le respondió con pasión. De repente no hacía tanto frío y los abrigos les sobraban.

—Vamos —le pidió ella mientras tiraba de él. El ruido de sus tacones al golpear el asfalto rompió el silencio de la noche. Sus risas eran como música que reverberaba en el aire.

—Yo que me había prometido a mí mismo que esta noche no subía los cinco pisos —le confesó Alex, flanqueando por la escalera, a Nuria.

—Eres un hombre que no mantiene sus promesas.

—Es imposible hacerlo cuando un duende se empeña en que no lo hagas.

Capítulo 12

En el descansillo del tercero, los tacones de Nuria le causaron una mala pasada. Dio un traspié y, si no hubiera sido porque él la sujetó por la cintura, hubiera acabado con su bonita cara en el suelo. Habría sido una forma horrible de acabar la noche. En un hospital, con un brazo roto.

Era preciosa.

Esa mañana, cuando la había visto con los brazos en jarras, enfrentándose al pintor, la hubiera besado hasta dejarla sin aliento. Había tenido que hacer un esfuerzo para no hacerlo.

Ese lado fiero de ella le atraía un montón, aunque al conocerla fuera eso lo que menos le había gustado. El buen nombre de la empresa de su hermano hubiera quedado en entredicho si la hubiera estrechado en sus brazos en ese instante. A él le daba igual que le achacaran poca profesionalidad, con tal de volver a sentir el suave tacto de sus labios en los suyos.

Más tarde el pintor le había explicado que su progenitor estaba comenzando a dar síntomas de demencia. Siempre había sido un hombre peculiar y excéntrico, pero sus rarezas habían aumentado de forma exponencial.

No quería dejarlo solo en casa. En el trabajo podía tenerlo más o menos vigilado y, cuando se centraba en su tarea, no había nadie que fuera tan bueno y minucioso como él. Sin embargo, la enfermedad lo hacía ser más desinhibido y decir lo que pasaba por su cabeza, sin pararse a pensar si era adecuado o no.

—Quedará todo bien. Revisaré lo que él pinte antes de irnos —le prometió el hijo mirándole a los ojos.

—No lo dudo —afirmó Alex al tiempo que le daba al hombre una palmada afectuosa en la espalda—. Vuestro trabajo será excelente. Como siempre. Por eso siempre contamos con vosotros.

—Gracias.

—¡Chaval! —Escuchó que lo llamaba el sujeto de su conversación, desde donde estaba agachado, pintando un radiador.

—Dígame —respondió con educación al viejito, que lo observaba con cara de saber un secreto que solo él conocía.

—A ti te gusta la moza. Es guapa, pero algo gruñona. Mi Rosa también lo era. Son las mejores. Ya sabes, son fuego en la cama. No te aburrirás con ella.

—¡Papá! Lo siento. Vamos, venga, que tenemos mucho trabajo.

Pues sí, le atraía la joven profesora, que lo sacaba de sus casillas al mismo tiempo que lo hacía temblar de deseo y lujuria. Le gustaba con sus defectos y virtudes. Cuando lo desesperaba por su impuntualidad, cuando lo aguardaba con una taza de café recién hecho a las siete de la mañana, porque había querido fastidiarla y no había podido.

Era divertida, alegre y leal a los suyos. Daba luz a una habitación al entrar, y parecía que oscurecía cuando se iba. Era la luna y el sol al mismo tiempo.

Compartían aficiones: tenía sus mismos gustos literarios y había resultado ser una corredora excelente. Estaba seguro de que, en una carrera competitiva, Nuria lograría clasificarse muy por encima de él. Sobre todo si, en lugar de centrarse en correr, se distraía observando lo bien que le quedaban las mallas.

Un impulso alocado lo había hecho pedirle una cita esa noche. Tenía proyectos que revisar, unos planos que entregar y mil asuntos más a los que se había comprometido. Más le valía darse prisa o sería él el que llegara esa vez.

Tentado había estado de ponerse unos vaqueros, pero aquella noche era una buena ocasión para estrenar el jersey que su cuñada le había regalado, con los pantalones que se había comprado al inicio del otoño.

Quería lucir un aspecto más formal y elegante que el suyo habitual, con ropa deportiva y cómoda. Suponía que Nuria se vestiría con esmero y no deseaba desentonar a su lado. Aunque ella estaría guapa hasta con un mantel enrollado a modo de túnica.

***

A las nueve menos cuarto, estaba paseando por la acera del Arco de Trajano, aguardando a su cita. Ni proponiéndoselo era capaz de llegar tarde a ningún sitio. Era de los que prefería llegar antes de la hora. Por mucho que eso implicara, quedarse congelado aguardando a la otra persona, como iba a ser el caso esa noche. La impaciencia lo había hecho llegar varios minutos antes.

Al escuchar como daban las campanas que anunciaban la hora en punto en una iglesia cercana, empezó a ponerse nervioso. ¿Y si Nuria había cambiado de idea y no iba? Tal vez, no se había atrevido a decirle que no y le daba plantón. No. Ella no era así.

Los nervios lo habían hecho entrar en calor y dejar de sentir el gélido viento que soplaba. Con inquietud miró a ambos lados de la calle, en busca de unos bellos ojos marrones. Varias parejas habían entrado en el local y vio, a través de los cristales, como eran atendidos por el personal. Estaba deseando ser una de ellas.

De repente el repiqueteo de unos tacones que se acercaban lo hizo sonreír. Ella era la responsable del sonido que había roto la tranquilidad de la calle. Algún que otro transeúnte se había girado para mirar con reproche a la mujer que marcaba su paso con tanto brío.

Unas esbeltas piernas destacaban sobre unos zapatos de elevada altura. Llevaba un abrigo de paño gris por el que asomaba el borde de un vestido. El pelo, liso y suelto, por los hombros. Pero lo que sin duda había terminado con su poca cordura fueron aquellos labios pintados de rojo intenso, que se movían delante de él, diciendo algo que no era capaz de entender por el aturdimiento que habían causado en su mente.

—Hola.

—Hola —respondió él.

Se dieron un par de tímidos besos en las mejillas. Entre ellos había una inusitada timidez. No se encontraban en su ambiente. La seguridad de la improvisada cocina del piso de ella, entre las paredes acogedoras que tan bien conocían, se había esfumado. Aquello era diferente. Excitante. Con un sinfín de

posibilidades al alcance de la mano si se atrevían a cogerlas.

—Siento el retraso. ¿Entramos?

—Claro. Vamos.

Una camarera los acompañó hasta una mesa en uno de los laterales. La comida lucía apetitosa en los platos del resto de los comensales. La iluminación era tenue y creaba un ambiente confortable. Alguna que otra planta diseminada por el restaurante daba un toque relajante y original al entorno.

—¿Qué te apetece tomar? Aquí está todo muy bueno.

—¿Qué me recomiendas? No he venido antes, no conozco la carta.

—Hacen unos arroces exquisitos. El timbal de verduras tampoco está mal.

—¡Eso me gusta! Y de segundo, el lomo con salsa de cítricos y patatas de guarnición.

La cena resultó exquisita, como siempre en aquel local, que el mismo se había encargado de diseñar. En el podía contar con una mesa en un rincón discreto, con solo una llamada, como había ocurrido en esa ocasión.

El dueño se había convertido en su amigo, tras los largos meses de la reforma del local y de insufribles trámites con los encargados de proteger el patrimonio histórico de la ciudad de Mérida. Al final, habían logrado dar con la adecuada distribución de espacio que preservara los restos hallados, para que pudieran ser visitados por quien lo deseara.

Además, sabía que cada plato de la carta era elaborado con esmero y dedicación. La chef tenía una brillante reputación, ganada a pulso en los fogones de los mejores restaurantes franceses. Aunque a Alex le daba igual comer piedras, con tal de compartir mesa con Nuria.

Aquella noche le brillaban los ojos de una forma especial. Al alargar los dedos para rozar su mano, temió que lo rechazara, pero no lo hizo. Y aquello desató la locura.

Sus ojos saltaban de su rostro al resto de su anatomía. El vestido que llevaba tenía un escote que apenas retenía su generoso busto. Se moría por acariciar la suave piel de sus senos. Tenía que hacer esfuerzos para mirarla de cuello para arriba, en lugar de hacia abajo. ¡No era de piedra!

Tuvo que cambiar de postura para que el mantel ocultara el bulto que se

formaba en sus pantalones. Las mesas estaban cerca unas de otras, y no le apetecía que ningún comensal o algún camarero se percatara de su incomodidad.

Deseaba a Nuria de un modo fiero y salvaje. Se sorprendió por la reacción de su cuerpo. Desesperada y anhelante. No era un monje y, cuando una mujer le gustaba, no tenía problema para acostarse con ella y pasar un buen rato. No guardaba celibato y tenía relaciones con frecuencia.

Sin embargo, aquella noche se sentía como un adolescente virgen ante su primera experiencia. Ella era una diosa y él, un vulgar plebeyo que mendigaba por su atención. Era consciente de que la atracción era mutua. Ella tenía, sin duda, las mismas ganas de sexo que él. Lo mejor sería saltarse el postre y dejarse llevar por la pasión en un lugar más discreto.

—Estoy lleno. No creo que pueda comer nada más.

—¡Uy! Pues yo sí.

No pudo ser. Ella tenía otras ideas. Era golosa y no se iría del restaurante sin probar alguno de sus dulces platos.

Compartieron una tarta de chocolate y un bizcocho de naranja. Por lo que no pasó fue por el café. Si tomaba una mínima dosis de cafeína, se pondría a dar saltos en su silla.

—¿Una infusión? ¿Un chupito? —preguntó una obsequiosa camarera.

—Nada, gracias. Ahora sí que estoy a reventar —afirmó Nuria tras limpiarse un resto de chocolate de sus labios.

—¿Nos trae la cuenta, por favor?

Cuando estuvieron fuera, Alex la arrinconó contra la pared, en un vulgar intento de saciar su hambre y su sed de ella. La cordura se impuso sobre la pasión, y se fueron a casa de Nuria. No era cuestión de dar un escándalo público.

La suya estaba más cerca. Y sin duda hubieran estado más cómodos en su inmensa cama, en un dormitorio sin enseres de cocina apilados por las mesas y sin sacos de cemento por las esquinas. Pero no quería que ella viera las fotos en las que salía con sus hermanos y con Marta en reuniones familiares.

Entonces sabría que entre ellos había algo más que una relación laboral. Prefería que siguiera pensando que era un capataz de obra, y no el arquitecto dueño de la mitad de la empresa que le realizaba las reformas.

Algo le decía que su inicial engaño no iba a ser bien entendido por ella. La obra terminaría y tendrían que ver si la atracción entre ellos perduraba cuando dejaran de verse a diario. Aún así, faltaba bastante para que pudiera calificarse su relación como algo más que «amigos con derecho a roce». Por mucho que su cuñada, convertida en un Cupido de carne y hueso, insistiera en lo contrario.

***

En la intimidad de la habitación de Nuria, comprobó que su piel era tan suave como parecía y que olía de forma deliciosa. Debía de haberse dado una leche corporal, cuyas notas picantes aumentaban aún más su deseo, si eso era posible.

—¡Tienes un *piercing*! —exclamó asombrado al ver el aro plateado que atravesaba el ombligo de la mujer, que tenía bajo su cuerpo.

—Siempre quise hacerme alguno pero, en el colegio donde daba clase, eran muy estrictos con ese tema. Ni a los profesores ni a los alumnos nos permitían llevar ni tatuajes ni *piercings* que fueran visibles.

—Así que te pusiste uno donde no se viera.

—No es lo único que está oculto. No has mirado bien.

Aquella frase le dio la excusa perfecta para revisar con detenimiento el cuerpo de la mujer. Lo hizo con calma, deleitándose en cada pliegue y en cada lunar. Fue besándolos uno a uno. Concienzudo y minucioso. A cada toque de sus labios, la mujer se estremecía ostensiblemente.

—Para —le pidió entre gemidos de agonía placentera.

—No quieres que pare. Y además, todavía no he encontrado el secreto que esconde tu cuerpo.

—Está en...

—¡Chis! ¡Calla! Si me lo dices, se acaba la diversión.

Pero Nuria no se iba a conformar con estarse quieta mucho tiempo más. Desesperada, se incorporó y lo hizo girar, para terminar apoyada en su espalda, con ella encima de él.

—¿Impaciente?

—Es mi turno. Yo también quiero torturarte.

—No seas mala, no he podido ver qué más me ocultas.

—No es mi culpa si no sabes buscar.

Durante minutos que le parecieron horas, la boca de ella se deslizó por su piel y lo llevó una y otra vez al filo del orgasmo, sin llegar a alcanzarlo nunca.

Al cabo de un rato —o bien porque se apiadaba de él, o bien porque la bella amazona no podía aguantar tampoco—, puso punto final a los preliminares para guiar con mano experta su polla dentro de su vagina.

Él se incorporó un poco para profundizar más en su interior de un modo que parecía imposible. Su unión era perfecta. Juntos gimieron de forma escandalosa y sin poder reprimirse. Nuria alcanzó el orgasmo y él la siguió casi al instante.

Exhaustos, se derrumbaron en las sábanas, jadeando satisfechos.

—Ha sido... —comenzó a decir ella.

—¡Bestial! —exclamó Alex.

—Iba a decir increíble, pero ese adjetivo también me vale.

Un agradable sopor fue haciendo que sus músculos se relajaran y que el sueño se fuera apoderando de él. Estaba en el paraíso y no quería alejarse de allí.

El pensamiento de que quizás fuera mejor levantarse e irse a su casa cruzó de manera fugaz por su cabeza. Sin embargo, no lo escuchó. Por nada del mundo se separaría de los delicados brazos que rodeaban su cintura.

Capítulo 13

Se habían quedado dormidos, entrelazados en una maraña de brazos y piernas. Nuria fue la primera en abrir los ojos, cuando el interfono sonó de forma escandalosa, aquella mañana de jueves. Se giró para mirar el despertador. ¡Eran las ocho y media! A su lado Alex dormía tranquilo, a tenor de su respiración suave y acompasada.

Se tomó un par de minutos que no tenía en contemplar como los mechones de su cabello tapaban su rostro. Con cuidado, atrapó uno con sus dedos para retirarlos y poder ver las atractivas masculinas facciones del hombre con el que había pasado una noche de sexo increíble.

Ella era desinhibida en la cama. Consideraba que bajo las sábanas no se debía tener vergüenza con el amante con el que se compartía juegos. Sin embargo, había sido divertido ocultarle el tatuaje de una pequeña bruja sentada en una medialuna, que tenía en su nalga derecha.

A tenor de lo juguetón que se había vuelto al descubrir su *piercing*, estaba segura de que el tatuaje daría lugar a otros momentos únicos y calientes. Pero había llegado la hora de levantarse. Si no se equivocaba, los muebles de su cocina estaban esperando, en la calle, a ser subidos.

—Alex, despierta —le dijo con suavidad al hombre que yacía con ella—. ¡Despierta! —añadió en un tono más alto, que terminó convertido en grito porque el bello durmiente era más bien una marmota—. ¡Alexxxxxxxxxxxxxx! ¡Despiertaaaaaaaaaaaaaa!

—¿Qué pasa? —preguntó abriendo los ojos de golpe, con cara de susto.

—Nos hemos dormido. Están llamando abajo. Voy a abrirles. Lávate y despéjate antes de que te vean con esa cara de sueño. En un cesto morado, en una estantería junto al lavabo, tengo maquinillas; no son eléctricas, pero te valdrán para afeitarte.

—Sabrán que estoy aquí —dijo el hombre asustado—. Cuando nos vean, pensarán que tú y yo...

Alex hizo un gesto con la mano, señalándose a ambos y a la cama que habían compartido. ¡Hombres! Y luego dicen que las complicadas son las mujeres. Eran dos adultos mayorcitos que no tenían que dar explicaciones a nadie. Si bien podía entender su resquemor a ser visto con ella, en una actitud íntima, por sus compañeros.

—Ve al baño. Llévate la ropa. Tendrás que ponerte la misma que anoche. Para eso no tengo solución. No creo que mis mallas te valgan, aunque sería divertido verte con ellas.

—¡Nuria!

—Está bien. —Rio ella al ver la cara de circunstancias de él—. En lo que suben puedes refugiarte en el aseo. Pon la radio fuerte. Con el ruido que van a hacer ellos, ni se darán cuenta.

—Serán Luis y Gustavo. Ellos eran los que iban a traer los armarios. Debería de haber ido a buscarlos con ellos.

—Supondrán que te adelantaste, como otros días. Espera a que estén los dos aquí y haces como que llegas en ese momento. Diles que te has quedado dormido. Las mentirijillas son más creíbles si tienen de base una media verdad.

—¿Con quién me he acostado? —quiso saber él mientras cogía sus bártulos y hacía lo que le había sugerido.

—Con una bruja. Creí que lo sabías.

Alex la miró sin comprender lo que decía. Cuando viera su tatuaje lo entendería, pero eso sería en otra ocasión. Aquella mañana el tiempo de jugar se había acabado.

***

Nuria respondió al interfono y, al cabo de un par de minutos, tenía a un sonriente Gustavo en la puerta, cargado de maderas, y a un menos contento Luis detrás de él. Los muebles eran fáciles de subir, pero los electrodomésticos, sin ascensor, iban a ser un horror. Confiaban en que, para entonces, Alex hubiera aparecido.

Al no verlo en la fábrica de madera, el venezolano había llamado a Jorge y él les había indicado lo que tenían que hacer.

La dueña del piso estaba hablando con ellos dos en la cocina, sobre lo bonitas que eran las puertas, cuando el encargado de la reforma apareció con el pelo húmedo aún. Lo llevaba recogido con una goma negra; estaba segura de que era de ella.

—Lo siento, chicos. Anoche me quedé trabajando hasta tarde y me he quedado dormido.

—Eso dijo Jorge. Que eras un tronco durmiendo —añadió Gustavo. A él no lo engañaba; venía de estar con alguna chica. Esa ropa tan peripuesta no se la ponía para trabajar; no era adecuada para estar en una obra. Además, olía a fresa. Era un gel femenino; su esposa lo usaba a veces. Un tío nunca compraría algo tan cursi.

—Sí, tengo que reconocerlo. Ya he visto que tengo varias llamadas pérdidas de él y vuestras en el móvil. Hablo con Marta y os ayudo a subir todo.

Los dos hombres bajaron al portal y dejaron a Alex hablando por teléfono y a Nuria desayunando. Al pasar al lado del capataz, el venezolano le susurró a su jefe:

—Vete a cambiar a casa, te vas a manchar.

Pillado en su mentira, se tensó apretando los dedos con los que sostenía el móvil, incapaz de responder.

—La chica tenía compañía —aseguró Luis—. Se oía correr el agua del aseo mientras hablaba con nosotros.

—Por eso no nos abría. Estaba ocultando a su compañero. Debe haber salido en lo que subíamos las cosas; por eso no lo hemos visto.

—Es atractiva. Tendrá muchos tíos rondándola. Y huele muy bien, como a

fruta.

—Anda, vamos. Déjate de pensar en lo que no debes.

Luis había dado en el clavo sin saberlo. Tenía razón: el olor que salía del aseo de la casa era el mismo que rodeaba a Alex. Por eso tenía el pelo húmedo y no se había cambiado de atuendo.

¡Aquellos dos se entendían! No iba a decir nada, y menos al chismoso de Luis, que tenía vocación de portera.

Nuria le gustaba, era buena para Alex. Ya era hora de que su jefe sentara la cabeza y dejara de mariposear de flor en flor. Desde que lo conocía, nunca había tenido una relación seria. Era de los hombres a los que el compromiso los asustaba.

No lo entendía. Él era feliz con su mujer y sus hijos. No cambiaría por nada su vida de casado. Las locuras de la soltería habían quedado olvidadas. El arquitecto acabaría dándose cuenta de ello en cuanto encontrara a la chica adecuada, y esa podía ser la dueña del piso.

***

Nuria se metió en su improvisado despacho y se puso a trabajar en la traducción de varios prospectos que tenía pendientes. Procuró no distraerse mirando embobada como le subían los muebles.

Una de las veces observó que su compañero nocturno se había cambiado de ropa. De nuevo vestía su peto, cómodo y desgastado, mucho más adecuado para acarrear bultos. No obstante, era de los tíos que, llevaran lo que llevaran, estaba igual de atractivo.

—Hemos terminado. Nos vamos —le dijo al mediodía, antes de marcharse con sus dos compañeros.

—De acuerdo. Ya hay hambre.

—Por la tarde vendrá el montador. Un par de días, y tendrás la cocina lista para que la puedas usar.

—¡Qué bien! Lo estoy desando.

Al ver marcharse a los tres hombres, sintió cómo una sensación agridulce se posaba en su corazón. Con la instalación de los sanitarios, a principios de la siguiente semana, se terminaría la reforma. Eso implicaba que no vería a diario a Alex, salvo que quedaran a propósito.

¿Lo harían? El sexo, la noche anterior, había sido magnífico. Le encantaría repetir y no solo por eso. Iba a añorar la compañía casi continua de aquel adonis de ojos miel.

***

Los últimos días de la semana fueron una locura. De las clases iba y venía corriendo para abrir al carpintero que se encargaba de montar su cocina, al fontanero que tenía que conectar la lavadora, o al electricista que debía instalar las luces led de los armarios. Angélica no le perdonó que no fuera a su clase de yoga.

—La necesitas para eliminar tensión. Ni se te ocurra decirme que no vienes. Te espero a las ocho y media en punto. ¡No faltes!

No pensaba contarle que ya había hecho lo que decía, precisamente con el causante de sus mayores quebraderos de cabeza.

Con la lengua fuera, e impuntual como siempre, llegó al lugar donde su prima impartía su clase. El montador no se había ido hasta las ocho bien pasadas, y ella había tenido el tiempo justo de coger su bolsa y salir de casa.

Colocó su esterilla en una esquina y se unió a la rutina que ya seguían el resto de los asistentes.

Le costó seguir la sesión. Sus músculos estaban agarrotados después de horas de estudio y trabajo. Su mente rememoraba la noche de pasión que había pasado con Alex, lo que le impedía concentrarse en las palabras de la monitora.

Si sus compañeros levantaban la pierna derecha, ella hacía lo mismo con el brazo izquierdo, ante las risas del resto de los alumnos cada vez que Angélica la reprendía por estar distraída.

—No arquees las dorsales, baja el mentón hacia el pecho, la espalda recta. ¡Ni

que fuera el primer día que vienes a yoga! Te voy a tener que pasar al grupo de principiantes, como sigas así.

Cuando se marcharon el resto de las alumnas, Nuria y Angélica se quedaron solas. Se dieron una ducha y, ya cambiadas, se fueron a tomar algo.

—Menuda clase me has dado, bonita.

—Te dije que era mejor que no viniera. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Unos ojos miel, una sonrisa canalla, unos brazos como columnas...

—No es eso —negó Nuria—. Son muchas cosas. El trabajo como traductora, las clases particulares, las obras, estudiar para la oposición. ¡Puff! No me da la vida para tanto.

—Ese es el motivo por el que debes seguir viniendo a mi clase. Aunque deberás hacer un esfuerzo por no distraerte —añadió la monitora con seriedad. La falta de concentración podía ser la responsable de que una postura no se hiciera como se debía y causara una lesión.

—Lo sé, lo siento. En la próxima sesión, no tendrás queja de mí.

—Eso espero. Venga, ¿nos tomamos otra?

—No puedo quedarme mucho, tengo que madrugar. Me dijo que a las nueve volvía el de la cocina.

—¿Pero ya termina todo mañana?

—Eso creo. Al menos, esa parte. En el baño faltan cosas. Según Alex, la semana que viene, quedará rematado.

—Bueno, pero tener la cocina te va a desahogar mucho al poder cocinar algo, si quieres, y no tener las habitaciones llenas con cajas de platos y vasos.

—Eso sí. Ya podré colocar muchas cosas este fin de semana.

—Iré a ayudarte y nos tomamos algo en esa mesa tuya.

—La he pintado de blanco y le he puesto un adhesivo con unas flores. Me ha quedado bien mona. Me va a dar pena usarla, le pondré un hule.

—¡Ni se te ocurra! La dejas descubierta. Usas mantelitos, o los pones solo en las comidas. ¿Ves?, me necesitas para colocar las cosas. Eres un desastre.

—Tienes razón. —Rio Nuria—. Ven mañana por la tarde; te prometo una cerveza y unas patatas fritas como recompensa por ayudarme.

—Casi mejor pedimos una pizza.

Las dos amigas se despidieron y Nuria volvió a su casa.

Al acostarse, a pesar de haber cambiado las sábanas, el olor de Alex permanecía en el colchón y en la almohada. Añorando los brazos que la habían abrazado hasta el amanecer, terminó por quedarse dormida.

***

El domingo recibió un mensaje de él para preguntarle si quería salir a correr esa mañana. Las dos copas de vino que había compartido con su prima, que roncaba de una forma muy poco femenina a su lado, la hicieron llegar a la conclusión de que no sería buena idea. Esa tarde tenía que seguir limpiando.

Con pesar le dijo que hasta el lunes no se verían. Cerró los ojos y volvió a quedarse dormida junto al oso roncador que estaba tendido a su lado.

Solo la llamada insistente de su madre para que fuera a comer la sacó de su letargo. Angélica se apuntó a la comida. La paella de los domingos de la madre de Nuria y la fuente de carne asada en su jugo que solía acompañarla eran famosas en la familia.

—¿Una noche dura? —preguntó Carlos al verlas llegar con la cara abotargada por el sueño.

—Es que estuvimos limpiando hasta tarde —le respondió a su progenitor después de darle un beso.

—Y probando la cocina —añadió Angélica al abrazar con cariño a su tía, que vigilaba el arroz.

—Pues me apunto al reestreno si el vino es el mismo.

—¡Papá! —exclamó Nuria, que se sonrojó al escucharlo.

—Para eso querías irte a vivir sola. Para poder correrte juergas con tu prima sin que te molestemos —la riñó su madre, que seguía sin aceptar que se había ido de casa de forma definitiva.

—No te preocupes, María, que aún le falta el baño. La semana que viene lo celebramos con una copita de ese vino de Málaga que te gusta tanto y con una torta del Casar.

Su prima era una lianta, así no iba a poder quedar con Alex. Claro que la culpa era suya por mantenerlo en secreto. Tendría que escaquearse como fuera.

—Y el miércoles podemos ir al cine —sugirió Angélica—. Hoy estoy muerta y, para digerir el homenaje gastronómico que nos vamos a dar, voy a necesitar una siesta.

¡La lista de planes seguía aumentado!

***

Al marcharse de la casa de sus padres, a media tarde, dieron un paseo antes de despedirse. Necesitaban sentir el aire fresco en el rostro y estirar las piernas.

Bajaron hasta el teatro y anfiteatro romanos y, luego, regresaron. Angélica seguía insistiendo en lo de ir al cine y ver alguna exposición.

—Tengo clases.

—Después de que las des.

—Terminaré tarde y, como a esa hora ya es de noche, lo único que me apetece es volver a casa, a mi sofá.

—¿Y qué vas a hacer a esas horas? Trabajar, ya no. Te vendrá bien despejarte un poco. Conversar con adultos...

—¡Vale! —exclamó Nuria y se paró en la acera. Se daba por vencida. O se lo contaba, o no la iba a dejar en paz—. No puedo quedar porque, quizás, quede con otra persona. He empezado a ver a alguien. Como el fin de semana no hemos podido salir, iremos juntos a ver una película el Día del Espectador.

—Lo sabía. —Rio la chispeante amiga de Nuria. Sospechaba que había algo que le ocultaba y había estado dándole la lata hasta que conseguir que confesara. O al menos eso esperaba que hiciera.

—¡¿Qué?!

—Tenías una maquinilla de afeitar usada en tu basura. Nos hicimos la depilación con láser en septiembre, porque nos hacían un descuento por hacerlo juntas. No necesitas nada así en tu aseo diario.

—Eres peor que mi vecina. Rebuscas en mi basura.

—No he caído tan bajo. Fui a tirar un papel y la vi. Además, en la base del bote del champú, había dos pelos castaños claros. Es imposible que sean tuyos. Tu cabello es negro.

—No sabía que tenía a la versión femenina de Sherlock Holmes como prima —protestó Nuria, sin poder disimular su disgusto por haber sido pillada.

—¿Quién es él? Te invito a una infusión en esa cafetería de ahí, y me lo cuentas todo.

Aceptó la sugerencia con alivio. Llevaba mucho tiempo guardándose sus sentimientos hacia Alex. Sería bueno tener a alguien con quien conversar, analizar cada detalle desde los más inverosímiles ángulos, e intercambiar confidencias. Aquella iba a ser una tarde muy larga.

Capítulo 14

Se había sentido como un adolescente, y no como un hombre maduro y responsable, al tener que esconderse en el baño. Su idea había sido irse a su casa a dormir y, así, poder cambiarse y darse una ducha, pero se había quedado dormido.

Tras un fogoso encuentro, que dejaba el listón muy alto para futuros envites amorosos, su cuerpo no había sido capaz de separarse de la suave y cálida piel de Nuria. El *piercing* lo había vuelto loco. El deseo había nublado su vista, y no había sido capaz de encontrar el otro secreto del cuerpo de ella.

Había sido bochornoso afeitarse con una maquinilla rosa, que apenas rasuraba su barba. Era una de esas típicas cuchillas femeninas, delicadas con la piel de las mujeres pero insuficientes para el vello facial masculino. Al final, había desistido. Lo dejaría para cuando pudiera irse a su casa.

A Luis tal vez lo hubiera engañado, pero a Gustavo le había bastado con echar un vistazo a su ropa y a la cara de circunstancias de la dueña del piso para hacerse una idea de la situación. No había dicho nada, algo que le agradecía en el alma; lo último que necesitaba eran risas y mofas a su costa.

Puesto que era imposible trabajar con la ropa que llevaba, se había ido a cambiar y, cuando hubo vuelto, había procurado mantener una fachada de normalidad. Había ayudado a los chicos a subir los muebles y los electrodomésticos, y a las dos se había despedido de Nuria con pena.

Durante unos días habían intercambiado mensajes, puesto que no había

motivo para que él fuera al lugar de la reforma; la obra estaba en manos del montador y del de la encimera. Al despertarse por la mañana, añoraba no tener que levantarse temprano para ir a casa de ella. El café no sabía igual solo en su cocina.

El domingo había querido salir a correr con ella, pero estaba con su inseparable prima Angélica. Debería contarle la verdad, como había hecho él con Jorge y con Marta, o no la dejaría en paz. Aunque, teniendo en cuenta que él no era sincero con Nuria respecto a su verdadero trabajo, no podía reclamarle a otra persona algo que no practicaba.

—Hoy no puedo con mi alma.

—Así no hay forma de descubrir el secreto de tu piel que no me dejaste ver —se quejó con pena. ¿Qué sería? ¿Otro piercing? O tal vez, un tatuaje.

—Estaba a la vista. Si no fuiste capaz de encontrarlo, es que estarías distraído con otras cosas.

El lunes acompañó al de los sanitarios y, así, pudo ver al objeto de sus desvelos. Ni siquiera había podido desfogarse saliendo cada mañana con sus zapatillas de *running*. La veía en cada mujer que se cruzaba en su camino, y el recuerdo de su precioso rostro le hacía perder la concentración.

Al llegar a La Isla, era incapaz de continuar y se daba media vuelta. Después de haber recorrido esos senderos con ella, le faltaba el aire sin su risa en los oídos.

No aguantaba más sin verla. Esa mañana le envió un mensaje por Whatsapp, a fin de informarle que a las ocho estaría en el piso, para esperar juntos a los de los sanitarios. Era una vulgar excusa, pero era un motivo tan bueno como cualquier otro, que justificaba su presencia en el piso.

Nuria:
¿A las ocho? ¿No a las siete?

Fue la rápida contestación de Nuria. No podía ponerle tono e intención al texto. Es el problema que hay con las aplicaciones de mensajería instantánea: no se sabe cuándo una persona brome o se toma algo mal. El receptor puede interpretar de forma errónea lo que lee y dar lugar a confusiones.

Alex:
No llegarán hasta las ocho y media. No hay que madrugar tanto.

Le iba a crecer la nariz como a Pinocho, por mentiroso. No obstante, algo le decía que ella intuía que lo de las siete había sido idea suya, y no una práctica habitual en las obras.

Nuria:
Tendré el café listo. Trae churritos.

Alex:
¡Cuenta con ellos! ¡A las ocho te veo!

«Salvo que tú quieras que vaya antes y volvamos a enredarnos en la cama», exclamó Alex para sus adentros. Eso era lo que de verdad querría haberle dicho.

***

Compró una docena de churros, tan crujientes y sabrosos como grasosos. Antes de llamar a la puerta de Nuria, el olor a café le dio la bienvenida.

—Hola, entra.

¿Qué hacía?, ¿la besaba? Habían pasado demasiados días desde que se habían acostado, y de repente una cierta vergüenza lo embargaba. La pasión ardiente que había pensado demostrarle en cuanto la viera se había esfumado. Ni siquiera era capaz de alargar la mano y acariciarle la cara, como se moría de ganas de hacer.

Como era habitual, ella fue la que tomó la decisión. Se puso de puntillas y posó, con increíble delicadeza, sus labios frescos y jugosos en los suyos. Fue un beso breve, pero más sensual que otros que había dado y recibido durante su vida. Estaba claro que, en ocasiones, un poco era mucho.

Una pequeña mano se enredó en la que no sostenía el desayuno y tiró de él hacia la cocina. Lo hizo sentarse en una silla pintada de blanco, con un mullido cojín azul turquesa.

Donde quiera que fijara su atención, se podía captar un detalle de la personalidad de la dueña de la casa. Ella y su prima habían hecho un gran trabajo

limpiando y colocando la comida y menaje en las alacenas y armarios; pero, sin duda, aquellas jarras decoradas con flores, en las que los cubiertos de cocina estaban esperando ser usados, eran un toque de Nuria. Las paredes blancas habían cobrado vida durante el fin de semana.

—Siéntate y quítate el abrigo. Tenemos media hora para bebernos el café, con las ricas cosas que traes mojadas en él —le dijo ella al mismo tiempo que movía la otra silla para situarla junto a la de él, desde su posición inicial, justo en frente.

Con indisimulada glotonería dieron buena cuenta de ellos, sin preocuparse por las calorías ni por la grasa que manchaba sus dedos. Al lado de su plato, la anfitriona había colocado un servilletero blanco, con unas coquetas servilletas de papel azules y blancas, a juego con la mesa y las sillas.

—¿Te gusta como ha quedado la cocina? —quiso saber Alex.

Cuando terminaba un proyecto, siempre se sentía como un niño ante un profesor, esperando la nota de un examen. Las largas horas de planificación, las eternas jornadas de reconstrucción terminaban siendo una realidad.

Al mostrarle a la persona que le había encargado la obra el resultado final, anhelaba ansioso esa palabra que determinaría si era de su agrado o no. Hasta la fecha, las caras habían sido de felicidad, pero aun así temía el día en que ocurriera lo contrario.

—Mucho. He tardado un montón en colocar las cosas en los armarios y no he quedado conforme aún. —Rio Nuria y llenó, con su risa, de música la cocina—. Las puse según pensé que las iba a usar y, con el transcurrir de las horas, las he ido cambiando.

—Es normal. Te llevará un tiempo hasta que «hagas tuya la cocina». Como no has vivido antes aquí, no tienes hábitos antiguos que debas desterrar. No irás al armario equivocado a por un plato.

—Angélica se desesperaba. Decía que daba igual donde pusiera la sal o el aceite, que ya los cogería de donde los tuviera, pero a mí no me da lo mismo. He procurado ubicar las cosas en las baldas que están cercanas al lugar donde las voy a utilizar. No necesito la sal al lado de la nevera; es junto a los fogones donde debe de estar.

—Tu prima terminará harta de ti. Encima que vino a ayudarte el sábado.

—La compensé con un poco de buen vino. De esa forma no protestó tanto cuando le puse una bayeta en una mano y unos guantes en la otra.

—Por como estabas el domingo, algo más que un poco de ribera tomasteis. Diría que, incluso, un par de botellas.

—No me lo recuerdes. ¡Qué dolor de cabeza! No vuelvo a beber. Solo agua y refrescos a partir de ahora.

—Mujer, era una inauguración. Esas cosas suelen pasar.

Quería hacerla reír. Una y otra vez. Era un sonido fresco y suave que alegraba su corazón. Estaba igual de bella —allí sentada con su chándal y con su cara lavada— que la noche en que habían salido a cenar, con su exquisito maquillaje y con su precioso vestido.

Tenía una belleza natural que resultaba tan deslumbrante como la de una modelo de las que poblaban las páginas de las revistas. La delicada forma con la que se retiraba un rebelde mechón de su deliciosa nariz era una muestra de su genuino encanto.

—Ha sonado el interfono —anunció Nuria con pena—. Se acabó el desayuno.

—Me temo que sí.

Había habido un pequeño contratiempo con el pedido, y los sanitarios habían llegado con una semana de retraso, pero ya estaban allí. Paco, el fontanero, también estaba esa mañana en el piso, para instalarlos y dar por terminada la reforma. Jorge o Marta se pasarían hacia el mediodía, con el fin de comprobar que todo estuviera como habían planificado.

Alex tenía que procurar no estar en el piso. Su hermano podía que se estuviera callado, pero su cuñada no tardaría en contarle la verdad a Nuria, algo que prefería hacer él cuando encontrara el momento oportuno. No sabía cuándo sería, pero lo haría.

***

Antes de irse, se acercó a la habitación donde ella estaba tecleando en el

ordenador. No había ninguno de sus compañeros cerca, y podían gozar de cierta intimidad. Quería proponerle tomar algo por la tarde. El desayuno le había sabido a poco. Anhelaba pasar más rato con ella.

—Al terminar tus clases, ¿podemos tomar una tapa o dos? Mañana no tienes que madrugar. No tendrás a ningún obrero llamando a tu puerta a las siete.

¿Fue un atisbo de tristeza lo que vio en los ojos de la bella mujer al decir la última frase? Suponía que para ella iba a ser un alivio no tenerlos por casa, pero quizás estaba equivocado.

—A algunos los voy a extrañar —respondió ella con inusitada vergüenza, antes de volcar su atención en una hoja que tenía delante.

Aquella afirmación aligeró su alma y lo hizo salir del edificio con el ánimo más recompuesto que cuando había llegado horas antes. Ella también sentía algo por él. No había sido un calentón pasajero.

A lo lejos divisó como Marta se acercaba hacia él. No lo había visto. Mejor. Con rápidas zancadas, se alejó antes de que se percatara de su presencia. A su hermano podían pasarle desapercibidos ciertos detalles, pero a ella no. Tenía un sexto sentido para descubrir lo que quería ocultarle. Desde su época de estudiantes, había sido imposible mentirla acerca de nada.

Sabía a dónde tenía que ir Nuria a dar Matemáticas al último alumno de aquella tarde otoñal. Una casa cerca de las antiguas termas romanas. Quedó allí con ella, a los pies de los restos de los envejecidos acueductos que habían suministrado agua a la ciudad de Mérida. A las ocho y cuarto, porque le había advertido que solía quedarse unos minutos hablando con la madre del chaval y nunca salía a la hora.

***

—Se interesa por la evolución del niño en su justa medida. No como otros padres que pasan hasta que llega la nota del examen, y te vienen con protestas. No entienden que una clase particular no puede sustituir el trabajo individual. Eso tiene que hacerlo cada estudiante por su cuenta —le comentó Nuria a la

buena mujer.

En seguida la vio. Con su mochila al hombro, llegó hasta donde él estaba, con paso ligero y sonriendo. El beso con el que se saludaron no tuvo nada de tímido. Fue ardiente, apasionado y demoledor.

—Diría que te alegras de verme —afirmó él, que la asió con fuerza por la cintura y la estrechó contra él.

—No tanto como tú a mí. ¡Presuntuoso! —exclamó ella con sus delgados brazos por su cuello.

Bajo el resplandor de la farola, vio chispas de luz en los ojos de Nuria. Reconoció en ellos el mismo deseo que en los suyos.

Cogidos de la mano caminaron hacia la zona del Museo de Arte Romano para tapear algo. Se cruzaron con varias parejas y, por primera vez, no sintió la envidia que en otras ocasiones había experimentado al ver lo que otros tenían y que él no había conseguido encontrar.

Había tenido un par de relaciones serias pero poco importantes. Con una compañera de estudios en la universidad, había salido de forma continuada durante dos años, hasta que se hubo dado cuenta de que no sentía nada por ella. Solo había querido emular lo que Jorge y Marta tenían.

Un poco después había llegado Nieves, una amiga de Marta, que aquella le había presentado en una cita a ciegas. Tenían gustos y aficiones similares. Se habían caído bien al instante. Sin embargo, lo suyo había durado un invierno. Al llegar el verano, cada uno había tomado caminos diferentes.

Aunque estaba bien con ella, había algo que faltaba en su relación. No sabía qué pero, a pesar de que en apariencia eran tal para cual, en la realidad, sus personalidades tenían aristas que no terminaban de encajar.

A sus treinta cinco años, su vida de soltero empezaba a resultar insípida, monótona y aburrida. Veía a sus hermanos felices con sus parejas y sus hijos. ¿Cómo sería tener uno? Un pequeñín que te hiciera olvidar del trabajo, con el que volver a descubrir el mundo.

Sus dos sobrinos de cinco y tres años eran adorables. Le encantaba estar con ellos y que le contaran sus historias, jugar tirados en la alfombra o dar saltos en un parque. Sus interminables parloteos y sus sonrisas inocentes eran lo mejor y

más puro del mundo.

Su cuñada Marta bromeaba con él diciéndole que «la niña» de la familia era responsabilidad suya.

> *—Tienes que darte prisa, así crecerán los tres juntos. Estás tardando.*
> *—También podrías ser tú quien le diera una hermanita a David.*

¿Sería Nuria la elegida por su corazón para ser su compañera en la vida? El tiempo lo diría.

Capítulo 15

¡Su primer viaje juntos como pareja! No sé lo podía creer. Todo había surgido por un comentario inocente a raíz de las pequeñas vacaciones que sus padres iban a realizar a primeros de diciembre, que coincidía con el puente de la inmaculada.

Se iban a ir a Gijón. Su madre siempre fantaseaba con la idea de ver el mar Cantábrico. Decía que era la única costa que le faltaba por conocer de España. Y su padre había decidido que aquel era un buen momento para cumplir su sueño.

—Llevan más de treinta años casados y siguen con la misma ilusión que el primer día. Claro que tienen sus discusiones, pero la forma en que se miran, sin necesidad de palabras, es envidiable —le explicó Nuria a Alex.

—Los míos murieron hace años en un accidente de coche.

—¡Lo siento mucho!

—Yo tenía veinte años. Mis hermanos han cuidado de mí con celo protector toda mi vida. Se preocuparon de que siguiera estudiando la carrera y no dejara mis estudios. Con decirte que la primera vez que llegué a casa borracho, tras una fiesta universitaria algo desmadrada, Pedro, el mayor, me obligó a estar limpiando los baños durante un mes... El mediano es más cómplice, pero igual de exigente conmigo.

—¿Cómo se llama?

—Jo... Joaquín.

Y entonces surgió la idea. Ella no tendría clases esos días, por ser vacaciones

escolares, y Alex tampoco tenía que trabajar. Podían imitar a sus progenitores e irse juntos a algún lugar.

A ambos les atraía el sur, así que la elección fue fácil: Granada. Eran apenas cuatro horas y media. Saliendo pronto el viernes, día 6, y volviendo el 9 por la tarde, tendrían tiempo para visitar la ciudad y callejear por sus laberínticas calles.

—Lo que no conseguiremos ya son entradas para la Alhambra. La gente las suele coger con un mes de anticipación. —Se lamentó ella mientras veía fotos en el móvil del precioso lugar.

—Vamos a intentarlo —dijo Alex, que entró con su teléfono en la web donde se podían adquirir los pases.

Nuria se rio de la imagen que daban. Cada uno centrado en su pantalla, sin conversar entre ellos. Como esas típicas imágenes tan críticas de amigos o familia reunidos sin hablar.

Al mirarlo inclinado sobre el ordenador, se fijó con atención en su rostro. No se había dado cuenta de lo largas que eran sus pestañas. Muchas chicas desearían tenerlas así y no tener que verse obligadas a recurrir al consabido rímel o a unas postizas. Hacían, incluso, sombra sobre sus mejillas.

Su nariz tenía un perfil perfecto que acentuaba sus rasgos de dios griego y sus sensuales labios. El pelo suelto, algo habitual cuando quedaban, y era obvio que le resultaba incómodo para estar leyendo en la pantalla. Nervioso, se lo llevaba hacia atrás de modo inconsciente.

Esa noche, lucía un jersey de cuello alto verde oscuro, que se amoldaba a sus trabajados músculos como si fuera una segunda piel. A Nuria le parecía que había desarrollado alguno más desde que lo conocía. Esperaba tener ocasión de acariciarlos de nuevo.

Una pequeña sombra surcó su mente, como si fuera la voz de Pepito Grillo, recordándole que todavía no conocía la casa del capataz de obra. Siempre iban a la suya. Alegaba que estaba lejos o que estaba desordenada, o cualquier otra excusa.

Cuando se lo había comentado a su prima, le había dicho en broma: «Mira que si está casado...».

Estaba segura de que en eso no la engañaba, pero no entendía sus recelos para no dejarla ver su piso. No podía ser más antiguo que el suyo. Quizás fuera cierto que lo tenía poco presentable. O podía que, incluso, aún viviera con alguno de sus hermanos y no se atrevía a decírselo.

—¡Tenemos suerte! Aunque nos tocará madrugar. Quedan dos. En realidad, tres, pero solo necesitamos las nuestras. A las ocho de la mañana, el día 8 de diciembre. ¿Qué te parece?

—Tendré que comprarme un abrigo nuevo. Tengo entendido que, en esa ciudad andaluza, hace mucho frío al caer la noche. A esas horas del día tan tempranas, no creo que sea muy diferente.

—Entonces, decidido. Nos vamos a Granada.

—Nos falta el alojamiento.

—Eso se soluciona fácil —afirmó Alex—. Mira, ¿qué te parece esta pensión a veinte minutos del centro histórico? Está bien de precio. Tendremos que caminar un poco si no queremos mover el coche. Prefiero dejarlo aparcado y utilizar el transporte público. Si no conozco una ciudad, callejear se me hace complicado.

—No importa. Me gusta andar. Reserva, que nos quedamos sin lugar donde dormir.

—¡Listo! Ya lo tenemos todo. ¡Nos vamos a Granada!

***

En la víspera de su viaje, desesperada, intentó guardar toda la ropa que quería llevarse en su maleta, pero era demasiado pequeña. Había sacado y vuelto a colocar los jerséis de mil maneras diferentes, y había llegado siempre a la misma conclusión. No podía meterlos todos por mucho que los doblara y los desdoblara.

Su prima había acudido al rescate con una maleta más grande que la suya.

—Si me acuerdo de que no tienes ascensor, no te la traigo —aseguró Angélica, al entrar en el piso de Nuria, resoplando tras el esfuerzo de acarrearla cinco tramos de escalera.

—Pues piensa que mañana tendré que bajarla llena; eso te servirá de consuelo.

—Más vale que tengas cuidado o la bajarás rodando, que nos conocemos.

—¡Me has dado una idea! ¿Es resistente? Si la tiro y dejo que ruede por los escalones hasta el portal, ¿se romperá?

—¡Ni se te ocurra!

—Solo bromeaba. —Rio Nuria ante el gesto de enfado de su prima—. Venga, ayúdame. No sé qué llevarme ni qué dejar.

Angélica se tomó muy en serio su papel de asesora de moda, desechó la mitad de los artículos que Nuria quería llevarse y los cambió por otros tantos. Algunos más elegantes que los que ella pretendía guardar en su maleta en un primer momento.

—Eso no me lo voy a poner. Vamos de excursión. No se trata de ir peripuesta a visitar el Albaicín.

—Claro que sí. Vas con tu chico, no conmigo. Seguro que quieres tener algo mejor que ese jersey azul dado de sí, que ya te he dicho dos veces que los tires, para salir a cenar con él.

—Cuando lleguemos al hotel, será para dormir. Estaremos todo el día fuera. Te aseguro que haré igual que cuando tú y yo nos vamos por ahí. No voy a regresar a la habitación para empingorotarme, con idea de cenar un par de raciones en la barra de un bar. Necesito ropa cómoda, que no se estropee y que al volver pueda ir derecha a la lavadora. El vestido azul se queda en el armario.

—Lo vas a lamentar si no lo llevas.

—Y el camisón de seda déjalo en el cajón.

—Con «esto» no puedes dormir —aseguró su prima con el ceño fruncido, mientras sujetaba con las manos dos prendas: un pantalón rosa tan amoroso que parecía de peluche y una camiseta de manga larga con una mariposa de colores estampada.

—Ya sabes que soy friolera —alegó Nuria, que se lo quitó y lo guardó en la maleta. Lo hizo rápido para que no descubriera la sudadera gris con capucha y estrellas rosas que hacía juego con las prendas. Se conocía y sabía que, al regresar por la noche, cansada del todo día, le apetecería ponerse ropa confortable y calentita. Aunque con Alex podría encontrar otra forma de quitarse

el frío.

—Te estás ruborizando. Creo que te has dado cuenta de que tendrás a alguien a tu lado que no dejará que te destemples.

No quiso echar más leña al fuego con el que alimentar los comentarios provocadores y festivos de su amiga. Tenía que reconocer que, sin su ayuda y —sobre todo— sin su maleta, no hubiera sido capaz de dejar el equipaje organizado antes de irse a dormir.

Con un sincero abrazo y un par de besos, Angélica se marchó sobre las doce.

—Quiero que me mandes mensajes todos los días y me cuentes.

—Ya te haré un resumen cuando regresemos.

—No, quiero información actualizada. De los monumentos de piedra y de los otros. Si son tan resistentes como parecen.

—Por supuesto, cuenta con ello —le prometió Nuria sabiendo que no cumpliría su promesa. Le mandaría un mensaje al llegar a Granada, y otro cuando estuvieran de vuelta. Con eso tendría que bastar. Y desde luego, nada de darle detalles de sus escarceos de alcoba con Alex.

***

Se tomó una infusión relajante, sabiendo que le iba a costar dormir, pero fue inútil. Aunque Nuria se acostó con la mejor de las voluntades, era incapaz de conciliar el sueño.

A las dos sacó su libro electrónico y leyó un poco. Luego, jugó con el móvil al último juego que se había descargado. No sería hasta cerca de las tres cuando los párpados por fin le pesaron lo suficiente como para abandonarse a los brazos de Morfeo.

A las ocho abrió los ojos. Había tomado la precaución de, además del despertador, activar la alarma del móvil e, incluso, otra más en la *tablet*. Ese día no iba a llegar tarde. Se había asegurado configurando su teléfono para que, media hora después, volviera a sonar, por si se había entretenido demasiado en el baño. Y una tercera vez, cinco minutos antes de las nueve, cuando habían

quedado en que él la recogería.

Sin embargo, no había contado con el peso de la maleta. Con esfuerzo consiguió llegar a la cuarta planta. Por amor propio terminó sentada en el descansillo del tercero, sudando y resoplando bajo el grueso abrigo que llevaba.

La tentación de lanzarla de un empujón por las escaleras, tal y como había bromeado con Angélica, era grande. Se contuvo. Había que aceptar la derrota como un buen soldado.

Extrajo el pequeño dispositivo de su bolso y pulsó la tecla de llamada. Solo había una persona que podía ayudarla.

—¿Alex?

—No me digas nada. Tengo que esperarte en el coche media hora porque no estás lista.

—¡Lo estoy! —exclamó con el orgullo herido, pero ahogándose las palabras mordaces que pugnaban por ser pronunciadas por su boca. Inspiró e expiró para relajarse, como su prima le enseñaba a hacer en sus clases de yoga, y con voz dulce le pidió que subiera a ayudarla—. Tengo un problemilla sin importancia con el equipaje.

—¿Qué te pasa?

—Que pesa más que yo, y no puedo moverlo ni un centímetro más.

—Vale, voy a ayudarte. Pero no tengo llave del portal y no veo que salga y entre nadie. Tendrás que bajar a abrirme.

Apoyándose en la dichosa maleta, Nuria se puso de pie y descendió los tramos de escalera que la separaban del portal.

Un sonriente Alex la aguardaba tras la puerta de hierro y cristal. Se fundieron en un beso en el que sus lenguas se exploraron con avidez. Sin poder evitarlo, su cuerpo se apoyó en el de él, y deslizó sus brazos por la cintura del hombre.

—Cariño, será mejor que paremos o no nos iremos a Granada nunca —dijo él poniendo un poco de cordura en su sentidos ofuscados—. ¿Dónde has dejado el equipaje?

—En el tercer piso.

—Subo a por él. Entra en el coche. Está abierto y allí estarás más caliente.

«Lo estoy», pensó ella e hizo lo que Alex le había sugerido.

El vehículo olía muy bien. En una esquina del salpicadero, encontró un pequeño perfumador con aroma a Dama de la noche, su preferido. Tenía la casa llena de ambientadores con esa fragancia. Le resultó entrañable que él se hubiera fijado en un detalle tan insignificante. Era el que usaba su madre en casa, y ella había seguido la costumbre tanto en Cáceres como en Mérida.

—¿Qué llevas en esa maleta? ¿Sabes que son cuatro días, de los que la mitad estaremos de viaje? No vas a tener tiempo para ponerte tanta ropa.

—El pijama y los jerséis abultan mucho. En verano se puede viajar más ligero.

Nuria sonrió. Por el retrovisor lo había visto vaciar el maletero para ubicar su equipaje y luego como, si estuviera haciendo un puzle, recolocar de nuevo lo que había antes. Desesperado, había tenido que dejar una bolsa azul en el suelo del asiento de atrás porque, si no, no podía cerrar la puerta.

—A mí no me mires. Mi prima me la ha prestado. Ella me ha ayudado a hacerla. No es mi culpa si en Granada hace frío y necesito llevar varios jerséis.

—Medio armario, diría yo —masculló entre dientes Alex, en la creencia de que ella no los oía.

—Lo esencial.

No dijo nada más para no echar leña al fuego. Se abrochó el cinturón y, al encender el motor, Alex se percató de que tenía puestas las noticias.

—¿Qué tipo de música te gusta? —preguntó él tras bajar el sonido—. En la guantera tengo un estuche con varios CD. Elige uno.

Con curiosidad, sacó el álbum y pasó las hojas de plástico donde los discos metálicos estaban guardados. Era un clásico roquero: AC/DC, Bruce Springsteen, Metallica. Cuando vio la caratula del álbum *Crush*, del 2000, sabía que había encontrado la banda sonora perfecta para el viaje.

—¿Qué has elegido?

—Ahora lo verás.

En el instante en que la voz de Bon Jovi, gritando «It’s my life», inundó el vehículo, los dos se pusieron a corear la canción en un tono que iba aumentando gradualmente.

Nuria saltaba del asiento mientras Alex tenía que hacer esfuerzos para no

imitarla. Podían notar como los conductores de los coches con los que se cruzaban se quedaban mirándolos. Eran dos locos fanes dando lo mejor de sí mismos, como si estuvieran en un concierto en directo.

—¡¡¡Es brutal!!! —exclamó ella emocionada.

—Hace años los vi actuar en Filadelfia. Estaba allí, en un curso de posgrado, y no pude resistir la tentación. Fui con mis dos compañeros de piso.

—¿Posgrado? ¿Qué estudiaste? ¿A qué universidad fuiste?

Estaba sorprendida. Hasta ese instante creía que había cursado diferentes módulos de formación profesional, pero desconocía que había estudiado un grado universitario.

—¿Universidad? No, no. Fue al terminar la FP[3]. Un curso becado por una empresa de materiales de construcción. Seis meses allí, adquiriendo conocimientos, y luego otros seis meses en una de sus plantas en España, poniéndolos en práctica.

Había algo que no cuadraba en su respuesta. Incluso, había cierto nerviosismo en ella. Prefirió no darle más vueltas, ya se lo contaría cuando quisiera. Sin embargo, igual que con lo de no querer que conociera su casa, era otra espinita clavada en un rincón de su mente. Aunque no las viera, de tan diminutas que eran, sabía que estaban ahí.

***

El trayecto no se les hizo largo, entretenidos con las canciones y la charla. No conocían el camino, pero el navegador del coche de Alex los iba guiando, hasta que entraron en la ciudad de Granada.

El asistente para la conducción insistía en que habían llegado a su destino, si bien no veían por ninguna parte el nombre del hotel.

—No puede ser. Aquí falla algo.

—Espera. Lo miraré en el móvil —dijo Nuria al abrir una aplicación en su pantalla—. Es la calle pero, según el Google Maps, estamos al principio y nuestro hotel está al final.

Encontraron un sitio perfecto donde dejar estacionado el vehículo: una placita en frente del que sería su hospedaje durante su estancia. Subieron a su habitación deseosos de ir a conocer la ciudad.

Cuando el dueño del hotel los dejó solos, miraron desolados a su alrededor. Por internet las fotos les habían hecho pensar que su alojamiento sería de más nivel. Sin embargo, la realidad era otra.

En la pared, en el lugar donde se enclavaba el radiador, había un buen desconchón.

—Como salga algún bicho por ahí, me da algo —aseguró ella con una mezcla de asco y pavor.

—¡Que no, mujer! Yo dormiré de ese lado, no te preocupes.

El armario no tenía picaporte, el baño estaba más anticuado y desastroso que el que Nuria había hecho arreglar. Un rollo de papel higiénico casi terminado colgaba de su soporte.

—¿No hay más? ¿Qué vamos a hacer? ¿Ir robando por las cafeterías?

—En la balda de las toallas, hay uno entero. Tenemos suficiente —le respondió Alex al tiempo que se lo mostraba.

Al hacerlo, Nuria vio que la felpa con la que se suponía que debían secarse estaba arguellada y llena de unas manchas oscuras de origen sospechoso. Si las hubieran metido en lejía o en algún otro blanqueador, tendrían mejor aspecto.

Se alegró de llevar una limpia en la maleta. Era una costumbre que le había inculcado su madre y que siempre cumplía. No era del mismo tejido que las del hotel, era de microfibra, abultaba poco y la había sacado de más de un apuro.

Alex pasó a su lado y se fue directo a la cama. De un manotazo retiró la colcha y las sábanas quedaron a la vista.

—¿Eso es un pelo? —inquirió ella con un hilo de voz—. Pediremos otras.

—Estarán por el estilo. Seguro que las han lavado. Es que están viejas. El pelo se le habrá caído al hacer la cama.

—Busquemos otro hotel. Debe haber una habitación libre en alguna parte. Aunque cueste el doble.

—Nuria, cariño, es 6 de diciembre; está todo lleno. Desde las habitaciones más caras de un hotel cinco estrellas hasta las más baratas compartidas de un

albergue.

—Creo que he visto un chino abierto, según veníamos con el coche.

—¿Para qué lo necesitas? En Granada, hay tiendas mucho más bonitas por el centro.

—A esas iremos luego. Ahora tenemos que comprar otras cosas.

Estaba en lo cierto. En la siguiente manzana de edificios, en un local diminuto, una china, con su hijo pequeño de unos ocho años, aguardaba tras el mostrador a que llegara algún cliente. Allí pudieron comprar un juego de cama de un tejido más fino que la coralina. No eran bonitas, pero estaban limpias.

—¿Tiene toallas?

—Hoy no, mañana.

Tendrían que arreglárselas con la suya hasta que al día siguiente, que era laborable, encontraran algún almacén que vendiera ropa de hogar.

Regresaron a la habitación para dejar puestas las sábanas antes de irse a dar una vuelta y cenar.

—Por lo que veo, eres tan exigente con los demás como conmigo y la reforma —afirmó Alex tras robarle un beso mientras aguardaban a que pasara un microbús rojo, en una estrecha calle peatonal a los pies de la Alhambra.

Solo podían circular, por esas laberínticas arterias, los taxis y los transportes públicos acreditados. Sin embargo, la gran afluencia de turistas y paseantes hacía imposible caminar sin tener que pegarse a la pared cada pocos metros. Por ese aspecto Nuria no pensaba emitir ni una sola queja, puesto que cada parada implicaba ser besada de forma suave y sensual.

—Es un establecimiento que recibe huéspedes, debe guardar ciertos niveles mínimos de higiene. Nos lanzamos a reservar por las fotos y no contrastamos reseñas por internet.

—Ese tipo de cosas no son muy imparciales. Dejar un comentario anónimo en una web es sencillo. Aunque es cierto que, si hay una mayoría de opiniones en un sentido u otro, será por algo.

—En este caso, son negativas. Lo miré hace un rato. Debí hacerlo antes de reservar. Lo cierto es que no mencionan la limpieza, se quejan más del ruido. No sé de noche pero, cuando dejamos la maleta, no me pareció que fuera algo

destacable.

—No le des más vueltas y disfruta del viaje. Ya lo hemos solucionado. No podemos hacer más, así que no te comas la cabeza.

Él podía decir lo que quisiera, pero ella no se metía en esa ducha bajo ningún concepto. Allí dentro podrían pillar lo que no tenían.

Capítulo 16

Estaba en la gloria. Abrazado al suave y dulce cuerpo de Nuria. Entreabrió los ojos para comprobar que la luz se filtraba por las rendijas de la persiana. Era de día. Según sus cálculos, no mucho más de las ocho, pero bajo ningún concepto iba a sacar un brazo de debajo de las sábanas. Quería prolongar ese instante el mayor tiempo posible. Si por él fuera, pasaría allí el puente entero.

Después del sexo estaban sudorosos y debían darse una ducha. Incluso, cambiar las sábanas. Tendrían que comprar otras. Estaba seguro de que la habitación estaba más vieja que sucia y de que lo que ocurría era que las toallas y la ropa de cama eran tan antiguas como el hotel. ¡Ese sitio sí que necesitaba una buena reforma!

—Buenos días.

Era la voz de Nuria. Sonaba adormilada. Tenía su bello rostro recostado en su pecho. Con sus labios acarició el oscuro pelo de ella, con un dulce gesto.

—Buenos días, cariño.

—No quiero levantarme, aquí estoy calentita.

—Aunque me encantaría asegurarme de que fuera así durante el resto del día, te recuerdo que tenemos contratada una visita guiada a la ciudad a las once. Antes tenemos que darnos una ducha y desayunar en alguna cafería.

¡Que no insistiera mucho en quedarse retozando, o él sería el primero en pasar de la visita guiada!

—Eso implica meterse en esa bañera cochambrosa —protestó ella.

—La limpiaré, antes de que nos metamos, y usaremos tu toalla. En cuanto a las sábanas...

—Son de fibra. Las lavamos y las dejamos colgadas en la ducha y en el radiador, dándoles una buena limpiadita antes. A la noche estarán secas.

Alex arrugó el gesto al oír la sugerencia de ella, pero pensándolo bien dudaba que nadie fuera a entrar en la habitación —aparte de ellos— durante los tres días que iban a estar hospedados. Tanto daba como dejaran la ropa.

—Oigo tus pensamientos, señor capataz. No van a limpiar, estoy segura. Y si ven la ropa tendida, a lo mejor, pillan la indirecta.

No tardaron ni diez minutos en ducharse. En otras condiciones hubieran hecho algo más que lavarse el cuerpo bajo el agua, uno a otro, pero ninguno deseaba permanecer en el chorro demasiado ni dentro de aquella bañera llena de desconchones negros. La porcelana, en otro tiempo blanca, lucía amarillenta y resquebrajada en varios sitios.

—¿La llave?

—Dijeron que podíamos hacer con ella lo que quisiéramos. Voto por llevárnosla.

De modo que Alex se guardó el dado de madera, con un número tallado en una de sus caras, del que pendía la pieza de metal, en el bolsillo.

***

Desayunaron en una cafetería de camino hacia el lugar donde debían reunirse con su guía y el resto de las personas que harían la visita con ellos. Eran unos veinte turistas. La mayoría, españoles, salvo por una familia alemana con sus dos hijos; los cuatro, rubios, de piel rojiza y ojos azules. Aunque los padres parecían entender algo de español, los niños corrían alrededor de ellos, ajenos a las explicaciones.

Alex siempre había deseado visitar Granada y estudiar el testimonio en piedra de las diversas culturas que habían dado vida a sus calles. Tendría que ser comedido en sus comentarios y no dejarse llevar por su profesión de arquitecto a

la hora de analizar las edificaciones.

Cuando había hablado de Filadelfia, había estado a punto de meter la pata. Debería haber aprovechado el momento y haberle contado la verdad. Estaba tardando en hacerlo y las mentiras se iban acumulando; la última, decir que su hermano se llamaba Joaquín, en lugar de Jorge. Como decía su madre, cuando eran pequeños: «Para ser mentiroso, hay que ser memorioso».

El guía resultó ser un chico belga —rubio de ojos azules— que, tras permanecer asentado en la ciudad cinco años, hablaba un castellano casi perfecto. Los condujo, por el barrio del Albaicín y el Sacromonte, hasta uno de sus famosos miradores, desde el que contemplaron la Alhambra por primera vez a la luz del día. No eran el único grupo. De forma continua, tenían que esperar que algún otro guía se llevara a su particular rebaño para poder ocupar ellos su puesto.

Él tenía doble ocupación. Por una lado, escuchar las explicaciones que les daban de lo que veían y buscar, en las fachadas de los templos, los detalles que le permitían corroborar lo que había estudiado durante sus años escolares y, después, en la universidad.

Por otra, observar la cara de duende de Nuria, que miraba a su alrededor con fascinación. Por la felicidad que irradiaban sus facciones, era evidente que estaba disfrutando del viaje a pesar de lo penoso de su alojamiento.

—Pidámosle a esa chica que nos haga una foto —sugirió ella mientras agitaba el móvil complacida.

¡Su primera foto juntos! Alex había captado la imagen de Nuria de forma fugaz y sibilina, al fingir tomar una instantánea de la catedral. Luego, había repetido el gesto dos veces más. Ni siquiera se habían hecho un selfi en todo el tiempo que llevaban saliendo. De modo que se dispusieron a posar, sonrientes y abrazados, ante su ocasional fotógrafa.

—¡Gracias! —dijo Nuria a la chica—. Luego, me la pasas —añadió mirándola risueña.

Era una imagen perfecta. Sus rostros, uno al lado del otro, sonriendo al objetivo de la cámara, con la bella Alhambra detrás. Parecía que una luz los envolviera. Jóvenes, ilusionados, sin preocupaciones. Guarecidos de frío con

bufandas, gorros y guantes. Sin duda sería un precioso fondo de escritorio para su ordenador.

Al finalizar el recorrido guiado, de la mano, caminaron hacia el centro. Querían comer en algún restaurante. Alex sabía que terminarían tomando berenjenas con miel, puesto que a ella le encantaban. Desde la noche anterior, que las habían probado por primera vez, Nuria se había vuelto adicta a ellas.

—Es verdura. Esto no engorda. Y las habitas con jamón y el salmorejo tampoco —afirmó ella con picardía, mientras saboreaba el plato que la camarera les había puesto delante.

—¿Y la ración de pescadito frito que hemos pedido de segundo?

—Eso son puras proteínas. Con tanta cuesta y sin dejar de caminar, las grasas y las calorías las bajamos en un momento. ¡Uy, mira qué tarta!

Era incorregible. Para ella, terminar una comida sin un rico postre era algo impensable. En aquella ocasión, su elección había sido una delicia de zanahoria y queso, por aquello de seguir tomando verduras.

Al regresar de visitar otro de los miradores de la ciudad, volvieron a perderse, pero no les importó. ¡Qué más daba donde se encontraran! Estaban uno al lado del otro, y lo demás daba igual. Por la callejuela por la que se metieran, descubrirían algo bonito que merecía la pena ser observado.

***

Eran casi las doce de la noche cuando regresaron a su hotel. Como habían imaginado, nadie había entrado en su habitación. Sus pertenencias, incluidas las sábanas, estaban tal y como las habían dejado.

Alex, galante, le cedió el baño a Nuria. Cuando ocupó su lugar, pensó en los momentos de pasión que vivirían en breve. No tendrían nada que envidiar a los cuentos de las mil y una noches. Se dio prisa, estaba deseando volver a su lado.

Sin embargo, en lugar de encontrar a una seductora y preciosa mujer que hacía que una anodina ropa de cama fuera sexy, se topó con una bella durmiente, hecha un ovillo. El cansancio había podido con ella. Él notaba las agujetas en sus

piernas agarrotadas, que clamaban por estar en alto.

Con sigilo, ocupó el espacio que quedaba libre y la rodeó con sus brazos. Al cabo de unos minutos, eran dos las personas que soñaban con antiguos reinos árabes.

***

Gracias a que había tenido la precaución de dejar puesta la alarma del móvil, se despertaron a las siete.

—¿No me irás a decir que ya tenemos que levantarnos?

—Me temo que sí, marmotilla. Deberías estar acostumbrada a levantarte a estas horas, tras las semanas de la reforma.

—Pero, entonces, no habría estado caminado durante horas el día anterior.

—Eso es verdad. —Rio él.

—Me quedé dormida mientras estabas en el baño. Lo siento —se disculpó Nuria compungida.

—No pasa nada. Esta noche nos resarciremos, pero ahora hay que levantarse.

Una ducha rápida con la que librarse de los velos de Morfeo, y en menos de media hora estaban en la puerta del hotel.

—De desayunar nada, ¿verdad? —se quejó ella con pena, mientras corrían de la mano por las calles de Granada.

—Me temo que el café tendrá que ser de máquina. Eso si encontramos una por el camino. Hay que pillar un microbús de esos que suben hasta la Alhambra, o no llegamos.

Con otro grupo de turistas tan dormidos como ellos y con la misma cara de frío, entraron los primeros, el día ocho, en los palacios nazarís. Alex portaba una cámara de fotos, además de su teléfono móvil. Quería llevarse consigo una instantánea de cada rincón y de cada detalle de la yesería.

—Quizás, tienes demasiados «juguetes» y pocas manos para usarlos todos —le dijo Nuria riendo al ver como hacía malabares para usar la audioguía que habían cogido a la entrada, a la vez que inmortalizaba el momento. Era otro

móvil, con una aplicación instalada, con la que podían ir recorriendo las diferentes zonas del recinto árabe.

A través de unos cascos, dos voces, una femenina y otra masculina, se iban alternando para proporcionarles las explicaciones oportunas.

—Querer es poder —replicó él sin darse por vencido. Se colgó al cuello la cámara, el móvil lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón, y el otro dispositivo se lo enganchó en el cinturón.

—¿Ves? Soy hábil con las manos.

—Anda, vamos a empezar la visita.

Lo que ella no sabía es que él, además de la Alhambra, estaba capturando imágenes suyas en las más diversas situaciones. Agachada, atándose una bota; mirando algo en una pantalla; de puntillas y con la nariz pegada a una pared, admirando una bóveda. En cualquier postura y gesto.

El arquitecto solo iba a enseñarle alguna de ellas, no quería que lo tomara por un pervertido o un mirón. Simplemente, es que era preciosa y su cara lograba eclipsar la majestuosidad del entorno.

—¿No decían que se veía en tres horas? —se quejó el objeto de sus desvelos, sentada en un banco, comiendo una palmera que habían comprado en una máquina expendedora.

Acababa de robarle un beso en los labios, que le había sabido a chocolate y caramelo. Se habían tenido que contentar con aquella frugal muestra de cariño para no escandalizar al público familiar que los rodeaba.

Entre bocado y bocado, su nariz exhalaba un fino vapor. Aquella mañana estaba helando, aunque no lo parecía a tenor del barullo de gente que los acompañaba. Habían hecho un alto en el recorrido a fin de reponer fuerzas y poder continuar.

Unos atrevidos pajaritos llenaban sus barriguitas con las migas que caían de los bocadillos de los visitantes. A pesar de haber empezado pronto, no terminarían su itinerario hasta bien pasada la hora de la comida. Salvo un dulce y un café en una de las pastelerías del centro, no tendrían ocasión de ingerir nada caliente hasta la cena.

—Podríamos quedarnos un rato más aquí. ¿No te apetece probar otra tarta? —

sugirió Alex a Nuria, con la secreta esperanza de prolongar un poco más el descanso.

—No seas quejica. No hemos venido hasta aquí para sentarnos a descansar. Nos hubiéramos quedado en Mérida.

El cansancio y las horas en que caminaron hacían que sus piernas le pesaran el doble cuando debía dar un paso. Contagiado por el entusiasmo de su acompañante, dedicaron los últimos minutos de la tarde a conocer el interior de la catedral de Granada.

Con la puesta del sol, el suave calor que había confortado sus cuerpos desapareció, volvió a reinar el frío y a bajar una tenue niebla que calaba sus ropas.

—¿Unas tapitas? —preguntó su acompañante tiritando.

—Sí —contestó él tras colocarle con mimo el gorro de lana con un gigantesco pompón con el que Nuria se protegía la cabeza—. Pero de berenjenas con miel, nada. Quiero algo más contundente. Una hamburguesa gigante, una pizza familiar, un filete de ternera...

—Vale, lo pillo —aseguró ella con su alegre risa que pendía de sus palabras —. Quieres carne. Las verduras, de guarnición.

—¿Seguro? Porque no solo estoy hablando de la cena. Hay otro tipo de carne que también quiero saborear esta noche.

Cada célula de su ser y, en especial, las que formaban parte de su baja anatomía clamaban deseo. Estaban agotados, pero esa noche no podría dormir sin sumergirse entre las piernas de ella y acariciar su suave piel, libre de tantas capas de tela.

La guapa mujer se ruborizó al captar el significado oculto en su afirmación.

—Entonces, más vale que te nutras bien o no tendrás fuerzas para realizar tus propósitos.

¿Se estaba riendo de él? Era una pilluela disfrazada de profesora seria y responsable. Esa combinación era excitante y sexy.

—No fui yo el que se quedó dormido antes de tiempo.

—Tardaste mucho —aseguró con cara de culpabilidad.

Sabía que ella lo deseaba tanto como él y que el sueño, aunque reparador,

había frustrado sus planes. Esa noche no tenía intención de dejar que volviera a pasar. En cuanto pusieran un pie en la habitación, iba a comenzar a besarla y a acariciarla sin parar. No daría ocasión a que Morfeo se la llevara a la cama antes que él.

Encontraron un coqueto restaurante italiano en el que compartir una pizza y una ensalada, además de una ración de pan de ajo y aceite. Estaban famélicos. Habían subsistido durante horas a base de dulces y bocadillos envasados, repletos de aditivos y conservantes, que saciaban durante unos breves momentos, pero que después dejaban con igual o más hambre.

La carbonara que habían pedido se deshacía en la boca. El queso fundido estaba en el adecuado punto de suntuosidad. La masa, fina y deliciosa. Servida recién salida del horno, sin estar demasiado caliente como para que se quemaran al tomar una porción, pero con el suficiente calor para que la base estuviera crujiente. Su golosa compañera fue incapaz de decir que no a un tiramisú casero, coronado con virutas de chocolate.

***

De la mano regresaron al hotel. Tardaron más de lo necesario porque en cada esquina se paraban para besarse y abrazarse. Alex no veía el momento de estar sin ropa, amándose en la intimidad de su cama.

—Hoy ni se te ocurra dormirte —le advirtió a Nuria mientras la arrinconaba contra una esquina del ascensor y la besaba con ardor.

—Me he tomado tres cafés esta tarde. Tengo tanta cafeína en el cuerpo que no podré conciliar el sueño en una semana.

—Ya me encargaré de que te canses —replicó él.

Estaban en su habitación y se quitaron las prendas de abrigo con deseo y anhelo. Se prodigaron caricias, besos y lametones sin parar, durante unos minutos, hasta que Nuria lo detuvo.

—Necesito ir al baño. Me mantendré despierta, pero la dichosa bebida tiene otros efectos.

—No tardes.

—Dentro de un minuto estoy de vuelta.

Dejando a Alex con la miel en los labios, corrió hacia el aseo. Con las sábanas limpias, la cama era hasta confortable. El colchón era firme y la almohada, mullida. Pensó que apoyar la cabeza unos segundos, mientras ella volvía, sería una buena idea.

Capítulo 17

Al ver el reflejo de su rostro en el espejo, Nuria se dio cuenta de que tenía la cara como la de un mapache. El rímel y las sombras se habían corrido y enmarcado sus ojos con un círculo oscuro.

¡Estaba horrible! ¿Cómo podía resultar atractiva a Alex? ¿Por qué no le había dicho nada de la pinta que llevaba? Habían pasado más de doce horas desde que se había maquillado, y solo quedaban unos restos de cosméticos esparcidos por sus mejillas.

Había dejado su neceser en una repisa, al lado del lavabo. Sacó unos discos de desmaquillar, con su botecito de agua micelar, y se quitó los restos de maquillaje. ¡Eso era otra cosa! Ya que estaba, se dio una crema para el contorno y otra para nutrir la piel. La notaba algo seca y tirante por el efecto del aire gélido y cortante que los había acompañado el día entero.

Decidió esperar un poco, antes de salir, para que se absorbieran los productos y no ir al encuentro de su chico con la cara brillante. Se miró las uñas. En las puntas, el esmalte había desaparecido y blanqueaba. Solo tardaba un minuto en secarse su laca. Era una pena no aprovechar el tiempo y no retocárselas.

Sin darse cuenta, el minuto se había convertido en veinte. Complacida con su aspecto, se echó unas gotas de perfume y salió del baño con andares seductores.

En cuanto puso un pie fuera del baño, lo escuchó. Un suave ronquido, acompasado con la inspiración y espiración de sus pulmones que hacía subir su pecho. Alex se había quedado dormido vestido solo con unos calzoncillos. Tenía

la manta enrollada en la cintura.

Con cuidado para no despertarlo, tiró de las sábanas para cubrirlo y se acostó cerca de él. Estaba visto que, en ese viaje, lo de tener sexo estaba difícil.

***

Ese lunes no tenían prisa por levantarse. Con estar listos a las doce para hacer entrega de la llave y pagar al dueño del hotel, suficiente.

Llevaba un rato observándolo dormir. Con un dedo había retirado un mechón de pelo que se le metía en las fosas nasales y le hacía hacer gestos de forma inconsciente.

En la habitación de al lado, se oía como una pareja recogía sus pertenencias y hablaba de su vuelta a casa. Por lo que podía escuchar, eran de Salamanca. Regresaban en tren y debían cambiar de estación en Madrid. Estarían de viaje todo el día.

Nuria sonrió pensando en que ellos tenían la suerte de haber ido en coche y la vuelta no sería tan pesada.

—Buenos días, dormilón —le dijo a Alex cuando le vio abrir los ojos y mirarla somnoliento.

—Buenos días. Me quedé dormido —balbuceó él de forma adorablemente vergonzosa—. No era mi intención, lo prometo. Quería descansar la cabeza un poco, nada más.

—Lo mismo que me pasó a mí la otra noche. Esas cosas pasan. El cansancio y el sueño son una mala combinación.

—Lo sé, pero es una pena desaprovechar estas noches juntos.

—Tendrás que resarcirme.

Nuria no le dio ocasión de responder. Se colocó encima de él y comenzó a mover las caderas sobre parte de la anatomía de Alex, que aún no se había despertado.

La respuesta fue rápida y contundente. Él pasó de estar dormido a estar bien despierto en cuestión de un segundo. Por fin había descubierto el tatuaje de la

nalga derecha de ella: una preciosa brujita sentada en una medialuna, con tres estrellas sobre la punta de arriba. Y para complacencia de ella, no dejaba de acariciarlo y besarlo.

Después del envite amoroso y lujurioso, exhaustos se derrumbaron sobre la colcha y allí se hubieran quedado todo el día si no hubieran tenido la obligación de abandonar su habitación y sus estómagos no hubieran rugido clamando comida.

***

A las doce en punto, salieron del hostal. Hasta que no llegara a su casa y lavara el contenido entero de su maleta, no se sentiría limpia.

¡Qué asco! Se había dado una ducha para quitarse el sudor del sexo, pero estaba segura de que podía haber pillado cualquier enfermedad con el agua que salía de esa alcachofa.

—Sigo diciendo que deberíamos haberles dicho algo a los del hotel.

—No tiene caso, Nuria.

—Voy a ponerles una crítica negativa en Booking y en Trivago.

—No te mortifiques más. Tendremos más cuidado la próxima vez que reservemos una habitación.

¿La próxima vez? Eso quería decir que él quería volver a viajar con ella, que tenían una relación que avanzaba paso a paso. Ese año los Reyes Magos habían venido a casa de Nuria con un mes de adelanto.

Desayunaron en la cafetería que se había convertido en parada obligada cada mañana de su estancia en Granada. Las tostadas de pan con mantequilla y mermelada eran una delicia. La de jamón y tomate, que había probado Alex el último día, tampoco estaba nada mal.

—¿A dónde decías que querías ir ahora, cariño? —preguntó él con la boca llena y con un gracioso bigote de tomate en el labio superior.

—A la Cartuja —respondió ella, que le quitó con un dedo los restos de comida —. Una amiga me ha dicho que es una preciosidad. Se sitúa por la zona

universitaria. Está considerado bien de interés cultural y monumento histórico-artístico.

—En realidad, es el Real Monasterio de Nuestra Señora de la Asunción de la Cartuja. Fue el hogar de una comunidad de monjes cartujos hasta la exclaustración en 1835. Con el navegador daremos con ella; no está lejos de aquí.

—¡Genial! Terminemos el desayuno y vayamos a verla.

La recomendación fue buena. Por fuera el edificio era austero, de portada cuidada y limpia. Con un mosaico a los pies de su fachada, reverdecido por el musgo y la hierba. En el interior, el claustrillo era una sombra de lo que había sido el claustro principal.

Entre sus arcos estaba la entrada a las diversas estancias. Las primeras eran de líneas rectas, con paredes claras decoradas con cuadros grandes. Sin embargo, al llegar a las últimas, la iglesia y la sacristía, el exceso se apoderó de cada rincón. No podían fijar su vista en ningún punto que no estuviera recubierto con exuberantes volutas.

En esa ocasión no fue solo Alex el que hizo fotos. Nuria sacó su móvil y se dejó llevar por el ansia de atrapar con su objetivo el esplendor que la rodeaba. Nunca había contemplado una conjunción tal de pinturas, tallas y maderas en una sin par sinfonía de colores.

Estaban admirando unas puertas de taracea granadina cuando un hombre, al que acompañaban su mujer y sus tres niños se acercó a ellos.

—¡Alejandro! ¿Eres tú? ¡No me lo puedo creer! ¿Cuánto ha pasado? ¿Diez años? ¡Estás igual!

—Por lo menos. Quizás, alguno más —respondió Alex, que se dejó abrazar por el extraño.

Por encima del hombro de aquel, le dirigió a Nuria una mirada de pesar que ella no entendió. ¿Por qué estaba su chico tan incómodo? ¿No era de su agrado «su amigo»? Parecía que se saludaban con sincero afecto, pero algo no iba como debía.

—Nuria, este es Alonso, un compañero de estudios.

Por fin los había presentado. El otro hombre hizo lo propio con su familia.

Intercambiaron educadas palabras hasta que escuchó algo que no tenía sentido.

—¡Qué tiempos los de la universidad! Cuando el profesor de dibujo arquitectónico de primero nos repetía sin descanso: «Hasta que no vayáis a la Alhambra, no sabréis lo que es un jardín trazado con magia. No son un montón de árboles puestos aquí y allá para que haga bonito; deben adornar, dar sombra y cobijo sin estorbar a la vista».

—¿Arquitectura? —preguntó en voz baja, mirando al que creía un capataz de obra culto e interesante.

—Seis años fuimos compañeros —respondió el tal Alonso por él—. En la carrera y en el máster posterior en Filadelfia. Incluso, hicimos juntos las prácticas en un estudio de un importante arquitecto de Sevilla. Yo me quedé en la ciudad, pero Alejandro tenía otros planes. ¿Qué tal tu hermano Jorge? Hasta a la ciudad hispalense han llegado noticias de vuestra empresa. Enhorabuena, es una de las mejores. La gente habla muy bien de vosotros.

—Marta también tiene su mérito —intervino ella para confirmar sus sospechas de que los interioristas que se habían encargado de su reforma eran los mismos de los que hablaban. Algo le decía que no había ningún Joaquín. Era una mentira de Alex para ocultar la falsedad de sus palabras.

—Por supuesto, pero tu novio es el jefe. Sin él no sería nada posible. Han recibido varios premios por sus proyectos; importantes estudios de arquitectura lo han tentado para que se uniera a ellos, y él los ha rechazado uno por uno.

Tras unos minutos más de conversación en los que el arquitecto no era consciente de la caja de pandora que sus declaraciones habían abierto, se despidieron prometiendo verse cuando visitaran sus respectivos lugares de origen.

—Yo... —balbuceó Alex cuando se quedaron solos.

—¡Tú! Me mentiste. Eres el dueño de la empresa. Me has dejado creer, todo este tiempo, que trabajabas a las órdenes de Jorge y Marta, y es al contrario.

—Ellos trabajaban conmigo, no para mí. Es diferente —puntualizó él intentando mitigar el efecto que las revelaciones habían tenido en ella.

Nuria había seguido el camino que el amigo de Alex y su familia habían tomado y, tras dejar el audioguía en la entrada, a un atónito guarda de seguridad,

había salido al exterior.

Necesitaba que el aire frío de la mañana granadina le diera en el rostro. Desde el atrio de la Cartuja, se tenía una admirable vista de la ciudad que ninguno de los dos era capaz de apreciar en esos momentos.

—No me vengas con tecnicismos, que te tiro por la barandilla y mañana salimos en las noticias —le dijo ella, que se giró para mirarlo a los ojos.

—Aquel día en que empezaron las obras, no tenía que haber sido yo el que se encargara de ellas. El que debía ser el capataz estaba enfermo y no pudo ir. Mi hermano y mi cuñada me suplicaron que fuera yo en su lugar. Al conocerte —continuó el hombre al que hasta ese instante había considerado incapaz de mentirle— me resultaste un poco soberbia y prepotente. No quise que los chicos tuvieran que lidiar con alguien así solos, así que decidí quedarme al cargo.

—¡Tendrás caradura! Ahora dirás que me mentiste por mi culpa. Fuisteis vosotros los que llegasteis tarde y refunfuñando por los cinco pisos de escalera. Ya sabíais que no había ascensor. Antes no lo había en ningún sitio y se hacían obras igual. Sois unos sibaritas. En los tiempos de las pirámides y de la construcción de las catedrales, eso no pasaba.

—No, bueno, al principio sí que quise «fastidiarte» por nuestro primer encuentro, pero luego comenzaron nuestras conversaciones al amanecer en tu cocina. Fui conociendo cómo eras en realidad, y para ti yo era simplemente Alex. No quise estropearlo.

—¿Jorge y Marta estaban de acuerdo? ¿Os habéis reído los tres de mí todo este tiempo? Menuda diversión engañar a la «bruja» de las obras.

—Ellos hicieron lo que yo les pedí. Es más: han insistido varias veces en que te lo contara. Fui yo el que les rogaba silencio. Marta, incluso, se ha enfadado conmigo por no decírtelo antes.

Nuria sintió un temblor detrás de sus ojos; las lágrimas llenaban sus párpados y amenazaban con verterse. Una de ellas se deslizó solitaria por su mejilla hasta su barbilla. No dejó que ninguna más siguiera el mismo camino. De un manotazo se las secó.

—Cariño, perdóname —rogó Alex. La miraba con ojos tiernos. Antes de aquella mañana, hubiera bastado un segundo para ablandarla y que lo perdonara.

Pero aquel día no. La traición era demasiado dolorosa.

—No me vuelvas a llamar así. Ya no soy tu «cariño». Saca mi maleta de tu coche; volveré por mi cuenta.

—De ninguna manera. Sabes que no hay trenes ni autobuses que vayan hasta Mérida. Además, estamos en las afueras de Granada. Hasta la estación hay un buen trecho. No puedes ir cargando con ese maletón.

—Tiene ruedas. Para regresar a casa, puedo buscar un BlaBlaCar —aseguró ella, ajena a las miradas furtivas que el resto de los visitantes les dedicaban al verlos discutir.

—¿Y viajar con un desconocido? —preguntó él asombrado.

—Lo que eres tú para mí —le respondió ella sin dudar. Había dormido con un extraño. No sabía quién era aquel hombre que tenía delante de ella. De lo que estaba segura era de que no quería estar ni un segundo más a su lado—. Al menos, del conductor podré leer opiniones de gente que lo ha conocido en persona, y no me han ocultado la verdad, como han hecho tu hermano y su mujer.

La joven no se dejó convencer por las súplicas y ruegos de Alex. De pie, con la maleta entre sus piernas y con una mochila a su espalda, vio como se alejaba el coche y, con él, sus sueños de amor.

Había sido un cuento de hadas en el que el príncipe había resultado ser una rana al llegar a la página de la palabra *fin*. Ella se había dejado seducir por sus caricias y sus besos. ¡Había sido una tonta!

Los interioristas, los albañiles y el resto de los operarios habían sabido quién era Alex durante aquellas semanas, y ninguno la había sacado de su engaño. Tenía que haber escuchado a su instinto cuando, el primer día de las obras, el capataz de ojos miel le había caído mal.

No volvería a escuchar a su corazón ni a enamorarse como una ingenua. Todos los hombres eran unos miserables. Ninguno se salvaba. Bueno, uno sí: su padre, que era un bendito varón. El resto merecía lo peor.

Buscó en la aplicación de su móvil y encontró a una chica que volvía a Mérida tras pasar el puente con sus amigas en Granada. Le quedaba un sitio en su vehículo, y las calificaciones de otros ocasionales acompañantes eran buenas.

Le mandó un mensaje y, una hora más tarde, sentada en el asiento de atrás —escuchando de fondo las voces del resto—, veía los campos pasar a su lado, tan vacíos como ella se sentía.

Capítulo 18

La alegría de la Navidad llegó a las calles de la ciudad, pero no al corazón de Alex. Sentado en su mesa de dibujo, era incapaz de concentrarse en nada que no fuera el rostro de Nuria, conteniendo las lágrimas al dejarla en aquella acera.

No sabía cómo había sido capaz de regresar a Mérida sin tener un accidente. Su mente se había quedado en Granada, al lado de ella, muy lejos del coche que conducía. En concreto, en unos ojos que lo observaban con desilusión.

Una y mil veces había maldecido aquel inesperado encuentro con Alonso, su antiguo compañero. Habían sido amigos inseparables durante años. Juntos habían preparado exámenes, asistido a clases y soñado con convertirse en afamados arquitectos. Cuando sus destinos se habían separado, al elegir cada uno una ciudad, sus vidas se habían distanciado, hasta el punto de dejar de llamarse.

Salvo los típicos mensajes navideños. Esos que inundaban la galería de su móvil de videos, que nunca abriría, y de postales, que reenviaba a modo de contestación carente de sentimientos.

Podían haber coincidido en cualquier otro momento, pero había tenido que ser con Nuria de su mano. La pila de mentiras que había elaborado tan cuidadosamente se había derrumbado como un castillo de naipes. Por un erróneo sentimiento de orgullo, le había ocultado quién era en un principio y, al final, él había sido quien había pagado las consecuencias de ello.

Unos insistentes golpes en la puerta de su piso lo sacaron de sus negativos y

asfixiantes pensamientos.

—Hola, cuñado —lo saludó Marta, que pasó por su lado con lo que parecía ser un árbol de Navidad, seguida por Jorge, con tres cajas gigantescas en brazos que ocultaban su rostro.

—¿Y esto? —preguntó mientras se acariciaba la barba, que se había dejado crecer. Aquel nuevo detalle aportaba a su faz un tinte de dureza que nunca había mostrado hasta entonces.

—Hemos pensado que tu piso es el más grande de los tres. Y que esa mesa de comedor, que tienes llena de papeles, es perfecta para celebrar la cena de Nochebuena en ella.

—¡Ni hablar! —gritó enfadado. No tenía ganas de fiestas ni de cenas ni de comidas. No iba a salir de casa esos días. Quería estar solo y rumiar su pena en la intimidad de su hogar.

—A mí no me grites, que no me asustan tus voces. Puesto que has decidido refugiarte en tu cueva como un ermitaño, vamos a venir a llenártela de adornos y de gente. Estamos a veintidós, tenemos mucho que hacer.

—He dicho que no.

—Hermanito, déjalo. Pedro viene con Luisa y los niños dentro de un rato. Se han ido al cine los cuatro.

—¡¿Qué?!

Adoraba a David y a Mateo —sus dos sobrinos—, pero la idea de verlos rebosando de vida y de dulce, correteando por su casa, lo aterraba. No estaba de humor ni tenía ganas de soportar algo así. Sin embargo, se dio cuenta de que ya era tarde para eso.

Marta había dado las lámparas de toda la casa y empujaba, con ayuda de Jorge, un sofá para dejar sitio al árbol. De las cajas de cartón, comenzaron a salir bolas de cristal, espumillón y luces que fueron siendo colocados en cada una de las superficies de sus muebles. Un buen soldado debía de ser capaz de saber cuándo había sido vencido y admitir su derrota.

Su familia saqueó su nevera y su despensa, y organizaron una improvisada merienda-cena con unas pizzas que pidieron por teléfono. Los niños y él fueron los encargados de colocar el belén de plastilina que ese año habían hecho en el

colegio en una mesa al lado de la puerta de entrada al piso. Era el lugar donde solía poner a cargar su móvil y dejaba sus llaves.

Resignado, quitó el cargador del enchufe y los adornos, y se los llevó a su habitación.

—Tío Alex, ¿*venes*? —le pidió el pequeño David desde la puerta, con su lengua de trapo, llevando en sus bracitos un inmenso pliego de cartulina azul que iban a usar como cielo.

—Claro.

A regañadientes soltó el móvil. En cada ocasión que lo tenía en sus manos, se quedaba unos segundos mirando la foto de Nuria que había puesto de fondo de pantalla. Con la yema de sus dedos acariciaba, una y otra vez, su cara. Era desolador. El frío del cristal era lo más opuesto a la calidez de su rostro.

—Ya nos vamos —le dijo la mujer de su hermano mayor, Luisa, que le dio un cariñoso beso al llegar el momento de irse a casa—. No conocí a Nuria pero, por lo que dicen Jorge y Marta, no deberías darte por vencido. Si la conquistaste una vez con mentiras, puedes volver a hacerlo con la verdad. Se enamoró de ti te llamaras como te llamaras, o fueras quien fueras.

—Creo que ya es demasiado tarde.

—Convierte los «Y si le hubiera dicho...» y los «Y si hubiera hecho...» en realidad, o nunca dejarás de lamentarte.

—Eres muy sabia —bromeó él y la abrazó.

—Por eso me casé con ella —afirmó Pedro, que le dio una palmada en la espalda, al mismo tiempo que acunaba a su pequeño dormido en su otro brazo.

Alex se giro y miró su salón. Habían convertido su casa en el decorado de una película navideña. A los adornos que había traído en cajas su hermano mediano se habían unido los que había llevado el mayor en otras. Era como una foto de un anuncio de unos grandes almacenes.

Suspiró resignado. No quería convertirse en Mr. Scrooge y ver pasar ante él los fantasmas de las Navidades pasadas.

Iba a ser, de nuevo, el único de la familia soltero y sin pareja. Siempre se hacía el firme propósito de remediarlo para el año siguiente, pero nunca lograba su propósito. Ni con la novia de sus tiempos en la universidad ni con Nieves, la

amiga de Marta con la que había salido unos meses.

Creía haberse enamorado de ellas, pero el paso de las semanas le había hecho ver su error. Sin embargo, con Nuria había sido distinto. Pensaba que no había amor entre ellos, que solo eran dos amigos que se divertían. En realidad, había estado tan ciego que no había sabido interpretar sus sentimientos y tampoco los de la bella mujer de pelo negro.

Su vista se fijó en la estrella que coronaba el árbol. Era de cristal, con un toque de purpurina dorada. Desde que tenía uso de razón, ese adorno había brillado desde el lugar donde hubieran colocado el abeto. De pequeño, en el salón de la casa de sus padres, y una vez muertos aquellos, en donde quisiera que Pedro decidiera que se reunirían en Navidad.

Incluso, cuando habían cenado con los suegros de sus hermanos, se habían llevado la estrella con ellos e insistido en ponerla hasta coronando un cactus. Como en su segundo curso de la universidad, sin un céntimo en el bolsillo y compartiendo unas hamburguesas los tres hermanos Laguna.

Había sido de su madre y, antes, de su abuela. De alguna manera, tenerla junto a ellos mientras cenaban era una forma de sentir que sus padres estaban a su lado. Estaba seguro de que había sido idea de Luisa y de Marta llevarla hasta su casa. Querían tocar su corazón de una manera simple y directa. Y lo habían logrado. Cuando aquellas dos se aliaban, estaban perdidos.

***

Consultó su reloj. Eran las nueve y media. ¿Estaría en su casa? No perdía nada por intentarlo. Se puso la cazadora que había dejado tirada en el sofá, el día anterior, y fue hasta el edificio donde vivía Nuria.

Levantó su mano hasta el interfono, pero se detuvo. No iba a querer hablar con él; quizás, ni siquiera estuviera allí. Una pareja a la que reconoció como unos vecinos del tercero, por sus visitas durante la obra, le abrieron el portal al llegar cuando estaba pensando en irse. Lo interpretó como una señal y no lo dudó. Los siguió escaleras arriba.

Ante la puerta de Nuria, se armó de valor y llamó al timbre. Creyó oír algún tipo de ruido procedente del interior, pero se había equivocado. No se escuchaba nada. Ni siquiera el volumen de alguna televisión o de los altavoces del ordenador que, con frecuencia, tenía encendidos la dueña del piso y que conectaba con *bluetooth* para poder escucharlo en todas las habitaciones.

Esperó un poco, pero desistió y volvió a bajar la escalera, cabizbajo.

En la calle, desde la acera de en frente, buscó en la ventana una luz que le dijera que ella estaba dentro, pero no había ninguna. Debía de estar con su prima. Quizás, pudiese llegar a Nuria a través de Angélica.

***

A la mañana siguiente, poco después de las diez, estaba caminando impaciente, en círculos, en el vestíbulo del lugar donde la monitora de yoga daba sus clases.

Un grupo de mujeres que salían de una sesión de pilates le dedicaron miradas elocuentes y sonrisas seductoras. En otras ocasiones, otro Alex, dispuesto a pasar un buen rato y tener un poco de sexo esporádico sin complicaciones, hubiera aceptado alguna de aquellas invitaciones silenciosas. El hombre, que inquieto leía sin leer y observaba sin ver lo que lo rodeaba, solo tenía un objetivo en su mente: recuperar al duende que había perdido.

Cuando la prima de ella lo vio, hubiera jurado que sus ojos verdes eran los de un dragón que se disponía a echar fuego por la boca y abrasarlo antes de que pudiera decir una sola palabra. Con el pelo castaño recogido en un moño alto del que escapaban varios rizos, se encaminó hacia él sin dudarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó enfadada.

—Me he dado cuenta de mi error y...

—Errores.

—Sí, bueno, cometí varios. Quiero enmendarlos —afirmó él, seguro de lo que decía y mirando a la monitora con arrepentimiento—. Ayer fui a casa de Nuria y no me abrió. Estaría contigo, supongo. La he llamando y enviado mensajes. No me responde.

—Eso es porque te ha bloqueado. No quiere saber nada de ti. Le mentiste con tu trabajo, con tu nombre e incluso con el de tu hermano. Os habéis debido de reír los tres a su costa con ganas.

—¡No! Te prometo que no ha sido así. Yo, y nadie más que yo, fui el culpable de todo. Mi cuñada se enfadó conmigo, por no decírselo a Nuria, y ahora sigue molesta porque no soy capaz de hacer que tu prima me perdone. Quiero hablar con ella para lograrlo.

—¿Y qué más te da que lo haga? Fue un rollo sin importancia. No erais otra cosa que amigos. Por como aletean las pestañas de algunas de mis alumnas al verte, no te costará encontrar a otra que caliente tu cama.

—¡Eso no es lo que deseo! —exclamó en voz alta, sin importarle quien pudiera escucharlo.

—¿Qué has venido a buscar aquí? —quiso saber Angélica en el mismo tono de voz que él, sin amilanarse.

—Tu ayuda —respondió Alex casi susurrando—. Quiero recuperarla.

—¿Por qué? —inquirió entrecerrando los ojos de forma suspicaz. Había hecho daño a su prima.

La tarde que había regresado de Granada y la había llamado llorando, con gemidos desgarradores, se había dado un susto de muerte. Había corrido a casa de ella y dejado a los amigos con los que estaba con la boca abierta.

Cuando había sabido lo ocurrido, había prometido a Nuria que le haría pagar a Alex cada una de sus lágrimas. En ese instante, que lo tenía delante, no se lo iba a poner tan fácil.

—Porque la quiero.

Un coro de «Ahs» y «Ohs» salpimentados con suspiros se escuchó a su alrededor. No estaban tan solos como pensaban. Diversos alumnos e, incluso, algún monitor permanecían rezagados en el vestíbulo, fingiendo leer con atención los avisos de un papel de corcho. En realidad, se habían quedado atrapados por fragmentos de la conversación que mantenían ellos dos.

—¡Qué bonito! —exclamó una mujer.

—¡Está enamorado! —dijo otra.

—Yo también lo estaría. ¡Está que cruje el tío! —añadió una tercera.

—¿De quién hablan? —quiso saber la primera.

—De Nurita, mujer —respondió la segunda.

—¡Basta! ¿No tienes una clase que dar? —le preguntó Angélica a uno de sus compañeros que había leído el mismo cartel cuatro veces—. Y vosotras, cotorras, a los vestuarios a cambiaros. Como sigáis ahí paradas, mañana os voy a dar una sesión que os vais a enterar. Ni las pestañas vais a poder mover luego.

***

Al cabo de un par de minutos de frenética actividad, se quedaron solos. Alex no podía más con sus nervios. Las dos tazas de café que había tomado para darse ánimo no habían sido una buena idea. Con la adrenalina disparada y con la cafeína que fluía por sus venas, necesitaba irse a correr en seguida, o le iba a dar algo. Tenía que quemar energía.

—De acuerdo, te ayudaré.

Alex dejó salir el aire que había estado conteniendo, de forma audible, ante la afirmación de la prima de Nuria. No se había percatado de que tenía sus músculos en tensión hasta que notó como se relajaban de golpe. Estaba seguro de que había estado sin respirar más de lo debido.

—Lo hago porque ella está igual que tú. Los dos parecéis almas en pena que vagan por el mundo. Tú no debiste mentirle y ella no debió enfadarse tanto. Tiene un poco de carácter.

—Ya me he dado cuenta —replicó Alex al recordar cómo su primer encuentro y el mal talante de ella habían motivado sus ganas de venganza y haberle hecho creer que las obras debían empezar a las siete, en lugar de a las ocho.

—Ahora debería molestarme. —Rio Angélica—. Y decirte que no te ayudo, pero no eres el único que ha sufrido sus gruñidos más de una vez. Con el tiempo aprendes que es fachada. En realidad, es una buena persona llena de nobleza.

—Lo sé. La echo mucho de menos. Quiero que hablemos y que me perdone. Retomar nuestra relación donde lo dejamos. Esta vez sin engaños ni mentiras. Recuperar estas semanas que hemos perdido de estar juntos.

—Lo malo, que mañana es Nochebuena y tenemos reuniones familiares y comidas con primos que nos van a tener ocupadas.

—Puedo aparecer por casualidad.

—Sería buena idea si fueran en restaurantes, pero serán en casas particulares o en locales alquilados para la ocasión.

—¿Y qué puedo hacer? No voy a estar sin hacer nada hasta enero.

—¡Ya sé! En la carrera del veintinueve.

—¿La San Silvestre? —quiso saber Alex con interés. Él iba a participar. No le extrañaría que Nuria también lo hiciera.

—Creo que tú sueles apuntarte —comentó ella. El hombre corroboró lo que decía agitando de forma afirmativa la cabeza—. Bien. En el centro vamos a ir unos cuantos juntos. Iremos igual vestidos, medio disfrazados.

—Entiendo lo que dices. He visto grupos así otros años.

—Nuria vendrá con nosotros. Si de manera ocasional te pones a nuestra altura, coincidiréis.

—Me extraña que solo vaya para divertirse —dijo Alex. Ese tipo de participantes acudían a la marcha con afán festivo y no competitivo—. No te ofendas, es genial que lo hagáis. Pero a ella y a mí nos gusta correr de verdad.

—¿Y quién te ha dicho que nosotros no vamos a competir?

Alex escuchó asombrado como, entre una docena de individuos y una quincena de personas, habían planeado ponerse unas mallas negras, con un tutú rosa, y correr en la carrera con la que se despedía el año de un modo alegre.

Lo hacían para concienciar sobre el cáncer de mama. Por un lado, para recordar a la gente que se debía hacer revisiones periódicas, tanto hombres como mujeres; por otro, pedir ayudas para la investigación de nuevos fármacos más efectivos y con menos efectos secundarios.

—Nuestra idea es pasárnoslo bien. Nuria estará con nosotras en el momento de la salida, pero después se pondrá en «modo competitivo». El resto hará lo que pueda.

—¿Y eso significa?

—Lo que dice mi tío, el padre de tu futura novia: «En el autobús de San Fernando, un ratito a pie, y otro ratito andando».

—De acuerdo. Podemos quedar en un sito de la zona de salida, y me uno a vosotros como si tal cosa.

—No es tan sencillo, amigo. Necesitas el vestuario adecuado.

—¿Y cómo puedo conseguir un tutú como el vuestro?

—Estás de suerte; los vendemos aquí. Lo que recaudamos es para la AECC[4] de Mérida.

Alex siguió a Angélica hasta una especie de almacén para todo, en el que había aparatos de gimnasia en sus cajas, esterillas y ventiladores.

En una mesa, apilados en una llamativa pila de volantes rosas, estaban las peculiares falditas. Vio que en un cartel ponía que eran quince euros, pero la mano extendida de la joven y su ceja levantada le hicieron comprender que, en su caso, sería algo más. En concreto, los cincuenta y tres con cuarenta y dos céntimos que llevaba en el bolsillo.

Salió de allí con el ánimo renovado. Había sido buena idea ir a ver a la prima de Nuria. Tenía una oportunidad de recuperar a la mujer de sus sueños y no la iba a desaprovechar.

***

La Nochebuena y la Navidad transcurrieron sin incidentes, salvo por una mesa rota —que, de todas formas, no le gustaba demasiado— que sus sobrinos habían utilizado de trampolín improvisado hasta que sus padres los descubrieron.

Sus hermanos trajeron la mayor parte de los platos que iban a degustar ya cocinados; él solo se encargó de preparar el solomillo de cerdo que, según sus cuñadas, nadie hacía como él.

Suponía que era una vulgar excusa para librarse de cocinar. Sin embargo, era una actividad que le gustaba y no le desagradaba en absoluto, así que no le importó pasarse la tarde del veinticuatro entre fogones.

Más largos se le hicieron los tres días que restaban hasta el de la carrera. Si permanecía quieto, su mente se llenaba de imágenes de Nuria. Sonriendo, hablando, comiendo, besando y entre sus brazos, después de hacer el amor. Sabía

que había caído bajo cuando había comprado, en una droguería, el gel que ella solía utilizar. Solo tenía que abrir el tapón, y su esencia lo envolvía como un manto cálido.

Procuró mantenerse ocupado. Por las mañanas, trabajaba un rato en un proyecto para una casa, en las afueras, de unos clientes que habían contratado sus servicios en otras ocasiones.

Por las tardes, quedaba con sus amigos o sus hermanos. Una de ellas se llevó a los dos niños a ver una película de dibujos animados que no quería perderse porque Nuria le había hablado de ella, y le daba vergüenza ir solo.

—¿Estás seguro de querer ir con los dos críos al cine? —preguntó asombrada Marta al responder a la llamada de Alex, para invitar a David.

—Les compraré palomitas y sentaré uno a cada lado mío. Está todo controlado.

—Por tu bien, no les des demasiada azúcar —le aconsejó su otra cuñada, Luisa, cuando fue a recoger a Mateo, que lo aguardaba emocionado en la puerta de su casa—. Son como pequeños Gremlins[5]: se transforman y se vuelven seres peligrosos.

—No será para tanto.

Durante la primera mitad de la sesión cinematográfica, estuvieron tranquilos, comiendo sin descanso de sus paquetes de palomitas.

David, a sus cinco años, estaba inmerso en la historia que les estaban contando y permanecía absorto en la pantalla. Su otro sobrino, a sus tres años, se cansaba de tanta inactividad. Para que se mantuviera tranquilo y no molestara al resto de los espectadores, lo sentó en su regazo y le dejó su móvil, que cubrió con su abrigo para que la luz no brillara demasiado.

Al poco sintió como su cuerpecito se relajaba y como apoyaba la cabeza contra su hombro. Se había quedado dormido. Alex apagó el móvil y siguió atento las evoluciones de los personajes animados que poblaban la pantalla grande.

Al terminar la proyección, como si hubiera estado esperando justo ese momento, Mateo abrió los ojos dispuesto a jugar con David.

—Tío Alex, tengo hambre —dijo el pequeño sabandija.

—Y yo —aseguró su cómplice.

—Vuestras madres me van a matar pero, venga, vamos a comer unas hamburguesas y unos refrescos —afirmó el hombre.

Luego, los llevaría a casa y que sus hermanos lidiaran con ellos.

Cuando regresó a su piso, sonreía contento. Había pasado una buena tarde y, al día siguiente, vería a Nuria. Ningún año había esperado la San Silvestre con tanta ilusión como en ese.

Capítulo 19

Nuria se miró en el espejo una vez más. La faldita rosa daba un toque gracioso a las mallas negras que llevaba debajo. No le molestaba para correr. Además, disimulaba sus caderas y esa barriguita que la cena de Nochebuena y la comida de Navidad le habían dejado como recuerdo. No había podido resistirse a los ricos platos que su madre había preparado ni a los dulces que su padre había comprado. Si lo pensaba bien, quizás había comido más de lo habitual, pero su separación de Alex la tenía de los nervios.

Estaba ansiosa y triste al mismo tiempo. Ella era quien había roto. No entendía ese sentimiento de culpabilidad que la embargaba en algunas ocasiones. Estaba más que justificada su reacción. No toleraba las mentiras ni que la tomaran por tonta. Estaba muy enfadada con Alex y con sus hermanos. Pero, si estaba tan segura de lo que había hecho, ¿por qué esa continua sensación de remordimiento?

Marta había ido a verla el día siguiente de Navidad.

—Sé que mi cuñado es un cabezón y que hizo una tontería ocultándote quién era de verdad. Me aburrí de decirle que te lo contara. Jorge lo machaba con ello a diario. Sin embargo, no quiso hacernos caso.

—Podías habérmelo contado tú —replicó Nuria molesta con la que creía que era su amiga.

—Jorge me amenazó con decirle a David que se pidiera un tambor y una trompeta por Reyes. No tienes niños, pero te aseguro que están mejor sin objetos sonoros a su alcance. Son bastante sonoros ya solitos.

—Alex vino la otra noche —dijo en voz baja.

Se mordisqueó inquieta el labio inferior y se quitó un imaginario pelo de la chaqueta al decirlo. Eludió mirar a la interiorista a los ojos para que no viera la zozobra interior que vivía en los suyos. ¿Cómo iba a entenderla si ella misma no comprendía lo que pasaba por su cabeza?

—¿Y qué te dijo? ¿Hablasteis? —quiso saber la mujer.

—Bueno, en realidad, no —respondió Nuria.

Le había contado lo que había ocurrido a Angélica, y la había acusado de ser una niña y no una mujer hecha y derecha que se enfrentaba a sus decisiones de cara. No quería que Marta la juzgara igual por su inmadurez.

Debía de haber abierto la puerta, pero su yo rebelde le había impedido hacerlo. Acababa de llegar del cine y de tomarse un par de vinos con su prima, por eso no tenía ninguna luz en su casa más que la de su dormitorio, que daba para el patio, y desde la calle no se veía.

Al abrir la cerradura le había parecido escuchar el telefonillo de abajo, pero no estaba segura. No obstante, cuando un poco más tarde había sido el timbre de su puerta el que había sonado, en tanto guardaba el abrigo en la puerta, había sabido que no había duda. Se había acercado a la entrada, dispuesta a abrir, pero a su nariz le había llegado el olor inconfundible de la varonil colonia de Alex.

Las manos habían comenzado a sudarle. De repente hacía calor en el salón. ¿Estaba la calefacción muy fuerte, o era cosa de ella?

El «arquitecto» había vuelto a llamar. Nuria había sido incapaz de moverse. Se había quedado quieta en medio de la habitación, a unos pasos del la lámina de madera que la separaba del hombre más maravilloso que había conocido. Él único que había sido capaz de hacer tambalear su mundo cuando creía que tenía su vida hecha.

Ella, que presumía de que no necesitaba a nadie a su lado, de que era una mujer independiente, de que —salvo fugaces encuentros— no buscaba nada más, se había enamorado. Así se lo había confesado a Angélica, tras las copas de aquel vino suave y dulce que su prima le había hecho beber.

Le había asegurado, convencida de ello hasta la última célula de su ser, que nunca, jamás, volvería a tener nada con aquel mentiroso, indeseable que la había hecho levantarse a las seis durante un mes. No se merecía su perdón.

Al haber escuchado como sus pisadas se alejaban y como descendía por la

escalera, los músculos de su cuerpo habían recuperado su flexibilidad. Su cuerpo había obedecido a la orden de moverse y había podido regresar a su habitación, con lo que estaba haciendo.

—Un pequeño escarmiento no le vendría mal a Alex —concluyó Marta segura de lo que decía.

—Es definitivo, no hay vuelta atrás. Ha salido de mi vida para siempre. No puedo estar con alguien en el que ya no confío.

—Pónselo difícil, no se merece otra cosa. Pero recuerda que sus sentimientos hacia ti fueron sinceros, aunque su conducta no lo fue tanto.

Marta se había despedido de ella con un beso y no la había vuelto a ver, aunque sí se habían enviado mensajes. Tal vez, pudiera seguir manteniendo una cierta amistad con ella, pese a que su cuñado no quisiera saber de él nunca más.

***

Dicen que el chocolate es el sustito del sexo. Así que la tableta de turrón de chocolate que había tomado a modo de cena la noche anterior daba para unos cuantos orgasmos.

Esa mañana, sin embargo, no pensaba igual. Había tenido pesadillas por el ardor de estómago que había sufrido al cabo de unas horas, y solo había conseguido conciliar el sueño tras beber una manzanilla caliente con unas gotas de valeriana, remedio que su madre había empleado con ella desde que era capaz de recordar.

Había quedado con Angélica y sus amigos en la puerta del centro donde impartía las clases, para ir en grupo al lugar donde comenzaba la carrera.

Por el camino se cruzó con corredores, con su dorsal a la espalda, que iban solos o con familiares o con amigos, vistiendo los más curiosos y originales disfraces. Unos que iban de señales de tráfico le hicieron mucha gracia, de modo que se paró para fotografiarlos, por lo que se retrasó un poco en llegar al punto de encuentro.

—¡Cuánto has tardado!

—Angélica, solo llego cinco minutos tarde. No seas exagerada.

—Hoy hay que ser puntuales; la carrera empieza dentro de una hora y no espera por nadie. Si no estás, empezarán sin ti. Llevas entrenándote todo el año, ¿no querrás perder la oportunidad de alzarte con el triunfo?

—Vamos quince minutos antes, es más que suficiente —alegó Nuria sin entender por qué su prima estaba tan inquieta.

No era la primera vez que se retrasaba ni sería la última. Ambas lo hacían con frecuencia y no pasaba nada. En varias ocasiones en que habían quedado, ella había sido la que había tenido que esperar por su prima más de diez minutos, y no se había mosqueado con ella cuando hubo llegado.

Si no estaba cuando dieran la salida, sería ella la que estaría en desventaja frente al resto de los corredores. Los alumnos y monitores del centro de yoga no asistían con ánimo competitivo; a ellos les daba igual comenzar tarde. De hecho, a excepción de su prima, el resto no parecía molesto con su retraso; incluso, tuvieron que esperar un par de minutos más por una pareja.

Riendo e intercambiado comentarios, fueron hacia el punto de inicio de la carrera. Había gente disfrazada, algunos con bebés en carritos e incluso con mascotas. Sin duda, el número de participantes superaba la convocatoria anterior. Era una fiesta: la fiesta del atletismo. Entre ese día y fin de año, aquello se repetiría en casi todas las ciudades del mundo.

De repente, le dio la impresión de que las charlas intrascendentes del grupo se paraban. ¿Qué ocurría? Ella estaba de espaldas y no lo había visto llegar. Se percató de que Angélica miraba por encima de su hombro y de que había cambiado su expresión risueña por otra expectante. Extrañada, giró la cabeza y se encontró a unos ojos miel observándola.

¡Era Alex! Llevaba unas mallas negras y un tutú rosa, como los que vestían sus amigos. Esa era el motivo de las prisas de su prima. Se había confabulado con el hombre al que más odiaba.

—¡Angélica! —exclamó volviéndose hacia la que sabía culpable de que él la hubiera encontrado.

—Os dejamos solos, tenemos que ir por ahí. Nos esperan allí.

A veces, una huida a tiempo era el mejor de los ataques, y eso era justo lo que su prima estaba haciendo.

Como un pastor que insta a que sus rebeldes ovejas sigan un sendero que no quieren, Angélica logró alejar a las personas con las que había estado hasta hacía unos segundos. Le costó porque una de las monitoras de *spinning* y un par de alumnas se habían quedado embobadas contemplando al hombre que estaba detrás de ella. No tenían vergüenza; sus parejas estaban con ellas, pero eso no parecía importarles. A no ser que hubiera otra razón.

¡Por supuesto que la había! Sabían por qué estaba Alex allí y qué había pasado entre ellos dos. Aunque en su forma de observarlos se notaba que le estaban haciendo un chequeo completo al guapo hombre que tenía a su lado, también se leía en sus ojos genuina curiosidad.

Seguro que el falso capataz de obra había ido al centro de Angélica y había hablado con ella sin darse cuenta de que aquello era un hervidero de cotilleos. Aquellas mujeres —en apariencia, maduras y de vuelta de todo—, en realidad, eran un grupo de chismosas que dejaban en palmitas a los tertulianos de los programas del corazón.

Su prima se la iba a pagar. Aquella encerrona no iba a quedar impune.

—Vamos —le ordenó a Alex, a la vez que la cogía del brazo y hacía que caminara, para alejarse unos metros de las alumnas y compañeras de su prima. Después de aquello no iba a ser capaz de volver al centro. Tendría que buscarse otro gimnasio.

—Estás preciosa. Te echo de menos.

Si decía eso para ablandarla, no lo iba a conseguir. Ella era una persona que no daba segundas oportunidades a los mentirosos. Se iba a mantener firme y segura. No iba a titubear.

—Fui un idiota —continuó él con una cara de pena que poco a poco hacía que sus barreras se derrumbaran—. Nunca debí engañarte. Perdóname. Estos días, alejados de ti, han sido los peores de mi vida. Me han hecho darme cuenta de lo necio que fui.

Nuria tragó saliva nerviosa. Ella había sentido lo mismo durante esas semanas. En mil y una ocasiones, se había encontrado pensando en que aquella exposición o tal película le hubiera gustado a Alex. De manera instintiva había cogido su móvil en sus manos para enviarle un mensaje, comentándoselo, y se

había parado al darse cuenta de que ya no eran ni siquiera amigos.

Sin embargo, notaba como su coraza se resquebrajaba por segundos. Era el efecto que la cercanía de aquel hombre causaba en ella.

—Empecemos de nuevo. Hola, soy Alejandro Laguna, pero me llaman Alex. Soy arquitecto. Me encanta el *running* y he venido a la San Silvestre con un grupo de gente extraña a la que no conozco, con un tutú rosa que pica un montón, solo por estar con una morena que está enfadada conmigo. ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Alguna —respondió ella al tiempo que acortaba la distancia que los separaba.

Se puso de puntillas y le dio un casto beso en la mejilla. ¡Había olvidado lo bien que olía y lo suave que tenía la piel tras afeitarse! Tuvo que contenerse para no acariciar su rostro, con su mejilla que ronroneaba de placer.

Hasta su oído llegó el sonido del suspiro de alivio que salió de los labios de aquel hombre. Notó el momento justo en que hacía intención de levantar el brazo y atraerla hacia él, deteniéndose a unos milímetros de su cintura.

Bien. Era justo. No quería precipitar las cosas y volverse a llevar un disgusto.

—No sé tú, pero yo he venido aquí a correr y a ganar. En cuanto den la salida, dejamos atrás a mi prima y a sus amigas. ¿Tenemos trato?

—Trato.

Regresaron junto al grupo sin poder ocultar las sonrisas que danzaban cantarinas en sus caras. Tres mujeres hicieron un amago de aplauso que Angélica cortó con una de sus fulminantes miradas de monitora enfadada. Sabía que Nuria se había dado cuenta de que se había compinchado con Alex para que se encontraran allí. No creía que estuviera demasiado enojada con ella, a tenor de la buena sintonía que se veía entre ellos, pero tampoco quería echar más leña al fuego.

Casi no les dio tiempo a hablar porque por megafonía avisaron de que la carrera iba a comenzar.

Tal y como habían pactado, Alex y ella se apartaron de ellos para ir a su ritmo. Ambos eran buenos y pronto adelantaron a la mayoría de los corredores.

Había diferentes categorías para hombres y mujeres, puesto que los

organizadores consideraban que la fuerza y la resistencia eran diferentes según los géneros.

«¡Tonterías!», había pensado Nuria al saberlo. Ella era más rápida que muchos de los competidores varones. De hecho, al cabo de media hora, su marca no solo era la mejor entre el sector femenino, sino que en el masculino solo la superaban tres hombres, incluido Alex.

***

La carrera se prolongó durante dos horas; era una media maratón. Un recorrido que ambos habían realizado en varias ocasiones cuando entrenaban juntos por la mañana. Conocían cada recodo del camino y cada cuesta que podía ralentizaros.

Era un circuito que parecía diseñado por y para ellos. Sus pisadas se acoplaban, acompasándose unas a las otras sin estorbarse ni entorpecerse. Al público pronto le quedó claro que ellos dos estarían en el triunvirato ganador. Y no se equivocaban.

Alex obtuvo el segundo puesto en categoría masculina y Nuria, el primero en la suya. Sus familiares y amigos los aplaudieron y vitorearon cuando subieron al podio por sus medallas. No obstante, no fue solo por ser vencedores; se alegraban mucho más por verlos juntos y sonrientes.

—¡Esa es mi Nurita! —le decía Carlos a todo aquel que lo quisiera oír.

—Ha ganado gracias a la comida tan sana y nutritiva que le preparo. Nada de esas porquerías envasadas de supermercado.

Los tres posaron felices ante el objetivo del teléfono de Angélica. El padre de Nuria ya planeaba enviar a todos sus contactos la imagen de su pequeña como máxima ganadora de la prueba. Incluso, si quedaba bien la foto, la imprimiría y la pondría en grande en un marco en el salón.

—Hijo, ven tú también aquí. Quiero una de los cuatro juntos.

—¡Pero, papá!

—Niña, me hace ilusión. No todos los días tengo a dos campeones a mi lado. Tengo que presumir en la partida.

Un par de periodistas locales fueron los siguientes en reclamarlos. Sin darse cuenta, fueron pasando de un micrófono a otro, y de un improvisado *photocall* a otro.

—Me gustaría que fuéramos a tomar algo y a hablar tranquilos, pero creo que ambos necesitamos una ducha —le dijo el hombre al oído, mientras posaban para los fotógrafos de los medios de comunicación locales, en lo que esperaban que fuera ya la última instantánea.

Ella no pudo evitar ruborizarse al verse entre las mamparas de su baño, cubiertas de vapor, enroscada al cuerpo de él.

Sacudió la cabeza para borrar esas imágenes de su mente. Tenía que centrarse. Eran más de las dos y media, y sus padres la esperaban para ir a comer a su casa, con Angélica, un cocido que su madre había estado preparando desde temprano.

Desde donde estaban, podía ver como su progenitora consultaba la hora en su reloj. Sin duda estaría nerviosa; pensando que, si se pasaban de tiempo, ya no estaría tan rico.

—Creo que tendremos que esperar.

—¿Esta tarde? —insistió con expresión desvalida. Era como un niño que espera que su mamá le dé permiso para tomar una porción más de pastel.

—¿A las siete en la plaza?

Supo que lo había hecho un hombre feliz al ver como su faz tornaba en una expresión de exuberante alegría. Ella también quería pasar un rato con él, sin testigos, y hablar como dos amigos.

Se sentía un poco incómoda al recordar como había reaccionado en Granada. Se había comportado igual que una niña mimada. Debería haber regresado con él y, después, haberse despedido con un «Hasta nunca» que, en realidad, ninguno de los dos había querido pronunciar.

—Cariño, Alex es muy buen mozo. Me alegro de que hayáis vuelto.

—Bueno, mamá, no te emociones. No estamos juntos otra vez. Tenemos que hablar.

—A otra con ese cuento. Le pones ojitos.

—Se puede decir que somos amigos —insistió Nuria sin querer dar su brazo a torcer—. Esta tarde quedaremos y ya veremos qué pasa.

***

Sus deseos se vieron frustrados por su prima y por sus compañeros del centro de yoga. Que dos de sus integrantes, aunque solo fuera de modo ocasional, hubieran ganado la carrera no había ocurrido nunca. Además, su foto con los tutús rosas serían una forma excelente de visibilizar a la AECC.

Al mediodía todos habían tenido que regresar de forma precipitada a sus casas, pero esa tarde, a la misma hora en que ellos habían quedado, se reunirían en la sede para celebrarlo con un picoteo y unas botellas de sidra que uno de los integrantes había traído de su reciente viaje a Asturias.

—Lo siento —se disculpó Nuria cuando lo llamó por teléfono para contarle lo que pasaba— pero, si no vamos, mi prima dejará de hablarme. Están muy emocionados. Irá mucha gente y, si faltamos los dos, no será lo mismo. Si tú no quieres venir, le digo cualquier excusa y te libro de tener que venir.

—No te preocupes, estaré encantado de ir.

Los emocionados alumnos no los dejaron un segundo a solas. Todos querían hablar con ellos y hacerse fotos.

No fue Alex el único que tuvo que aludir el exceso de atenciones femeninas; la profesora no se contuvo a la hora de apartar con un manotazo a un hombre bajito, con gafas, que se apretó a ella con demasiada familiaridad para subir una foto a su Instagram.

Cuando notó como le pellizcaba el culo, se volvió y le dio un bofetón que hizo reír a dos monitoras que estaban hartas de aquel tipejo. Se habían quejado a los jefes y aquellos les habían dicho que se aguantaran, que era un alumno y pagaba su matrícula con regularidad.

Lo más que habían conseguido había sido un cambio de horarios, que había sido un breve respiro. El desagradable hombre se las ingeniaba de mil maneras para volver a ser alumno de ellas, fuera cual fuera la hora.

Nuria no era una monitora y era la heroína del día. La ostentosa animosidad con que el resto de las personas asistentes a la reunión miraron al hombre hizo que el dueño del centro se acercara hasta él y le pidiera que dejara las instalaciones para siempre.

—Lo siento, pero no le renovamos la matrícula para el curso que viene. Hay determinadas actitudes que no toleramos porque van contra la filosofía que supone la práctica del yoga.

—Mis compañeras te van a hacer un momento —le aseguró Angélica después—. No sabíamos qué hacer para librarnos de él.

—Fácil: negaros a darle clase. Si tu jefe quería que siguiera viniendo, que le diera él.

—Es sencillo decirlo desde fuera, prima. Pero, cuando tu trabajo está en juego y con ello el pan de tus hijos, no lo es tanto.

Para algunos temas el mundo continuaba igual que en el pasado. El machismo imperaba sin importar lo que se luchara por cambiarlo. Por muchas leyes que se crearan y por mucho que se intentara concienciar a los niños —de pequeños— en que hombres y mujeres eran iguales, los adultos seguían marcando diferencias donde no las había.

Estaba sumida en sus reflexiones cuando sintió que una mano la agarraba del brazo y tiraba de ella hacia un pequeño almacén. Iba a gritar, pero se dio cuenta de que era Alex.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Cariño, tu prima será un encanto, pero nos ha hecho una encerrona. No hay forma de librarse de sus ansiosos compañeros. Yo creo que ella buscaba que nos juntáramos para ganar la carrera y, de ese modo, dar publicidad al centro —terminó de explicar muy serio el hombre.

Se había recogido el pelo en uno de sus habituales moños, y en su rostro comenzaba a asomar un ligero rastro de barba. Nuria añoraba la sensación de ser acariciada por ella con suavidad. Ese liviano cosquilleo era muy placentero.

—Si hubiera pensado que teníamos posibilidades de ganar, no te diría que no. Pero te aseguro que eso no entraba en su mente. Solo quería obligarme a verte y a perdonarte.

—¿Y lo has hecho?

—Sí, pero nada de mentiras. No soy una virgen inocente. Quiero que me lo cuentes todo, yo también lo hare así. Creo que somos capaces de confiar el uno en el otro.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Alex podía iluminar el oscuro cubículo donde se habían refugiado de miradas indiscretas. Se besaron de forma intensa y apasionada, como dos lobos hambrientos.

Unas risas y cuchicheos se acercaron hasta donde ellos estaban. Se quedaron quietos.

—Es Angélica —dijo Nuria en voz baja.

—Y otra mujer —respondió Alex—. Parece que están haciendo lo que íbamos a hacer nosotros.

—En eso te equivocas. En cuanto podamos salir, nos vamos a mi casa o a la tuya y nos revolcamos en una cómoda cama que no huela a toallas húmedas y a sudor.

—¿Así que quieres revolcarte? —preguntó Alex con voz seductora.

Ella le tapó la boca con la mano para que no siguiera hablando y no la hiciera reír.

Debieron aguardar en aquella incómoda postura unos cinco minutos hasta que su prima y su acompañante terminaron. Al menos, fueron rápidos.

A los pocos segundos de escucharlas entrar, unos inequívocos jadeos habían llegado a sus oídos. Lo único que sentía Nuria era no poder haber visto el rostro del ligue de su amiga para luego picarla, como hacía ella, con su relación con Alex.

Muy a su pesar no consiguieron la soledad que buscaban. Del centro de yoga se marcharon a un par de bares para continuar en grupo la celebración.

A las doce estaban tan cansados que se despidieron hasta el día siguiente.

Capítulo 20

Alex no podía concentrarse en el diseño del espacio arquitectónico que debía estar dibujando en su mesa de trabajo. En lugar de trazar rectas y planos, su mano había cobrado vida propia y había plasmado el rostro de Nuria, sonriente y feliz.

Era un buen retrato. La chispa de vida que imborrable aleteaba en sus pupilas tenía su réplica de papel sin perder un ápice de alegría. ¡Y la boca! Esos labios que invitaban a ser besados como antesala del paraíso.

No solía hacer retratos. Aunque era algo que se le daba bien, salvo a sus hermanos de jóvenes y a alguna novia, no lo hacía con asiduidad.

Suspiró y arrancó la hoja de papel de su mesa y la guardó en la carpeta donde tenía los otros. Tenía que ponerse a currar, o no terminaría el proyecto en la fecha convenida.

Iba a dejar los bocetos en el estante, de nuevo, cuando su móvil comenzó a sonar.

—¡¡¡Alex!!! Ven a casa, por favor. Es urgente.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustado al escuchar la voz temblorosa de Nuria. ¿Habría tenido un accidente en casa? Todos sus sentidos se pusieron en alerta.

—¡El baño! ¡Es horrible! Date prisa, o le haré una gotera a la del piso de abajo, y ya sabes cómo es.

¿Qué habría pasado? El fontanero había comprobado varias veces la instalación, y estaba perfecta. Él mismo se había asegurado de ello antes de dar

el visto bueno a la reforma. Sin embargo, los imprevistos ocurren cuando menos te lo esperas. Quizás, al aumentar la presión del agua, alguna junta había fallado.

Llegó al portal de Nuria con la lengua fuera y, para colmo, tenía que subir los cinco pisos. En primavera estaba previsto que se iniciaran las obras para poner el ascensor. Ya se encargaría él de que se cumplieran los plazos. No sería el capataz de esa obra, pero iba a estar controlando todo el proceso. Estaba harto de aquella interminable escalera.

—Ya estoy aquí —le dijo tras darle un beso en su mejilla.

La joven estaba pálida y con la angustia que marcaba su bello rostro. Tenía la ropa empapada, los pantalones manchados y las zapatillas caladas.

La siguió hasta el aseo. En la puerta observó como el suelo estaba inundado con tanta agua, que las dos toallas extendidas sobre el gran charco apenas habían logrado absorberla. Sin duda provenía del lavabo; el tubo que conectaba el desagüe con la tubería estaba suelto.

—Nuria, esto no lo dejamos así. Estoy seguro —afirmó esperando que ella se decidiera a hablar y le explicara qué había hecho.

—No, ya lo sé. Verás —comenzó a decir sin atreverse a mirarlo a los ojos—, en realidad, ha sido una tontería. Me pareció que tragaba agua demasiado despacio. Pensé que podía aflojar el tornillo y sacar la rejilla para limpiarla. En casa de mis padres, con la rejilla, salía una pieza de plástico donde siempre había pelos enredados con esa especie de pasta negra que forma el agua caliente y el jabón.

—Eso era antes. El sistema ya no es así.

—Me he dado cuenta —replicó Nuria con pesar.

Según le explicó más tarde, había intentado aflojar el tornillo con un destornillador. Como estaba muy duro, había decidido que era el momento de sacar de su maletín el maravilloso taladro que se había comprado por internet.

Había colocado la broca que creía adecuada, pero con pesar descubrió que era demasiado grande. No se había desanimado, había vuelto a internarlo de forma manual y había logrado su objetivo. O, al menos, eso había pensado.

Al desatornillar la pieza metálica, el tubo que conectaba el lavabo con el desagüe se había soltado y dejado un agujero en su lugar, por el que se podía ver

el suelo.

Tras dos intentos por volver a conectarlo, se había dado cuenta de que ella no sería capaz de arreglarlo. Nunca había conseguido dejarlo bien. Cuando daba el agua, veía como salía a borbotones por el orificio. Había echado mano de lo que tenía a su alcance, y sus preciosas toallas habían acabado en el suelo.

—¿Y has intentado quitar el tornillo con eso? —preguntó Alex sin poder contener la risa, mientras señalaba un taladro con una gigantesca broca que estaba en el pasillo, en un rincón.

—El tornillo estaba duro. Intenté aflojarlo con mi nuevo juguete. Lo he comprado para poder colgar los cuadros y las estanterías nuevas. Pero debe estar estropeado; no puedo sacar la punta que puse.

—Mejor, me avisas la próxima vez que quieras ejercer como manitas. Ahora lo reviso. No creo que el taladro esté roto. Al final, ¿cómo quitaste el tornillo?

—Con este destornillador. Pero ponerlo es mucho más complicado. Y ahora ¿qué te parece si, en lugar de charlar tanto, me ayudas de una vez? —le preguntó enfadada.

Alex se tiró al suelo para poder ver el lavabo por debajo. Se alegró de llevar la ropa cómoda y usada que se ponía por casa. Quitó las piezas y las volvió a colocar. El problema era que Nuria había puesto la goma al revés y no ajustaba de forma adecuada.

Complacido, probó el grifo; ya desaguaba bien. Lo que fuera que lo había obstruido con anterioridad había desaparecido.

—Esto ya está. Déjame ver ese taladro.

Con un par de movimientos certeros, la broca se soltó.

—Cuando quieras meter o sacar una punta, tienes que girarlo a la vez que bajas esta pieza negra. Es un sistema de seguridad. Como esos botes con un tapón especial para que los niños no puedan abrirlos.

—Odio esos cierres. Soy incapaz de usarlos. Entonces, ¿no está estropeado?

—No, cariño.

—Pues voy a avisar de nuevo a Amazon. Les dije que estaba estropeado y que me enviaran otro. Ya estaba buscando la forma de meter el taladro con la punta en una caja de cartón. En el maletín en que venía, no cabía.

—¿En serio ibas a devolverlo?

—Claro. Así no podía usarlo.

Esa vez fue incapaz de contenerse. Rompió a reír divertido. Al principio, cuanto más se reía, más se enfadaba ella; pero, al cabo de unos segundos, estaban los dos tirados por el suelo, encogidos con las carcajadas. Fue natural, una cosa llevó a la otra.

Él la miró a los ojos; tumbados sobre las baldosas, quedaban a la misma altura. Con sus dedos retiró un mechón que le impedía ver esos ojos negros que eran como dos imanes para los suyos.

Ella se acercó a él. Ya no les importaba el agua que mojaba el suelo ni las toallas y ropa empapadas. Sin decir una palabra, Nuria se sentó a horcajadas sobre Alex y se quitó la sudadera, lo que le dejó apreciar la suave ropa gris de algodón que llevaba. Era sencilla, sin artificios, como ella misma.

Ella pudo sentir el momento exacto en que la anotomía de él cobró vida. Ni ella bajó a hacer la compra que pensaba hacer, ni él terminó el proyecto que había planeado rematar aquella mañana.

***

Puesto que cada uno iba a celebrar la cena de Fin de Año con su familia, acordaron encontrarse después de las uvas, en un bar que el arquitecto había reformado el invierno anterior y que era uno de los favoritos de ella.

Las paredes estaban cubiertas de papel pintado, sobre el que el dueño había colgado cuadros y fotos antiguas de la ciudad. Una vitrina, con juguetes de los cincuenta y con algún que otro cuento, atraía las miradas de la profesora cada vez que entraba en él.

Alex llegó primero, acompañado de su hermano Pedro con su mujer, Luisa. Marta y Jorge se habían quedado con los dos niños, tan a gusto en su piso, dispuestos a celebrar una fiesta privada solos, en cuanto los pequeños se durmieran.

—¿Buscas a alguien? ¿Quizás, a cierta morenita? —preguntó Pedro. Se

alegraba de que aquellos dos hubieran hecho las paces. La forma en que el duro arquitecto hablaba de ella, como si no existiera un ser más perfecto en el universo, le había hecho comprender que por fin había encontrado a su alma gemela.

—¿No será aquella chica que lleva un vestido negro y moño que le dan un aire a lo Audrey Hepburn? —sugirió la cuñada de Alex, sabiendo que ella era a quien buscaba con tanto interés.

—Luego os veo —les dijo a modo de despedida.

—Ya verás como mañana no llega a la comida de Año Nuevo —le susurró Luisa a su marido sin que el tercero en discordia los oyera—. Te apuesto veinte euros.

—Que sean treinta. Irá aunque después tenga que acostarse hasta el día siguiente —afirmó Pedro subiendo la apuesta—. Sabe que, si falta, se lo haré pagar con interés todo el año.

—Acepto. He visto un bolso en una tienda que tiene que ser mío.

Ajeno a lo que sus familiares hablaban a sus espaldas, Alex había llegado hasta el lugar donde Nuria conversaba con unas antiguas compañeras de estudio, a las que hacía tiempo que no veía.

No le anunció su presencia, se limitó a colar su brazo en su cintura y a besar su hombro derecho. Un ligero estremecimiento fue la única señal de que ella se había sobresaltado. Las chicas con las que estaba se despidieron de forma precipitada al darse cuenta de que sobraban en aquel lugar.

—El vestido es preciso. Y ese recogido me vuelve loco. Pero más voy a disfrutar quitándotelo luego.

—Pues ni te imaginas lo que llevo debajo —replicó ella con picardía.

—Estoy deseando ver a cierta brujita —aseguró Alex al recordar el tatuaje de ella.

Estaría horas mirándolo. Además, estaba en cierta parte de la anatomía de su chica que tenía la facultad de hacerlo enloquecer.

Bebieron, bailaron, se besaron y se abrazaron; se relacionaron con el resto de los asistentes a la fiesta en el local lo más estrictamente indispensable. Era ella la única con quien quería estar. Solo había tomado dos copas, pero se sentía

embriagado por el perfume de la piel de Nuria.

***

A las cuatro de la madrugada, ya no podía aguantar mucho más. Si seguían allí era porque ella así lo deseaba. Él hacía rato que se hubiera ido a su piso.

—¿Nos vamos? —preguntó ella. Aquellas dos palabras fueron música celestial para sus oídos. ¡Sí! No gritó y se puso a dar saltos, porque la cordura todavía no la había abandonado del todo.

—¿Y tu abrigo?

—En el guardarropa.

—Los cogemos y podemos ir a mi casa; está más cerca.

En esos momentos en que ya no había secretos entre ellos, estaba impaciente por enseñarle su piso y hacerla suya en su cama.

Desde que habían hecho las paces, fantaseaba en cómo sería despertarse con ella a su lado, en su dormitorio. Compartir con ella una ducha y un café, después, en su cocina. Llenar su cabeza con imágenes de ella en cada una de las estancias de su casa.

—¿Impaciente? —inquirió ella con guiño picarón.

—Algo —respondió y la besó con ansia y deseo.

De la mano, fueron abriéndose paso hasta la entrada. Un animado grupo que cantaba a voz en grito una canción, dando brincos y moviéndose de un lado a otro, hizo que sus dedos se soltaran.

Él se volvió y vio entre dos cabezas como ella se encogía de hombros y le pedía paciencia. De repente una melena rubia se interpuso en su camino. Era Nieves, su exnovia.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? No te había visto hasta ahora —le dijo ella. Lo abrazó y le dio un beso en los labios, que él procuró que fuera lo más breve posible.

—Hola. Todo bien. Hay mucha gente, yo tampoco me había dado cuenta de que estabas aquí.

La gran afluencia de público lo empujó hacia la voluptuosa mujer, cuyas curvas quedaban marcadas bajo la tela de un vestido plateado de profundo escote.

Tenía que reconocer que estaba muy guapa. Había perdido la cabeza por ella cuando su cuñada Marta se la había presentado en una cita a ciegas. Además de bella, era inteligente: tenía un despacho de derecho penal. Y era muy divertida; el aburrimiento no tenía cabida a su lado.

Estaba seguro de que no hubieran roto si él no hubiera descubierto que la «fidelidad» no formaba parte de su vocabulario.

—¿Qué te parece si tú y yo vamos a un rincón discreto? ¿O quizás a tu casa? Sigues viviendo aquí al lado, ¿verdad?

—Lo siento, Nieves, pero no. Estoy acompañado —le informó él. Estaba comenzado a sudar. Hacía calor, pero la proximidad de aquella mujer lo estaba poniendo muy nervioso. El aire se estaba haciendo pesado y le costaba respirar. Se sentía como si tuviera un cartel con luces de neón, en frente de él, gritándole: «¡Peligro!».

—¿Por quién? No veo a tus hermanos cerca. Creo que estás solo; podemos hacernos compañía —aseguró ella, que lo rodeó con sus brazos de nuevo y lo besó en el cuello.

Alex la apartó con determinación. ¿Cómo pudo haber estado, en algún momento de su vida, enamorado de alguien como ella? Su aliento olía a alcohol y sus pupilas se habían convertido en diminutos alfileres.

No era solo ginebra con limón lo que había ingerido Nieves. Cuando estaban juntos, alguna que otra vez, la había visto tomarse «una pastillita» —como decía ella— las noches que habían salido de fiesta. Costumbre que él se había negado de forma rotunda a compartir.

No necesitaba la ayuda de la química para divertirse y prefería estar de marcha lo que su cuerpo aguantara. En el momento en que se notaba cansado, se iba a casa. Así de simple.

Una Nieves borracha y colocada era lo último que necesitaba esa Nochevieja. Consiguió dar un paso hacia atrás y separarse de aquellas garras que tenía por manos. Asustado, miró a su alrededor, esperando encontrar el rostro de Nuria

cerca.

No la veía. ¿Dónde estaba? ¿Qué habría pensado? Desde fuera podía parecer lo que no era. Tenía que explicárselo enseguida.

***

Maldijo la mala suerte que había tenido de toparse con su antiguo ligue. ¡La noche iba tan bien! La reconciliación era un hecho y, de repente, había dejado de serlo. No era justo. Si se hubieran marchado antes, aquel desafortunado encuentro no hubiera ocurrido.

Desesperado, fue incapaz de localizar a su chica. Vio a su cuñada y se acercó a ella. Tal vez, supiera adónde había ido.

—Luisa, ¿has visto a Nuria?

—¿No estaba contigo?

—Por favor, acompáñame a los servicios y mira si está dentro —le suplicó a su cuñada. Confiaba en que se había refugiado en ellos. Estaría llorando. Tenía que explicarle que Nieves no era nada para él.

—¿Qué ha pasado?

—Nos íbamos ya cuando me encontré a Nieves y se me echó encima como una lapa.

—¿Nuria lo ha visto?

—Creo que sí.

—Entonces, tienes un gran problema. Veamos si está aquí.

En la puerta de los aseos, había una cola inmensa; era imposible que Nuria hubiera podido saltársela y entrar dentro.

—Hay demasiada gente. No creo que esté dentro, Alex.

—¿Qué hago?

—Hermanito, la has fastidiado —dijo Pedro, que los había seguido hasta los aseos—. Nunca me gustó esa mujer para ti, no sé por qué te la tuvo que presentar Marta.

—Pedro, así no me ayudas.

—Coge tu abrigo y ve tras ella. ¿A qué estás esperando? —lo urgió Luisa, que le dio un golpe en el brazo a su marido para que se callara.

En esa ocasión Alex no era el responsable de lo ocurrido, aunque a ojos de Nuria podía ser así. Luisa intuía que tenía que ir tras ella y explicarle quién era esa garrapata en forma de mujer, que ojalá no se hubiera cruzado en la vida del arquitecto nunca.

Aún recordaba los días en que el hermano pequeño de Pedro no era más que un alma en pena al descubrir que la abogada le había puesto los cuernos. A pesar de todo, aquello no había sido nada frente a la desolación que lo había invadido tras su distanciamiento con Nuria. Esperaba que la pareja pudiera arreglar el malentendido.

Alex sintió el frío de la noche nada más poner un pie en la calle. El suelo estaba helado y resbaladizo. Con los tacones que llevaba, no podía haberse alejado mucho. Seguro que, si se daba prisa, la alcanzaba.

Capítulo 21

¡Cabrón! ¿Cómo se atrevía a hablarle de amor y besarla hasta hacerla perder el control de su cuerpo, y luego restregarse con aquella tipeja? ¡Le había plantado los rojos morros en la boca, y el idiota de Alex no había hecho nada por evitarlo!

Cada vez estaban más cerca. Esa proximidad solo se tenía con alguien si entre los dos había habido cierta intimidad. La había vuelto a engañar. Ella había confiado, de nuevo, en él como una boba. No había tardado en mostrarse como era en realidad: un embaucador.

Algo se rompió dentro de Nuria. Su corazón dejó de latir un segundo. Una sensación de vacío y frío recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. Tenía que irse. No soportaba ver como él miraba los ojos de aquella rubia.

Se escabulló entre la gente y se dirigió al guardarropa. Una chica con cara de aburrimiento, que mascaba chicle sin descanso, le dio su abrigo con desgana. La conversación que mantenía con alguien por el móvil era más interesante que su trabajo.

En la calle, el aire gélido aumentó su desconcierto. Las lágrimas, que habían iniciado su descenso desde sus párpados hasta su barbilla, se helaban en sus mejillas.

Pensó en ir a casa de sus padres. Allí él no la buscaría, pero no podía presentarse temblando y llorando en su hogar de la infancia, a las cuatro de la madrugada, sin hacer que sus progenitores se asustaran. Le harían preguntas que

no quería contestar.

Quería llorar y rumiar su pena en soledad, donde nadie más que ella le recordara lo incauta e inocente que había sido.

La casa de su prima tampoco era una opción. Sabía que estaba en otra fiesta de Fin de Año que no terminaría hasta tomar chocolate con churros al amanecer, en una famosa churrería del centro.

Tendría que irse a su casa y, aunque él fuera a buscarla, no abrirle. ¡Era tonta! Alex no iría tras ella porque estaría entretenido con las dos tetas siliconadas que le había puesto delante aquella rubia.

Aquellos tacones que se había calzado, para que sus piernas resultaran más estilizadas, no estaban hechos para caminar sobre la fina capa de hielo que cubría las calles. Debería habérselos clavado en los pechos a la mujer y comprobar si se deshinchaban. Hubiera resultado sádico pero divertido. La cara de Alex hubiera sido un poema.

¡Ay! ¡Qué ocurrencias tenía! No podía pensar con claridad, solo llorar. En un intento desesperado por recuperar la verticalidad que perdía a cada paso, decidió quitarse aquellos objetos de tortura femenina y los depositó en una papelera.

¡Mejor! Los pies se le helaban igual y, al menos, no se caía. Y total, su andar decadente no desentonaba con el del resto de las personas con las que se cruzaba por la calle. Claro que ellas iban así por el alegre efecto del alcohol, mientras que en su caso era por los cuernos que su supuesto novio le estaba poniendo.

***

Tras veinte largos minutos, llegó a la calle donde estaba su edificio. La mano le temblaba al introducir la llave en la cerradura de su portal. La cortina de lágrimas que tapaba sus pupilas no le dejaba ver el orificio por el que la pequeña pieza de metal debería entrar.

Estaba congelada, y no solo por la humedad que sentía en sus piernas. El vestido y el abrigo no protegían de los cero grados de aquella aciaga Nochevieja.

Tenía que haberse quedado en casa, con sus padres, o haberse ido con su

prima Angélica. Ambas opciones hubieran sido mejor que salir con Alex. Aunque, si lo hubiera hecho, no se habría dado cuenta de su traición.

Al fin y al cabo, quizás, hubiera sido lo mejor. Quitarse la venda que tapaba sus ojos, como quien se desprende de una tirita que cubre una herida. De un tirón y sin pensar.

De repente, alguien abrió de golpe la puerta y casi se lleva su mano al hacerlo. Decía algo, pero no le entendía. Parecía un elfo gruñón. No era Nochebuena. Papá Noel y sus ayudantes no estaban colándose por las ventanas.

Entonces, aquel ser la agarró del brazo, con sorprendente fuerza, y la arrastró hasta las escaleras. Estaba demasiado asustada y bloqueada como para gritar o negarse a subir los escalones.

Después, la empujó hacia uno de los pisos y la obligó a entrar en un vestíbulo recubierto de cuadros oscuros y con olor a naftalina. Aquella no era su casa; no estaba tan borracha como para no saber que ella vivía en un quinto, y estaban en un segundo. Olía a algo más, a caldo de pescado y a manzanas asadas.

—Menuda cogorza llevas. En mis tiempos no tomábamos más que una copita de sidra con las uvas. Ahora os bebéis hasta el agua de los floreros. Eso os resulta muy moderno. Yo diría que lo único que conseguís en un buen dolor de cabeza y estar hechas unas piltrafas al día siguiente. Pero ¿qué sabré yo de la juventud de actual y sus tonterías?

¿El elfo le había hablado? Si se fijaba con detenimiento, su rostro le resultaba familiar. No era un elfo, era un gnomo con mal genio, con la forma de su vecina Gloria, del 2º C.

¿Estaba soñando y no se había dado cuenta? Puede que se hubiera caído por la calle y estuviera con un golpe en la cabeza, tirada en una acera. Seguro que estaba sufriendo alucinaciones. Aquello no podía estar pasando.

—¡Y mira qué pintas llevas! ¿Y tus zapatos? ¿Ahora es la moda ir sin ellos? Llevas todo el maquillaje borrado. ¡Estás horrible! ¿Has llorado? ¿Por ese tipo de la coletita por el que babeas por las esquinas? ¡Hay que ser boba! Toma, ponte esto. Ve al baño y cámbiate. ¡Y lávate la cara!

No. Estaba de verdad en casa de su vecina, y era ella quien le estaba hablando. La anciana la empujó al interior de un baño similar al que tenía su propio piso,

antes de que lo reformara, aunque más limpio. Se lo veía viejito pero cuidado. Los azulejos, más que blancos, eran amarillentos y la luz del techo, algo mortecina.

Observó su imagen en el espejo que había encima del lavabo, al que le faltaba el afogue por los bordes. Era como ver a un mapache. El rímel y las sombras oscuras se habían difuminado por su rostro y creado unas manchas violáceas que contrastaban con la palidez del resto de la piel. Solo la nariz roja marcaba la diferencia en las tonalidades blanquinegras.

Se echó agua fría por la cara y se la lavó; sintió manchar, con los restos de su maquillaje, la nívea toalla que colgaba del toallero de su vecina Gloria.

Para cambiarse le había dado unos calcetines rosas y un pijama de cuadros grises y azules que la sorprendió. No era una prenda que esperara verle puesta a ella. Era un atuendo juvenil y moderno. Daba igual. Tenía frío, y aquella ropa estaba seca y caliente.

Dejó su vestido y sus medias extendidos en el borde de la bañera, cerca del radiador. Estaba apagado, pero sabía que a las siete se daría la calefacción y, tal vez, ayudara a que se secaran. Solo faltaban tres horas escasas para que se encendiera.

—Te queda bien —le dijo Gloria cuando entró en la cocina—. Es de una de mis nietas. Vive en Salamanca, pero alguna vez viene a ver a su abuela y le gusta tener ropa para dormir aquí, así no tiene que cargar con ella en la maleta.

—No sabía que tenía una nieta —respondió Nuria al tiempo que aceptaba la taza de manzanilla con miel que le había preparado.

El dulce olor inundó su nariz y la ayudó a relajarse. Eso y el agradable calorcillo que comenzaba a sentir, que desentumecía sus agarrotados miembros.

—Tengo cinco nietos, pero es la única que viene por aquí. El resto está demasiado ocupado, con sus atareadas vidas, como para acordarse de su abuela. Ella tiene más o menos tú edad y es tan cabra loca como tú. Os llevarías bien.

—¡Yo no soy así!

—No me dirás que es muy normal ir por la calle sin zapatos, con una helada fuera que no habíamos visto en años, con la cara negra y llorando sin parar, en plena Nochevieja. Aún con la ventana cerrada, se oían tus gimoteos.

Las palabras de Gloria fueron como un botón que abrió las compuertas de sus ojos de nuevo. De repente se acordó de Alex y de la rubia mujer, y se puso a llorar con fuerzas renovadas.

—Vale ya, cálmate. ¿Por qué no me cuentas qué ha pasado? —le preguntó su vecina mientras le acariciaba la espalada con ternura—. No me mires así —añadió—. Aunque no te lo parezca, yo he tenido veinte años y a varios pretendientes detrás de mí. Algunos con intenciones honestas de matrimonio y de formar una familia, y otros que solo querían acostarse conmigo. Era muy guapa, con el pelo algo menos oscuro que el tuyo y con un cuerpo sin arrugas ni michelines. Pero, como suele pasar, el hombre que me gustaba no tenía ojos para mí, sino para la Fuencisla. Una rubia tonta, con el pelo rizado como una oveja. Ahora me alegro de que no me hiciera caso. Se ha convertido en un gordo baboso, de mal genio. Mi Ramón no era tan guapo, pero era buena persona, y fuimos felices hasta que murió.

Nuria había dejado de llorar al escuchar la historia de su vecina. Entre hipidos, fue secando sus lágrimas y bebiendo sorbitos de la infusión de su taza de porcelana. Recordaba haber visto unas iguales en casa de su abuela, de pequeña. Con las mismas flores rojas ribeteadas en dorado. Eran frágiles y delicadas para usarlas en la actualidad, pero tenía que reconocer que hasta una humilde manzanilla tenía más sabor en aquella fina cerámica.

Miró, por encima del borde, a Gloria. Hasta esa noche la había visto como una cotilla, siempre dispuesta a quejarse por cualquier nimio detalle. Desde un ruido un poco más fuerte de lo normal hasta una gota de agua que le cayera sobre las plantas del patio.

Incluso, los de la inmobiliaria le habían dicho que no le hiciera mucho caso, que no debía de estar bien de la cabeza. Tal vez todos, incluidos ellos, se habían equivocado al juzgarla. Era mayor, se había criado con otros hábitos y tenía sus manías arraigadas con firmeza por el paso del tiempo.

—¿Qué hace sola en Nochevieja? —le preguntó al percatarse de la fecha que era. Nadie debería estar sin compañía un día así.

—En Nochebuena estuvieron mis hijos por aquí, pero hoy tenían cosas mejores que hacer. O se reunían con sus suegros o están de viaje. Y mis nietos

prefieren pasar la noche con amigos, como has hecho tú.

—He cenado con mis padres. Luego, he salido con...

Las lágrimas volvieron a adueñarse de Nuria. Se sentía triste y abandonada. El chico que le gustaba se había reído de ella y le había hecho creer que tenían una relación, cuando en realidad era un entretenimiento.

¿Qué iba a hacer frente a aquella rubia llena de curvas y largas pestañas? Ella era una mujer normal, del montón. No tenía nada que la hiciera destacar entre el resto.

—Vamos a ver, niña. ¿Por qué no me cuentas qué ha pasado? —inquirió Gloria, a la que la paciencia para aguantar a aquella joven, que no hacía más que llorar, empezaba a acabársele—. Penas de amor hemos tenido todos. Puedes contarme qué ha pasado. Sé escuchar. Tal vez, pueda ayudarte y aportar algo de luz en tu desconsuelo. Cualquier cosa será mejor que llorar como una Magdalena.

Nuria decidió que no perdía nada por explicarle lo que había ocurrido. No tenía sueño ni ganas de irse a su solitario piso.

Así que le contó cada detalle. Desde su primer encuentro al iniciar las obras de su piso, sus tímidos inicios, su viaje a Granada, cómo allí se había enterado de que en realidad no era un capataz sino el dueño de la empresa, hasta su reconciliación y su nueva ruptura.

—Se estaban besando. ¡Esa chica se apretaba contra Alex y él, tan contento! Se le colgó al cuello, y él estaba feliz de la vida. Es un sinvergüenza y ella, una pelantrusca. Si me vio con él, no le importó lo más mínimo para restregarse contra él.

—¿Estás segura? ¿No habrá sido un malentendido? ¿Él le devolvió el beso? ¿La abrazó?

—¡¡¡No!!! Se ha estado riendo de mí. No soy yo quien le gusta. Gloria, tenía que haber visto qué ojitos le ponía la tipa esa. Y él se dejaba querer. Seguro que me la ha estado pegando con ella desde que nos conocimos. Mucho decir que yo era la única mujer de su vida. ¡Ja!

—Dejando aparte que he terminado harta de tu obra, y que no voy a echar de menos a Alex y a sus obreros para nada, debo lanzar una lanza a su favor y

advertirte que a veces las cosas no son como parecen a simple vista.

—Son los que van a hacer el ascensor. No nos vamos a librar de ellos. Él muy ladino convenció a sus hermanos para que le presentaran su proyecto al presidente de la comunidad. Seguro que le movió el interés monetario y no mi bienestar, como no se cansó de asegurarme.

—¡No me lo recuerdes! Si con mis setenta y ocho no necesito ascensor, no sé por qué tú, con cuarenta y cinco menos, lo quieres.

—Porque yo vivo en el quinto y, cuando subo las bolsas de la compra a partir del tercero, me quedo sin fuelle.

—¡Tonterías! He visto en el periódico tu foto en la San Silvestre. Quedaste primera —afirmó apuntándola con el dedo. ¿Era un deje de orgullo lo que se filtraba en su voz? Al final, iba a resultar que Gloria tenía su corazoncito—. No se gana una carrera así si no se está en forma.

—Ya. Pero no tuve que correr con una bolsa de naranjas de cuatro kilos en una mano, ni con una de patatas de cinco en la otra.

—No. Lo hiciste con Alex a tu lado. Salís bien pegaditos en las fotos. En la peluquería, ayer por la mañana, no se hablaba de otra cosa. La pelirroja que corta el pelo decía que hacías muy buena pareja. Y Paquita asegura que os vio en directo, porque había ido a animar a su nieto. Según ella, ibais bien agarraditos de las manos de un lado a otro, para hablar con periodistas.

—Eso era porque me tenía engañada. Es el rey de las mentiras y el príncipe de los embustes.

La anciana —en lugar de responderle— se levantó de la silla de la cocina y regresó, al cabo de unos minutos, con un periódico del día treinta. En portada, a todo color, aparecían ellos dos en el pódium. Ella sonreía a la cámara mientras él la miraba.

—¿Qué ves? Yo, a un hombre que solo tiene ojos para la mujer a la que ama. No sé quién sería esa rubia que se le ha acercado esta noche, pero dudo mucho que él la quiera a su lado. Ni que viniera a trabajar una hora antes que el resto, cada día, solo por verte. Sí, no me mires así. Tengo el sueño ligero y oía como tocaba el interfono y subía por las escaleras. Terminé conociendo sus pisadas.

—No la apartó —negó Nuria con la voz insegura, asombrada de que su vecina

se hubiera dado cuenta de sus encuentros al amanecer.

Sus dedos acariciaron la instantánea. No tenía mucha calidad, pero le evocaba las dulces sensaciones que había vivido en el momento que se habían retratado.

—Pues dudo que lleve una hora sentado en la acera, bajo la lluvia y a menos dos grados, por que no tenga quien le caliente la cama.

—¡¿Qué?!

—Que si hubieras dejado de llorar y de lamentarte, habrías visto como Alex venía detrás de ti. Ibas unos pasos delante de él. Lo vi por la ventana cuando te estabas cambiando en el baño. Iba a abrirle, pero primero quería que me contaras qué te había hecho, por si no se merecería que lo dejara entrar. Y ahora resulta que la tonta eres tú. Tenía que haberte dejado a ti mojada y llorando, y a él haberle dado un café caliente y ropa seca.

Nuria dejó su taza en la mesa y, de un salto, se incorporó. Corrió, resbalándose por el reluciente suelo, hacia la ventana del salón de su vecina —desde la que se tenía una vista privilegiada del portal— y pudo comprobar como no la había engañado.

Sentado en el bordillo de la acera, empapado, con la cabeza baja, sin importarle la lluvia y viento que azotaba su cabello, estaba Alex, ajeno a cuanto lo rodeaba.

Un grupo de jóvenes caminaban por la calzada. Ellas, con tacones finos y vestidos cortos, con ligeros abrigos que los cubrían. Ellos, con traje y corbata, con zapatos en lugar de zapatillas. Cansados, pero aguantando hasta el amanecer, sin querer que la noche terminara.

—Seguro que ya ha pillado un buen catarro por tu culpa. Si no quieres que se convierta en pulmonía, deberías bajar.

—No sé qué hacer.

—Oh, pequeña, sí lo sabes, pero te da miedo.

Capítulo 22

¡Nieves! Tenía que haber supuesto que estaría en la fiesta. Al fin y al cabo, era su garito favorito para ir a tomarse una copa o varias al final de la noche. De hecho, estaban juntos cuando Alex había recibido el encargo del diseño del bar.

Cafetería tranquila de día, y *pub* de moda al caer el sol y salir la luna. Las charlas ante una taza de té, con una galleta de canela, eran sustituidas por coqueteos y ginebra.

La noche había sido perfecta. Solo había tenido ojos y pensamientos para Nuria. Ella centraba su atención hasta el punto de acompasar su respiración a la suya, como si estuviera envidioso del aire que se abría paso hasta sus pulmones.

No se había fijado en las mujeres que lo rodeaban, más allá de saludar a las amigas de alguno de los dos, entre las que no se encontraba Nieves. De haberla visto, le habría sugerido a su acompañante que se fueran a otro sitio.

Sin embargo, parecía como si el destino estuviera riéndose de él al impedirle contarle la verdad a su chica a su ritmo y en un entorno que controlara.

Le había hablado de forma somera de sus ex. De Nieves solo le había dicho que era amiga de su cuñada. No había querido explicarle que era de esas personas que no aceptaban un «no» por respuesta y que seguía acosándolo con mensajes y llamadas, a los que no contestaba ni pensaba hacerlo.

No quería ser brusco y demasiado cortante con ella por ser amiga de Marta, pero tenía que haberlo hecho. Debía de haberle dicho a su cuñada lo que la abogada estaba haciendo. Quizás, ella hubiera sido capaz de pararle los pies.

Esa noche, cuando se había acercado a él y su empalagoso perfume lo había envuelto —lo que había hecho que la garganta le picara—, supo que una vez más se había equivocado. Sus uñas rojas, de manicura perfecta, le habían resultado tan desagradables como recordaba.

Otros hombres hubieran disfrutado de sus atenciones, pero él no. Mucho antes de haber estado con Nuria, se había dado cuenta de que aquella fachada de mujer ardiente y arrolladora escondía un interior tan negro como las pupilas de sus azules ojos.

Utilizaba a sus ocasionales amantes como medios para conocer a otra gente, ascender en el trabajo, hacer contactos o engatusar a algún incauto con una abultada cuenta corriente. No entendía cómo podía ser amiga de alguien tan buena como Marta, que aparte le pasaba clientes para su bufete.

Desde su ruptura se habían encontrado en un par de ocasiones. Ambas habían sido un calco de la de esa Nochevieja. Ella se lanzaba a sus brazos como si fuera un vaso de agua en el desierto. Se abrazaba a él y le mostraba parte de sus encantos, grandes y evidentes, invitándolo a buscar algo más de intimidad. Él se deshacía de sus atenciones de la forma más educada que lograba, conteniendo las ganas de desasirse de sus garras empujándola.

***

—Nieves, me alegro de verte. —Una piadosa mentira era más fácil que un desplante—. Pero estoy acompañado y ya nos íbamos.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde está esa afortunada? —preguntó ella poniendo morritos y dibujando en su rostro una mirada inocente que ya no lo engañaba.

¿Se estaba frotando contra él? ¿Cuánto había bebido? Eso era demasiado. Tenía que irse ya.

Desesperado se dio la vuelta, esperando encontrarse con Nuria. Pobre, estaría confundida, pensando en quién sería aquella chica. Mientras se iban a casa, se lo explicaría, pero lo primero era alejarse de aquella gata en celo que ridiculizaba a la especie humana.

A su alrededor había gente bailando y conversando, si bien ninguna era la morena a la que deseaba ver. Buscó a su hermano y a su cuñada para que lo ayudaran, pero tampoco sabían dónde estaba. La cara de preocupación de Luisa le indicó que la situación podía ser peor de lo que pensaba.

Fue hasta el guardarropa; quizás, se había adelantado hasta allí. No había nadie, junto al mostrador, esperando para ser atendida. Del otro lado una chica miraba su móvil y mascaba chicle con la boca abierta, algo que debía estar prohibido. No hay nada más desagradable que el sonido de goma de mascar, al ser paseada de un lado a otro de la boca de la persona que se tiene en frente.

—Perdona —dijo Alex insistiendo en que le prestara atención y dejara de mirar la pantalla que tenía en las manos—. ¿Has visto a una joven morena con un vestido negro? Tal vez te haya pedido su abrigo hace un rato.

—Tío, si tuviera que recordar la cara de todos los que me han dejado su abrigo, me explotaría la cabeza.

El arquitecto la contempló estupefacto. Desde luego, con inteligencias así, sería un malgasto de neuronas hacerlas trabajar para hilvanar un pensamiento.

Regresó a la barra y, subido a una silla, buscó la cara de Nuria entre la multitud que se agolpaba bajo las luces rojas y azules. No la encontró. ¿Y si había visto más de lo creía de su encuentro con Nieves? Entonces... ¡Oh, no! Se habría ido sin esperarlo.

Tuvo que aguardar a que la chica atendiera a un grupo que había llegado antes que él, para que le diera su prenda. Sin despedirse, salió y el aire frío fue como una bofetada en su rostro.

***

Se subió el cuello y dio un par de pasos. El suelo resbalaba. Estaba helando y se había formado una ligera capa de hielo poco consistente. Nuria llevaba tacones; de modo que, en un vulgar intento de imitar a un indio, trató de ver los círculos pequeños que sus zapatos dejarían.

Fue inútil. Esa noche eran varias las mujeres que habían optado por ese

calzado. Donde el suelo cristalino no permanecía intacto, se había formado un barrillo aún más peligroso.

Decidió que lo mejor sería ir hacia su casa. Ella buscaría refugio allí, y quedaba más cerca que la vivienda de sus padres. Además, si estaba enfadada y disgustada, querría la tranquilidad de su hogar. Si se daba prisa, la alcanzaría; él podía caminar más rápido, con sus suelas planas y anchas, que ella.

De camino, sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número, que ya se sabía de memoria.

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura», decía la locución una y otra vez.

Conociéndola, lo tendría en su bolso, sin batería, como era habitual en ella. De esa forma, la aplicación para localizar un móvil que tenía instalada en el suyo, para esos casos, no valía de nada. Se la había descargado porque su hermano mayor había insistido en que lo hiciera.

«Así, cuando te vas de senderismo a la montaña, si no sé nada de ti, puedo localizarte y enviar un equipo de rescate en tu búsqueda», le había dicho Pedro en una ocasión.

Pedro era algo paranoico pero, si así estaba más tranquilo, no le costaba nada hacerlo. Como Nuria tenía tendencia a dejar el móvil olvidado en cualquier rincón de su casa o de sus alumnos, lo había imitado. Sin embargo, esa noche no le valía de nada.

Ansioso, llegó al portal. No la había visto aún. Llamó al interfono varias veces, sin obtener resultado. Eso solo podía significar dos cosas: o no le quería abrir —lo más probable—, o no había llegado todavía.

¿Se habría resbalado? Podría estar tumbada en el suelo, herida y mojada, sin nadie que le prestara ayuda. Había mucha gente por la calle, más que cualquier otra noche del año. Alguien la habría auxiliado si ese fuera el caso.

Incapaz de marcharse de allí sin saber de ella, decidió que la acera era un lugar tan bueno como otro para esperarla.

***

No se dio cuenta de que transcurrían las horas y de que sus ropas se iban empapando con las gotas que caían sin parar. Los que pasaban lo tomaban por un borracho que había bebido en exceso y estaba aguardando a que se le desapareciera el efecto del alcohol que corría por sus venas.

Había agotado la batería de su propio dispositivo tratando de contactarse con Nuria. ¿Dónde estaría?

—Alex.

¡Era ella! Estaba a su espalda. Giró la cabeza y la vio con un pijama de cuadros que no le conocía, tapada con un chal de ganchillo rosa. El blanco de la piel de sus mejillas contrastaba con el negro de su pelo. Unos cercos morados rodeaban sus ojos. Alex se sintió un miserable, sabía que era el culpable de ellos.

—¡Nuria! —exclamó al ponerse de pie y acercarse a ella. Se tambaleó un poco al hacerlo. Sus piernas estaban agarrotadas y se negaban a funcionar.

—Sube, aquí hace frío. Tenemos que hablar.

Dio gracias al cielo, a Odín, a todos los dioses de *Juegos de Tronos* y de los egipcios. Y si había alguno más del que se hubiera olvidado, también iba incluido en sus agradecimientos. Solo necesitaba unos minutos para aclarar el malentendido y, si Nuria estaba dispuesta a dárselos, confiaba en que el equívoco se arreglaría.

Sorprendido, al pasar por el descansillo del segundo, vio a la vecina del 2º C en la puerta. Aquella mujer era la que más pegas había puesto para las reformas del piso de la joven y la que más se había opuesto a la instalación del ascensor.

Perplejo observó como la anciana se dirigió hacia él con tono duro.

—Me tienes harta con tus planos y tus obreros. No me caes bien —añadió la señora mientras lo apuntaba con el dedo de forma acusadora—. A pesar de ello, le he hablado bien de ti a Nuria. He intercedido a tu favor. No hagas que me arrepienta, o haré que ruedes esas escaleras cuando salgas. No soy tan vieja como para no ser capaz de echar a un crápula de mi casa, si hace falta.

—Gloria, tranquila. Si te necesito, te aviso y lo echamos juntas. Ten preparada la escoba por si tenemos que barrer la basura.

La anciana rio al escuchar a la joven, y le hizo un gesto afectuoso en la cara cuando pasaron por su lado.

¿Desde cuándo esas dos eran amigas? Hasta unas horas antes, la que deseaba que volviera a ser su chica solo tenía palabras de reproche hacia «la gaceta del segundo», como la llamaba.

¿Esa toquilla era de la abuela? Juraría que se la había visto puesta una vez que había subido a quejarse, porque sus plantas estaban llenas de polvillo rojo.

—¿La ropa? ¿Quieres que me la lleve a casa? Entro un segundo y la recojo para que no te estorbe en el baño.

—Tranquila, cariño, luego vienes a por ella y me cuentas qué ha pasado —aseguró la mujer con cara de gallina que protege a sus polluelos.

Alex no dudaba que estaría esperando, sentada tras la puerta, a que él se marchara para hablar con Nuria. Pues, si todo salía como anhelaba, tendría para rato. Ya podía ponerse cómoda.

***

La luz del día se filtraba por las ventanas e iluminaba la madera del suelo del piso de la joven. Un tímido rayo llegaba hasta el pasillo, en un vano consuelo para las dos almas atormentadas que entraron en la casa. Ella, con los pies cubiertos por unos gruesos calcetines de lana de Gloria, y él con los zapatos de piel mojados.

La costumbre de otros días los hizo ir hacia la cocina. De forma mecánica, la dueña del piso preparó café.

—No he traído churros —dijo Alex queriendo hacerla reír, pero su intento fue en vano.

Ninguno de los dos tenía hambre, y el acto de tener una taza caliente entre sus manos era más reconfortante que beber su contenido.

Una vez servido el aromático líquido marrón, ella lo miró. El hombre inspiró y comenzó a hablar.

—Esa chica era mi antigua novia, la amiga de Marta de la que te hablé. Te juro que entre nosotros ya no hay nada. Ni siquiera amistad. Es una trepa. Si hubo amor, se murió en el mismo momento de nacer.

—Por como te abrazó y te besó, dudo que ella piense igual que tú. Desde donde estaba, no me dio la impresión de que estuvieras pasando un tormento.

—¡En el cuello! La aparté enseguida. ¿Viste eso o te fuiste antes de verme rechazarla? —preguntó con más acritud de la que pretendía—. Lo siento, no era mi intención enfadarme.

—No, no lo vi. Yo también tengo mi parte de culpa por eso. Me cegué y no vi más que a esa rubia arrimándose a ti tanto que no pasaba el aire entre vosotros. Y que tú no parecías molesto.

—Nuria, por favor, te aseguro que entre ella y yo no hay nada de nada. Debí reaccionar mejor y no lo hice. Tuve que ser más contundente y dejarle las cosas claras hace mucho tiempo. Eso hubiera evitado lo que pasó en el bar.

—Es lo que me dijo Gloria.

¿Gloria? ¿La vecina? Al final, iba a tener que hacerle una obra para ella sola, sin cobrarle. No solo había consolado a su chica, sino que además había hablado a su favor. Había dado cobijo a Nuria y había puesto una nota de cordura donde solo había furia. Le iba a hacer un monumento en una plaza.

—Te quiero. Tú eres la única. No hay otra. Eres todo para mí. Te juro que esa mujer no significa nada para mí. Es una china en el zapato. Aunque esta vez he sido claro con ella, le diré a Marta que hable con ella también.

—Lo sé. Yo siento hacia ti algo más que cariño de amigo. No, estoy dando un rodeo para no decir la verdad. Te quiero. Eso es un hecho evidente. Estas semanas distanciados han sido tristes sin ti a mi lado.

Bien. Había esperanza para ellos. Ella también lo quería. En cuanto le permitiera besarla, le dejaría claro que su dulce carita era la única que deseaba ver al levantarse y al acostarse.

Alex alargó sus manos para coger las de ella. Sin embargo, ella lo rechazó. ¿Qué ocurría? Había dicho que lo quería.

—¿Nuria?

—Esta noche no he reaccionado de forma racional. Los celos me han cegado; eso es algo que no puedo discutir, pero me hace entender que lo nuestro no tiene cimientos estables. No sé si es una ilusión o un enamoramiento surgido sobre la base de las horas que nos vimos obligados a pasar juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Tiempo, Alex. Necesito tiempo para saber si quiero pasar el resto de mi vida contigo, o si lo nuestro no va más allá del café que estamos tomando.

No supo qué decir. De estar en el cielo, había pasado a estar en el infierno. Si así comenzaba el año, no quería ni pensar como estaría a final de diciembre.

Capítulo 23

Tengo sueño. Ella no ha dejado de dar vueltas en la cama sin parar. Intenté avisarle de que era una mala idea tomarse aquella segunda ración de patatas bravas, pero no me hizo caso. Al ser una mujer adulta, se cree que lo sabe todo. Se equivoca. Como ocurrió al decirle que no a él.

Es que a cabezota no la gana nadie. Aunque, claro, tenía las hormonas alborotadas por mi culpa y no lo sabía todavía. Su vida se iba a convertir en una montaña rusa, y aún lo desconocía. Tenía que haber hecho caso a Gloria y no a lo que su cuerpo cansado le decía. Una noche en blanco, el efecto del alcohol y yo hicimos que no pensara con claridad.

No me he presentado. Soy Nico. Tengo ocho meses y estoy en la barriga de Nuria, mi mamá. Un mes después de discutir con mi papá, se desmayó un domingo por la mañana, mientras corría alrededor de la ciudad. ¡Menuda se preparó!

El parque estaba lleno de gente que había salido a disfrutar de los rayos del sol, en aquel fin de semana de últimos de invierno. Alguien llamó a una ambulación, y entre dos personas la pusieron a la sombra.

Cuando llegaron los sanitarios ya se había despertado y bebía agua de la botella que siempre portaba colgando de la cintura. La llevaron al hospital y allí se enteró de que yo estaba creciendo en su interior.

—¡No puede ser! No tengo pareja.

—Bueno, Nuria, pero habrá tenido alguna relación sexual, hace unas semanas, sin protección

—le dijo, con paciencia, la doctora que la atendió en urgencias.

—Oh, oh

En ese instante mi madre recordó la reconciliación con mi papi el día de la carrera. Comprendió que, después de haber vuelto de Granada, no había tomado la píldora porque había roto con papá y no creía que fuera necesario. Además, sus alumnos habían tenido clases y la habían mantenido tan ocupada que no había podido ir a la farmacia a comprar sus anticonceptivos.

—Será mejor que pida cita con su ginecólogo. Está de poco tiempo, puede interrumpir su embarazo si lo desea.

Pero no lo hizo. Siempre había soñado con que uno de los pequeños a los que daba clase fuera suyo. El no tener pareja no le pareció ningún impedimento. Sus padres estarían encantados de ser abuelos. Se volverían locos con la ilusión, una vez superado el impacto.

Y eso fue justo lo que pasó. Mi abuela es un pelín dramática, pero mi abuelo es genial.

—¡Un hijo! ¡Tú sola! ¡Sin un hombre!

—Para lo que necesitaba a un hombre, ya está hecho. Criar a un hijo lo puedo hacer sin nadie a mi lado.

—¿Qué va a decir la gente? Te embarazó y te dejó.

—Es al revés, mamá. Lo dejé yo y, luego, me enteré de que estaba esperando un bebé.

—Pero...

—María, Nuria es mayorcita —dijo mi abuelo Carlos, que cogió a mi abuela por los hombros y la ayudó a sentarse—. Ella sabe lo que quiere y lo que necesita. Es su vida y nosotros no tenemos potestad para obligarla a hacer lo que no desea.

—¡Un hijo!

—Que será la nietecita más adorada del mundo. Porque es una niña, ¿verdad, Nurita?

—Papá, aún es pronto para saberlo.

—De eso nada, es un varoncito. Ya tuve una nena y ahora toca un niño. Nuria, hija, espero que eso lo hayas hecho bien al menos. Primero, un nene y, luego, una chiquitina para que pueda usar esos vestiditos tan monos que siguen en tu armario.

—¡Mamá! —exclamó mi madre asombrada.

Mi abuela es así. Me adora y aún no he nacido. Se pasa el día tejiendo prendas azules para mí. Estoy seguro de que ha agotado las existencias de lana de ese color en toda la ciudad.

Mi tía Angélica, que está loca pero parece divertida, le dijo que debía hablar con mi papá.

—Llámale, id a algún sitio tranquilo, y se lo dices.

—¿Tú me vas a venir con el cuento de que una mujer necesita a un hombre a su lado para criar a sus hijos? Hay infinidad de madres solteras que viven tan felices con sus retoños. Tengo alumnos con padres divorciados y te aseguro que no les crea ningún trauma. Es la sociedad la que no soporta el hecho de que seamos independientes y autosuficientes.

Mi madre puede ser muy intensa cuando se pone, pero yo la quiero igual.

—No te lo digo por eso, y lo sabes. Lo digo porque él es el padre y debe saberlo. Es su decisión y no la tuya formar parte de la vida de ese bebé. Si no quiere saber nada del niño, bien, no le va a faltar cariño; pero debe ser Alex quien escoja esa opción. No lo hagas por ti, hazlo por mi sobrinito.

¡Eso, eso! Que mi padre es tonto y le tiran más dos tetas que dos carretas, según dicen mi abuela María y Gloria, que es una señora muy simpática que vive en casa de mi mami y hace unos bizcochos de chocolate muy ricos. Y flanes y tartas, porque afirma que está muy delgada y tiene que engordar. A mí me parece muy bien. Cualquier alimento antes que las dichosas patatas que huelen fatal.

Mi mami no se lo cuenta a nadie, pero noto como se siente cuando alguien menciona a mi padre o cuando ve su imagen en un artilugio que se llama móvil, con la que me pone música para que me duerma y deje de darle patadas. Es que me aburro. A parte de dormir y comer, aquí no hay mucho que hacer, y fuera parece todo más interesante.

***

Esta tarde la ha llamado una mujer que se llama Marta. Creo que es otra tía mía, pero no estoy seguro.

—Nuria, entra en razón, habla con Alex.

—No quiero.

—Cariño, el embarazo no lo puedes disimular ya mucho más. Los abrigos te ayudaron a ocultarlo, pero las camisetas de tirantes y los vestidos veraniegos hacen lo contrario. Estás como

una bola. Y en breve te va a ver empujando un cochecito.

—¿Jorge sigue sin saber nada tampoco? —quiso saber mi mamá, a la que el comentario de que estaba como una bola no le había gustado mucho.

—No y no quiero seguir ocultándoselo. Cuando se entere de que lo he sabido todos estos meses y no le he dicho nada, vamos a tener una discusión por tu culpa.

En ese instante le di una patada al lado de las costillas para que se diera cuenta de que yo estaba de acuerdo con la idea. La pobre se acarició la zona dolorida. Tal vez, le di muy fuerte. Es que estaba nervioso.

—Vale, hablaré con él.

—¡Por teléfono no!

—Sería más fácil —afirmó mi mami indecisa. Creía que, si no le veía cara a cara, no sería tan complicado contárselo.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a llamarlo y quedo con él en esa terraza cerca de tu casa, en la que ponen esos zumos de frutas tan ricos. Luego, te mando un mensaje por Whatsapp con la hora. Acudes tú un poco antes. Sentada no verá tu barriga. Habláis y se lo dices.

Mi madre seguía recelosa. No confiaba en él porque la había engañado varias veces; pero, claro, no creo que a mi papi le haga mucha gracia no haber sabido de mí en ocho meses. Si se descuida, se entera cuando yo ya tenga dientes.

Hacía calor. El batido de sandía y kiwi que se estaba bebiendo mi madre no me estaba gustando mucho. A ella sí, pero a mí me parecía demasiado frío y ácido. Prefiero el chocolate.

—¡Hola!

¡Ese era mi papá! ¡Había llegado! Solo lo había visto en las fotos del teléfono de mi mamá. En persona era mucho más guapo y más alto. Seguro que sabía juegos chulos y era muy divertido. Me puse muy contento y comencé a moverme feliz dentro de mamá.

—Hola, ¿cómo estás?

—No también como tú. Tienes buen color. Ese vestido te queda muy bien. El rojo siempre te ha sentado genial.

Debía ser un poco cegato. Quizás, necesitaba gafas. O eso, o es que la mesa me ocultaba a sus ojos.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó mi madre mientras señalaba la silla libre, que había en su mesa, con la mano.

—Estoy esperando a Marta —dijo mi papi—, pero puedo esperarla contigo.

—En realidad, no va a venir. Le pedí que concertara esta cita por mí.

—Solo tenías que haberme llamado y habría venido. No era tan difícil.

—Tenía miedo de que me dijeras que no.

—¿Igual que como tú me rechazaste en Año Nuevo?

—No te rechacé —le dijo mientras me acariciaba a través de su piel—. Quería pensar, encontrarme a mí misma. Suena rebuscado, como una frase que diría un protagonista de una película de las de mucho llorar, pero es cierto. Me sentía desubicada. La falta de un trabajo estable, el piso, mis padres, tú. Era como si hubiera vuelto a la adolescencia y no me gustaba mi vida. Ahora sé que lo pagué contigo y no debí hacerlo.

—No tenías que haberme echado de tu lado por eso. Yo hubiera estado dispuesto a ayudarte a encontrar el camino otra vez y enderezar tu destino. Que era, soy y seré yo aunque no quieras verlo. Te quiero. Mis sentimientos no han cambiado. Eres mi único y verdadero amor, y siempre lo serás.

¡Qué bonito! Mamá, venga, di algo. Aquello era muy emocionante. Sabía que le había llegado al corazón y la había puesto blandita. Lo noté.

—¡Yo también te quiero! Mucho —respondió llorando.

Eso también era por las hormonas, es decir, por mi culpa. Se pasaba el día con el pañuelo en la mano, secándose las lágrimas que derramaba por uno u otro motivo.

¡Bien! Ya era hora. Venga, mami. Un beso como esos de las películas románticas que vemos por las noches, comiendo chocolate. De esos que dices que papi te daba mejor y que te hacían temblar. Estaba tan contento que me puse a bailar.

—No llores —le dijo mi padre, que le cogió las manos y le acarició la cara—. Todo va estar bien, recuperaremos el tiempo perdido. Nieves no ha vuelto a importunarme. Marta habló con ella y le dejó las cosas claras. Ellas no son amigas tampoco. No importa lo que haya pasado, todo será igual que antes.

—No todo. ¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhh! Duele.

Me daba que me había pasado con el baile. Aquí hay poco espacio y necesito estirarme. Ya tengo muy vista la barriga de mi mami y, puesto que estaba mi papi ahí, quería unirme a la fiesta.

—Cariño, ¿qué te pasa?
—Pues, una cosita sin importancia.
—¿Qué ocurre?
—Se me había olvidado contarte que estoy embarazada...
—¡Nuria!
—... y creo que me he puesto de parto.
—¡¿Qué?!

Epílogo

Alex se fue a vivir con Nuria en cuanto salieron del hospital. Se había perdido el embarazo y no estaba dispuesto a que pasara lo mismo con el resto de la vida de su hijo.

Se habían planteado irse a casa de él, pero la ventaja de tener una niñera en el segundo, dispuesta a quedarse con el pequeño siempre que lo necesitaran, los había hecho cambiar de opinión. La casa de la profesora sería su hogar.

Cuando llamó a sus hermanos para decirles lo que había pasado, los dejó atónitos.

—Te has reconciliado con Nuria, te has enterado de que vas a ser padre y estás esperando en el paritorio a que nazca tu hijo ahora mismo —resumió Jorge, al que la llamada de Alex lo había pillado de camino a casa de una clienta que, visto lo visto, tendría que esperar hasta el día siguiente—. Las tres cosas en una hora.

—Sí. Ya sabes, me gustan las cosas sencillas y rápidas. Así que, si no te quieres perder la llegada de tu sobrino al mundo, deja a tu hijo con Luisa y veniros rápido. Pedro está esperando a que pases a buscarlo, y por Marta no te preocupes.

—Me vas a decir que lo sabe desde hace meses y no nos ha dicho nada.

—Son amigas y parece que la lealtad femenina está por encima de la relación de pareja. Aún así, tu mujer y yo vamos a tener unas palabritas en cuanto sepa que Nuria y el niño están bien.

—Avísame, yo también tengo que decirle un par de cosas.

De modo que no fue extraño que Angélica y la mujer de Jorge fueran las primeras que habían sabido que se iban a vivir juntos y la fecha de su boda. Incluso, antes que los padres de Nuria, quienes se habían puesto tan contentos

como Nico al saber que su hija se había reconciliado con ese chico que les gustaba tanto.

—Siempre dije que eran la pareja perfecta. Sabía que se reconciliarían y que mi nieto no se criaría sin un padre.

—Claro que sí, María —afirmó Carlos sin atreverse a reírse en voz alta. Nunca la había oído decir semejante cosa pero, si ella quería creerle, no iba a ser él el que le llevara la contraria.

***

Una noche, sentados en su cocina, con dos tazas de infusión de arándanos en las manos, los padres de Nico conversaban tranquilos.

—Cariño, ¿sabes que los vecinos de al lado se mudan? —le preguntó ella a Alex tras dejar al bebé durmiendo en su cuna.

—Te lo ha dicho Gloria. No me digas más.

Aquella mujer tenía el don de enterarse de lo que ocurría en el edificio antes que los mismos protagonistas de la historia lo supieran.

—He pensado que podríamos hacer una oferta por el piso, como hemos vendido con ganancias el tuyo.

—¿Otra reforma? ¿Quieres unirlos?

—Vamos a necesitar más espacio. Dentro de nueve meses, ¿crees que estará acabada?

Alex sonrió y miró a Nuria sin atreverse a preguntar. Ella asintió con un gesto pícaro y feliz.

A pesar de sus protestas, no se habían llevado a Nico de luna de miel a Londres; sus padres no los habían dejado. Aunque no les habían permitido viajar con su bebé, no habían podido impedir que encargaran uno.

Una pequeña dispuesta a desbaratar la calma y el reino de mimos en el que vivía su hermano. Pero esa es otra historia.

FIN

Nota de la autora

La idea para esta novela surgió de un modo casual. Al hacer obras en mi propia casa y contar mis tribulaciones, disgustos y alegrías en las redes, descubrí que mis queridos contactos no solo se divertían compartiendo experiencias, sino que me preguntaban por tal o cual situación por la que estaba pasando.

Los chaperones que fueron ocasionando los obreros, las quejas de los vecinos y el proceso de decoración posterior fueron seguidos con avidez por mis amigos y conocidos. Algunos me daban ánimos para sobrellevar el caos, y otros me instaban a dirigir a los operarios látigo en mano.

El yeso, el plástico de burbujas, los ladrillos, las gavetas, los madrugones, los golpes y un sinfín de detalles más se convirtieron en mi día a día, durante semanas. En muchos instantes creía que aquello no se acabaría nunca.

La historia romántica es fruto de mi imaginación, que volaba de las cuatro paredes de mi hogar, mientras contemplaba el desarrollo de la reforma. Me sobraban horas sin nada que hacer más que estar sentada delante del ordenador.

El sonido de mis dedos al teclear se mezcló con las voces que me rodeaban. Según mis paredes iban siendo reconstruidas, el armazón de esta historia iba siendo delineado. Mientras los electricistas trazaban rozas, yo creaba los perfiles de mis protagonistas.

La escritura, como en otras ocasiones, me aportó la serenidad que mi vida necesitaba, e impedía que saliera del fortín de cajas de cartón —que había creado a mi alrededor— gritando desesperada y echando a aquel ejército de brochas y

paletas.

Las reformas son una pesadilla, pero la satisfacción con la que contemplas el resultado después compensa los sinsabores. El crear un espacio que antes no estaba, dotándolo de nuevos y coquetos rincones, termina haciéndote olvidar los malos ratos.

Puedes buscarme en Facebook, en Twitter o en Instagram y contarme tus propias experiencias. Y, sobre todo, tu opinión sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por haber elegido la historia de Nuria y Alex. Quizás, su lectura te dé el empujón que necesitas para remodelar esa habitación que llevas años deseando convertir en un vestidor.

Si te ha gustado

Amor en reformas

te recomendamos comenzar a leer

El alma de mi música

de *Priscila Serrano*

A lo cubano

Introducción

Hola, mi nombre es Azucena. Sí, tal y como estáis leyendo. No, yo tampoco entiendo qué les pasó a mis padres para ponerme este nombre cuando nací. No sé si fue la luna que los puso tontos o estaba nublado... En fin, ¿qué más da eso ya? Ya no hay vuelta atrás.

Seguiré con la presentación antes de que me líe a criticar a mis padres y me quede sola.

Bueno, soy de Málaga, andaluza de pura cepa y patosa, muy patosa. Os preguntareis qué tiene que ver una cosa con la otra... Pues nada, pero ya que estoy os cuento mi vida, ¿no? Si no ¿para qué escribo esto?

Tengo una vida normal... Vale, quien dice normal se refiere a que tengo un negocio y un piso con ocupa. Mi hermano Jorgito, otro nombre al que hay que agradecerles a nuestros amorosos padres, vino a mi casa porque se peleó con nuestro progenitor. Cosa que entiendo, dada la situación.

Bueno, no me quiero enrollar mucho, que, si no, os veo dejando la historia de lado y no quiero.

Solo os puedo decir que mi historia es graciosa, muy graciosa y llena de aventuras, muchas aventuras... Si queréis saberlo todo, todo, todo, no paséis de ella y leerla hasta el final.

Recordad, no es mi vida completa, solo una parte de ella, pero lo suficiente para que os echéis unas risas con mis desgracias.

Capítulo 1

—No me puedes estar pidiendo eso —le dije poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo se te ocurre? No tengo ni puñetera idea de cómo se baila eso. ¿Cómo se llama? Ah, sí, salsa.

En la vida nadie me había propuesto tal cosa. ¿Cómo se suponía que me iba a poner delante de tantísima gente para hacer el ridículo? Este tío era tonto y en su casa no se habían dado cuenta. Lo gracioso es que su casa era la mía.

Mi hermano Jorge era un tipo guapo, «buenorro», como yo le decía, y bailarín de salsa. Bueno, de salsa, bachata, merengue... Era un experto en todo lo relacionado con el baile latino, pero no lo era cuando trataba de enseñarme a mí. Yo era patosa, una negada total para bailar cualquier cosa. Claro que ahí no estaba el problema. Resulta que el señorito tenía que presentarse a un concurso de bailes latinos, vete a saber dónde. No puse mucha atención cuando me lo contó, puesto que mi mente solo grabó: «Hermanita de mi alma, la más bella de todas las hermanas». Claro, era la única que tenía el muy capullo. «¿Quieres ser mi pareja de baile para...?». Y hasta ahí puse mi oído. Después me explicó que su compañera Alexandra, se había roto el tobillo. «Oh, qué pena. ¿Y a mí qué cojones me importa?», pensé. No tenía mal corazón y, aunque conocía a la muchacha, que por cierto me caía tan mal como una patada en el estómago, no le deseaba el mal.

—Por favor, por favor. Ayúdame... Solo te pido esto —me suplicó de rodillas, como si eso me hiciera cambiar de opinión.

Y sí, joder, eso sí que me hacía cambiar de opinión. ¿Por qué tenía que ser tan blanda? Si es que yo solita me metía en estos líos. ¡Joder! Que yo no sabía bailar.

—Vale, vale... Joder, qué pesado —respondí negando y él sonrió complacido mientras se levantaba. Me cogió en brazos para después llenarme la cara de besos.

—Gracias, cariño mío. Verás qué bien te lo pasas, Azucena.

—Pero qué gilipollas eres. —Frunció el ceño, aunque sabía por qué se lo decía—. Sabes lo que odio que me llames Azucena —pronuncié poniendo los ojos en blanco, agotada.

—Así te llamas, ¿no? —preguntó el tontaina de mi hermano.

—¿Quieres que te llame Jorgito? —amenacé.

Sabía lo que le jodía que lo llamara así y, siempre que teníamos oportunidad, nos tirábamos pullitas con los preciosos nombres que nuestros padres nos habían puesto. Siempre pensé lo a gusto que se quedaron al elegirlos. Aunque ¿qué se podía esperar de doña Pepa y don Pepe? Sí, como habéis leído. Mis padres son Pepe y Pepa. Si es que Dios los cría y ellos se juntan.

Mi hermano fue a la cocina para preparar la comida, mientras que yo me quedé tirada en el sofá, pensando cómo cojones iba a aprender bailes latinos en solo un mes. Sí, en un maldito mes. No podré salir, no podré vivir, no podré trabajar. Ah no, eso sí que podré. Más que nada porque si no, no comíamos, porque mi hermano estaba en paro, el muy gandul. Yo era la que mantenía el apartamento que compartíamos. Antes vivía sola, hasta que mi hermano se presentó en mi casa aquel día. Vino diciéndome que serían dos días y aquí está desde hace ocho meses, ocho cansinos meses en los que yo lo hacía todo. Menos hoy que, como quería un favor, me estaba preparando el almuerzo. Era un interesado, descarado, caradura, gilipuertas. Lo tenía todo, pero así lo quería. Si es que era tonta, pero una tonta feliz, al menos no vivía sola.

Minutos después, salió de la cocina con dos platos. No sabía qué había preparado, aunque ni siquiera sabía que mi hermano cocinaba y, con lo poco que había tardado, ni quería imaginar qué hizo.

—Ya está lista la cena, Azuce...

—Para, que te lanzas a la piscina y, si no quieres ahogarte, cierra la boca —intervine antes de que metiera la pata de nuevo.

—Perdona... Ya no te diré más Azucena —dijo mi nombre rápido.

—Ves... Después no quieres que te diga gilipollas, neandertal, capullo, estúpido...

—Para, que te lanzas a la piscina y, si no quieres ahogarte, cierra la boca —me imitó y ambos soltamos una carcajada.

Puso los platos en la mesa y me quedé con la boca abierta al ver que había preparado pasta. ¡Pasta! Sí que cocina bien. Y yo que pensaba que me haría huevos rellenos. En fin, nos comimos el gran almuerzo que él preparó y, cuando terminamos de recoger todo, nos sentamos en el sofá para ver la tele. Al ser sábado, estaba de descanso así que no me echaban de aquí ni con agua caliente.

—Entonces, ¿bailarás conmigo? —me preguntó de nuevo, como si no le hubiera quedado clara mi respuesta de antes.

—Vamos a ver, Jorge, no sé bailar. ¿Es que quieres perder la competición y hacer el ridículo? Porque si es así, me apunto —referí sin apartar la vista del programa que estaban televisando. Uno muy divertido, por cierto.

—Vale, te mueves peor que un elefante pidiendo cacahuetes, pero pon de tu parte y aprende.

—¡Falta un mes! ¿Te has vuelto loco? En un mes no serás capaz de hacerme bailar ni los pollitos, cariño —exclamé y soltó una carcajada.

Es que no se enteraba que no era buena en el baile. Joder, si cuando era pequeña no me querían ni de animadora. Qué mal lo pasé, pero eso no era nada. En el instituto, el chico que me encantaba me invitó a un baile que hicieron en primavera. Era el primer baile al que asistía y solo porque estaba enamorada hasta las trancas de mi acompañante. No hubo peor noche en mi vida que esa. Me sacó a la pista pensando que bailaba bien y cuando comenzó la canción *Oye el boom*, de David Bisbal —canción que me encantaba, todo hay que decirlo—, me emocioné tanto que no me di cuenta del ridículo que estaba haciendo. Me agachaba, me golpeaba el pecho cuando decía: «Boom, boom, boom, boom, boom. Late mi corazón». Todos los ahí presentes me grabaron y subieron el vídeo a YouTube. Falté a clase durante una semana entera y, aun así, no se olvidaban de la chica que bailó y dejó en ridículo al chico del que estaba enamorada. Jamás me volvió a hablar.

—No seré yo quien te enseñe, es imposible hacerlo. Ya lo intentamos hace tiempo. ¿Te acuerdas? —se burló y puse toda mi atención.

Apagué la tele porque no me enteraba de nada y me di la vuelta para quedar frente a él.

—No quiero acordarme. ¿Y quién me enseñará? —cambié de tema para evitar

hablar de cómo hice que se torciera el tobillo y estuviera dos semanas sin poder bailar.

—El que me enseñó a mí. —Fruncí el ceño, intentando recordarle.

De pronto, mis ojos se abrieron tanto que se saldrían de las órbitas. Sí, no exageraba. Es que no era para menos. Sí, quería que me enseñara Denis, el cubano buenorro que me hizo suspirar cuando lo vi por primera vez moviendo el culo como... «Calla que te pierdes». En fin, que estaba más bueno que el pan, más bueno que las torrijas de mi abuela y mira que las torrijas estaban exquisitas. Claro que, ahora que lo pensaba, si no sabía bailar —y, siempre que lo hacía, el ridículo está asegurado— ¿cómo tendría el valor de ponerme ante semejante monumento que movía el cuerpo como le daba la gana? Que, si así se movía bailando, no me quería imaginar haciendo otras cosas. No quería hacer la payasa delante de él.

—No puedes estar hablando en serio. ¿De verdad será él quien me enseñe? ¿Lo sabe? —Estaba tan colorada que no se distinguía donde terminaba mi blusa roja y donde empezaba mi cara.

—¿Por qué te pones así? Él lo sabe. Y sí, no te preocupes, le he dicho que eres una auténtica negada para bailar.

—¿Solo para bailar? Creo que no sé ni caminar. Dios, qué vergüenza con ese hombre.

—Azu, deja de comportarte como una niña. Ni que Denis te gustara. —Abrí los ojos y lo miré—. ¿Te gusta? —Asentí—. No me lo puedo creer, Azucena.

—¡Que no me llames Azucena, gilipollas! —grité como una posesa, aunque en realidad estaba así porque me había descubierto.

Desde el día que acompañé a mi hermano a la academia, me quedé prendada de él. Un tío de tez morena, pelo rizado, ojos verdes, labios carnosos y cuerpo de infarto. ¿Cómo no me iba a gustar? Que no supiera bailar no significaba que fuera gilipollas.

—Bueno, pues mejor, así pones más empeño por no quedar como una tonta que no mueve ni el pelo —habló mi hermano despertándome de mi sueño perfecto, donde Don Músculos era el protagonista.

—Jorge, haré todo lo que pueda, pero, si te echan de la academia y de sus

vidas, no me eches la culpa a mí después.

El día estaba siendo muy largo, demasiado. Yo seguía en la misma postura que llevaba desde que mi hermano se fue a su habitación. Me tumbé en el sofá y me puse todo el día a ver la tele, aunque no viera una mierda, porque no me quitaba de la mente al cubano que se movía como quería.

Pasión entre yeso y hormigón.
Un amor en construcción.

Nuria es una profesora que al perder su trabajo deber regresar a su ciudad natal, Mérida. Obligada a salir adelante con el dinero que gana dando clases particulares y traducciones, no resiste la presión familiar de volver a vivir con sus padres. Con sus ahorros de sus años en el colegio, y en contra de la opinión de su madre, se compra un piso que necesita una serie de reformas.

Entre sacos de yeso y gavetas conoce a Alex, el encargado de realizar las obras. Un guapo hombre que igual la exaspera que la enamora. Los malentendidos surgen desde el comienzo, e inician una singular guerra donde todo vale con tal de fastidiar al contrario.

Sin embargo, el amor es más fuerte, y se impone con el transcurrir de los días. La idílica relación avanza al mismo ritmo que las paredes del piso de Nuria son reconstruidas, pero los cimientos no son tan firmes como creían. Ella descubre que él la ha engañado todo este tiempo.

¿Le perdonara? ¿Logrará Alex demostrarle que su afecto es sincero?

—Esta noche no he reaccionado de forma racional. Los celos me han cegado, eso es algo que no puedo discutir, pero me hace entender que lo nuestro no tiene

cimientos estables. No sé si es una ilusión o un enamoramiento surgido en base a las horas que nos vimos obligados a pasar juntos.
—¿Qué quieres decir?
—Tiempo Alex, necesitó tiempo para saber si quiero pasar el resto de mi vida contigo o lo nuestro no va más allá del café que estamos tomando.
No supo qué decir. De estar en el cielo había pasado a estar en el infierno. Si así comenzaba el año, no quería ni pensar como estaría a final de diciembre.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*, y *Los Sombreros Verdes* en noviembre de 2018. En enero de 2017 publicó su primera novela *Dos calles más abajo*, seguida de *Pasado Imperfecto* en julio del mismo año. En 2018 llegó *Recuerdos Olvidados*, la primera entrega de *Los casos de Marina Altamirano: Nadie es lo que parece* y le siguió el inicio de la serie *Un té con amor: Un té verde con jazmín* Ambas series tuvieron su continuidad en 2019 con la publicación de *Arándanos con Mandarina* en enero, *La ciudad oculta* en marzo, *Canela y miel* en mayo y *Asesina otra vez* el Septiembre.

Edición en formato digital: mayo de 2021

© 2021, Mar P. Zabala
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-94-2

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

NOTAS

Capítulo 10

[1] Película musical de dibujos animados de 1970.

Capítulo 11

[2] En España, el 6 de diciembre se celebra el Día de la Constitución, fecha en que se conmemora el referéndum de 1978, en el que los españoles aprobaron la vigente Constitución. El 8 de diciembre se celebra el Día de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Al caer estas dos festividades tan cerca en el calendario, es un momento en que la gente aprovecha para viajar y realizar unas cortas vacaciones invernales.

Capítulo 15

[3] Siglas de Formación Profesional. Son enseñanzas destinadas a capacitar al estudiante para desempeñar una actividad profesional especializada en una determinada disciplina. Es una alternativa a estudiar una carrera universitaria.

Capítulo 18

[4] Asociación Española Contra el Cáncer.

[5] Personajes inventados, protagonistas de una película de 1984. Eran como pequeños peluches que, al contacto con el agua, se volvían agresivos.

Índice

Amor en reformas

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mar P. Zabala
Créditos

Notas